
LOS CINCO TRAS EL PASADIZO SECRETO
Enid Blyton

Tim, que tiene una oreja herida, lleva un collar especial que provoca la risa de los niños. Por ello *Jorge* decide irse con él de Villa Kirrin y acampar en Carters Lane, donde pronto acuden también Julián, Dick y Ana; juntos de nuevo esperan pasar unos felices días en el campo.

Sin embargo, la noticia del secuestro de Guy, un chico explorador al que Jorge conoció al llegar a Carters Lane y la insistencia de unos hombres en que los chicos se alejen del lugar despierta la curiosidad de Los Cinco, que prevén nuevas y emocionantes aventuras.



Enid Blyton

Los Cinco tras el pasadizo secreto

Los Cinco - 15

ePub r1.0
liete 30.05.14

Título original: *Five on a secret trail*
Enid Blyton, 1956
Traducción: Antonio de Quadras
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO TRAS EL PASADIZO SECRETO



Capítulo I

JORGE SE PONE PESADA

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás? —gritó *Jorge*, entrando como un huracán en la casa—. ¡Mamá! ¿No me oyes? ¡Es urgente!

No recibió respuesta. Su madre estaba en el jardín, a espaldas de *Kirrin Cottage*, recogiendo flores. *Jorge* gritó de nuevo, esta vez con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás?

La puerta más cercana a *Jorge* se abrió y su padre apareció en el umbral.

—¿Qué significa este escándalo? Estoy luchando por resolver un difícil…

—¡Oh papá! ¡*Tim* está herido! Ha sido al…

El padre miró a *Tim*, que estaba a los pies de *Jorge* sin dar muestra alguna de dolor, y respondió, malhumorado:

—¿Herido? Pues yo no veo que tenga nada importante. ¡Bah!, se habrá clavado una espina en una pata, como otras veces, y eso te ha parecido el fin del mundo…

—¡*Tim* está herido! —repitió *Jorge* con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Mira!

Pero su padre iba ya camino de su despacho, después de cerrar la puerta. *Jorge* la miró, tan furiosa como su padre la había mirado a ella.

—¡Parece mentira! —gritó—. ¡Ah! ¡Aquí llega mamá! ¡¡Mamá!!

—¡*Jorge*! ¡Querida! ¿Qué te pasa? —preguntó la dama, dejando las flores que tenía en la mano—. He oído a tu padre gritar, y luego que gritabas tú.

—Mamá, *Tim* está herido —dijo *Jorge*—. ¡Mira!

Se arrodilló junto al perro y, con el mayor cuidado, dobló una de sus orejas. Debajo de ella había un gran corte. *Tim* lanzó un grito de dolor. Los ojos de *Jorge* se volvieron a llenar de lágrimas al fijarlos en su madre.

—No seas tonta, *Jorge* —dijo la señora de Kirrin—. Es una herida sin importancia. ¿Cómo se la ha hecho?

—Al saltar una zanja. No ha visto que había al otro lado una alambrada erizada de púas. Uno de esos pinchos le ha hecho este corte que no para de sangrar.

La señora de Kirrin examinó la herida. Ciertamente, era bastante profunda.

—Llévalo al veterinario, *Jorge*. Quizá tenga que darle algún punto. ¡Pobre *Tim*! En fin, menos mal que el pinchazo no ha sido en un ojo.

—Me lo llevo al veterinario ahora mismo —dijo *Jorge*, levantándose—. ¿Crees que estará en casa, mamá?

—¡Oh, sí! Es la hora de la consulta. Anda, llévalo en seguida.

Jorge salió corriendo con *Tim* y no paró hasta llegar a casa del veterinario. La casa era un bonito y pequeño chalet. *Jorge*, nerviosa al principio, se fue calmando al ver que el veterinario no se mostró muy preocupado por la herida de *Tim*.

—Un par de puntos, y quedará como nuevo —dijo éste—. Sujétalo, ¿quieres? Voy a darle los puntos. Ni siquiera lo notará. ¡Quieto, *Tim*! Así. Ya está.

Cinco minutos después, *Jorge* se despedía del veterinario.

—Muchas gracias por todo. Estaba preocupadísima. ¿Se curará pronto?

—Desde luego. Pero procura que no se rasque la herida. Se le podría infectar —le advirtió el veterinario mientras se lavaba las manos.

—¿Cómo puedo impedírselo? —preguntó *Jorge*, inquieta—. Mire, ahora se la quiere rascar.

—Hazle un collar de cartón y pónselo de modo que no pueda llegar a tocarse con la pata la herida por muchos esfuerzos que haga.

—Eso del collar no le gustará a *Tim* —dijo *Jorge*—. Los perros están feos con collares de cartón. Lo sé porque he visto algunos. A

Tim no le gustará: estoy segura.

—Pues es el único modo de impedirle que se rasque la herida —y el veterinario añadió—: Adiós, *Jorge*. Otros pacientes esperan.

Jorge volvió a casa con *Tim*, que trotaba alegremente a su lado, satisfecho de lo bien que lo cuidaba *Jorge*. Pero cuando ya estaban llegando se detuvo de pronto, se sentó y levantó una de sus patas traseras para rascarse la oreja herida.

—¡No, *Tim*, no! —gritó *Jorge*, alarmada—. ¡No te rasques! Pronto te quitarán el esparadrapo y los puntos. ¡Quieto, *Tim*!

Tim la miró, sorprendido. ¿De modo que no quería que se rascase? Bien; esperaría a hacerlo cuando estuviera solo.

Pero *Jorge* podía leer los pensamientos de *Tim* tan fácilmente como *Tim* los suyos. La niña se enfurruñó.

—Tendré que ponerle el collar de cartón. Mamá me ayudará.

En efecto, mamá la ayudó. *Jorge* no era muy mafiosa para esta clase de trabajos, y no hizo más que mirar cómo su madre cortaba un cartón en forma de anillo y lo colocaba alrededor del cuello del sorprendido *Tim*. Luego cosió los extremos de modo que no pudiese quitárselo. Pese a su extrañeza, *Tim* soportó pacientemente la operación.

Apenas tuvo puesto el collar salió al jardín, se sentó y levantó la pata trasera para rascarse la oreja herida. Pero sólo pudo rascar el cartón.

—No te preocupes, *Tim* —le dijo *Jorge*—. Esto sólo durará unos días.

La puerta del despacho se abrió y apareció el padre de *Jorge*. Al ver a *Tim* con su collar, se quedó atónito. Luego lanzó una gran carcajada.

—¡Oh, *Tim*! ¡Pareces Isabel I de Inglaterra!

—No te rías de él, papá —dijo *Jorge*—. Ya sabes que los perros no pueden soportar las burlas.

Tim estaba visiblemente ofendido. Volvió la espalda al padre de *Jorge* y se fue a la cocina. Poco después se oyó una risita aguda, a la que siguió una fuerte carcajada de alguien que acababa de llegar a la puerta de la cocina. Era el lechero.

—¡Oh, *Tim*! ¿Por qué llevas ese collar? —exclamó la cocinera—. ¡Qué raro estás!

Jorge estaba enojada. Lo había estado todo el día, y su mal humor había mortificado a los demás. Le parecía inicuo que la gente se burlase del pobre *Tim*. Nadie se daba cuenta de lo horriblemente molesto que era un collar como aquél. ¡Y *Tim* tenía que llevarlo de día y de noche! Ni siquiera podía estar echado con comodidad. *Jorge* rondaba por la casa triste y abatida, y su madre estaba preocupada.

—¡*Jorge*! ¡Querida! No te pongas así. ¿Es que quieres que tu padre se enfade? *Tim* tendrá que llevar ese collar de cartón por lo menos una semana, bien lo sabes, y su aspecto es tan chocante, que quien lo ve por primera vez no puede menos de echarse a reír. Ya se está acostumbrando a llevarlo, y pronto ni siquiera se dará cuenta de que lo lleva.

—Todo el mundo se ríe de él —dijo *Jorge*, indignada—. Cuando ha salido al jardín, unos niños se han asomado a la valla y se han reído hasta hartarse. El cartero me ha dicho que es una crueldad tratar así a un perro, y a papá le parece divertido.

—¡*Jorge*! ¡Querida! Basta ya de lamentaciones —le dijo su madre —. Acuérdate de que pronto llegará Ana. No se divertirá mucho si estás de tan mal humor.

Pero *Jorge* siguió malhumorada durante todo el día siguiente. Y tras dos discusiones con su padre, otra con dos niños que se rieron de *Tim*, y otra con el chico de los periódicos por el mismo motivo, decidió no permanecer ni un día más en Kirrin Cottage.

—Cargaremos con mi tienda de campaña y nos iremos a alguna parte —dijo a *Tim*—. A algún sitio donde nadie pueda verte hasta que tu oreja esté curada y yo pueda quitarte ese horrible collar. ¿Verdad que es una buena idea, *Tim*?

—¡Guau! —ladró *Tim*, para el que todas las ideas de *Jorge* eran buenas, a pesar de lo mucho que le fastidiaba el collar.

—¿Sabes que los perros se ríen de ti, *Tim*? —le dijo *Jorge*, muy seria—. ¿Has visto cómo te miraba ese estúpido perro de lanas de la señora de Jones? Parecía reírse, y yo no quiero que se rían de ti, porque sé que no te gusta.

Ciertamente a *Tim* no le gustaba, pero su enojo por tener que sufrir el collar no llegaba al extremo que *Jorge* se imaginaba y, desde luego, era muy inferior al que sentía la niña. *Tim* la siguió

cuando *Jorge* subió a su habitación, y no cesó de mirarla mientras llenaba su pequeña mochila.

—Nos vamos al campo, a ese sitio tan bonito que conocemos —dijo *Jorge*—. Montaremos la tienda cerca del manantial y estaremos allí hasta que se te cure la oreja. Saldremos esta noche. Me llevaré la bicicleta y pondré el equipaje en el portapaquetes.

A media noche, cuando en *Kirrin Cottage* todo era oscuridad y calma, *Jorge* bajó silenciosamente las escaleras en compañía de *Tim*. Dejó una nota para sus padres en la mesa del comedor, fue en busca de su bicicleta y cargó y ató en el portapaquetes la pequeña tienda de campaña y la mochila, en la que había puesto comida y ropa.

—¡Vamos! —susurró al sorprendido *Tim*—. Iré despacito para que puedas seguirme corriendo. ¡Por Dios, no ladres!

La niña y el perro desaparecieron en la oscuridad. *Tim* corría como una sombra al lado de la bicicleta. Nadie los vio. *Kirrin Cottage* seguía en calma. En el silencio sólo se oía el chirriar de la puerta de la cocina, que *Jorge* se había olvidado de cerrar.

Esta calma contrastó con el revuelo que se produjo a la mañana siguiente. Juana, la cocinera, fue la primera en ver la nota de *Jorge* y, preguntándose qué significaría aquel billete escrito por la niña —conocía bien su letra— en la mesa del comedor, subió rápidamente a su habitación.

La cama estaba vacía. *Jorge* había desaparecido, y *Tim* tampoco estaba en su cesto. Juana corrió a dar la noticia a la señora de Kirrin.

—¿Sabes la tontería que ha hecho *Jorge*? —dijo a su marido cuando hubo leído la nota—. ¡Buena la ha armado! Se ha ido con *Tim* y sabe Dios dónde estarán.

El señor Kirrin tomó la nota y la leyó en voz alta.

Querida mamá:

Me voy con Tim para unos días. Volveremos cuando esté bien de la oreja. Me llevo mi tienda y unas cuantas cosas. No te preocupes. Dile a Ana que, si quiere verme, ha de venir a Carters Lane. Ya le enseñaré dónde he acampado. Que venga a las doce.
Besos,

Jorge.

—¡Muy bien! —exclamó el señor Kirrin—. Que esté unos días lejos de nosotros si así lo desea. Estoy harto de ver su cara de mal humor y las miradas de enojo de *Tim*. Dile a Ana que vaya a verla. Por lo menos, estaré tranquilo durante unos días.

—No hay que temer por *Jorge* —dijo la esposa—. Es una chica valiente y tiene a *Tim* a su lado. Apenas llegue Ana, le diré que vaya a verla.

Lo primero que hizo Ana al bajar del tren fue buscar con la mirada a *Jorge* y a *Tim*. No estaban. En la estación sólo vio a su tía, con su sonrisa habitual.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ana—. ¿Dónde están *Jorge* y *Tim*?

—*Jorge* se ha marchado. Vamos. Te lo explicaré por el camino.

Capítulo II

ANA LLEGA AL CAMPAMENTO

Tía Fanny refirió a Ana todo lo concerniente a la oreja de *Tim* y al gran collar de cartón causante de lo ocurrido. Ana no pudo menos que sonreír.

—¡Oh, tía Fanny! Conozco a *Jorge* y comprendo que la haya trastornado la desgracia de *Tim*. Iré a verla a las doce y pasaré con ella un par de días. El tiempo es estupendo y lo pasaremos más que bien. Supongo que tío Quintín se alegrará de que estemos fuera de casa.

—¿Cómo están Julián y Dick? —preguntó tía Fanny, que quería mucho a los dos hermanos de Ana y primos de *Jorge*—. ¿Vendrán por aquí en estas vacaciones?

—No lo sé —repuso Ana—. Están en Francia, en un viaje organizado por su colegio. No puedo pasar sin ellos. A *Jorge* no le hará ninguna gracia saber que, seguramente, no vendrán a Kirrin. Tendrá que contentarse con mi compañía.

A las doce en punto, Ana esperaba pacientemente en un extremo de Carters Lane. El camino atravesaba el campo y acababa en un sendero que no conducía a ningún sitio determinado y que se deslizaba entre desperdigados arbustos y a la sombra de esbeltos abedules. Ana, con su mochila a la espalda y un maletín en la mano, oteaba el campo con el deseo de descubrir a *Jorge*. Pero no vio ni rastro de ella.

«¿Se habrá arrepentido y ya no querrá verme? —se dijo Ana—. A lo mejor, es que su reloj se ha parado y no sabe qué hora es. Pero podría saberlo por la altura del sol. ¿Cuánto tiempo tendré que esperar?».

Empezó a sentir cansancio y se sentó junto a un espeso arbusto que la protegía de los rayos de sol. No llevaba sentada más de un minuto, cuando oyó un débil siseo.

—¡Psissss!

Ana se levantó de un salto. El sonido procedía de detrás del arbusto. Se apresuró a contornearlo, y descubrió, casi ocultos por las ramas, a *Jorge* y a *Tim*.

—¡*Jorge*! —exclamó Ana, sorprendida—. ¿No me has visto llegar? ¡Hola, *Tim*! ¡Qué elegante vas! ¿Cómo estás de la oreja? ¿No te parece un poco raro ese collar que le has puesto Jorge?

Jorge salió del escondite de ramas.

—Me he escondido aquí por si mamá o papá venían contigo para hacerme volver a casa —dijo—. Quería estar bien segura de que no nos vigilaban desde lejos. Me alegro de que hayas venido, Ana.

—¡Claro que he venido! —exclamó la prima de *Jorge*—. No iba a quedarme sola en Kirrin Cottage sabiendo que estabas aquí. Además, comprendo tu preocupación por *Tim*. Ese collar es una buena protección. Le da un aspecto demasiado cómico, pero yo lo veo tan mono cómo siempre.

Jorge agradeció a Ana que no se riera de *Tim* como hacían todos. Sonrió a su prima y *Tim* estuvo lamiéndola hasta que Ana lo apartó.

—Vámonos —dijo *Jorge*—. He acampado en un sitio estupendo. Te encantará, Ana. Al lado hay un manantial, de modo que ni a *Tim* ni a nosotras nos faltará el agua. ¿Traes comida? Yo traje poca.

—Traigo comida para un regimiento. Me la ha preparado tu madre, que, por cierto, no está enfadada contigo. A tu padre no lo he visto: estaba encerrado en su despacho.

Jorge se puso muy contenta al saber que su madre no estaba enojada con ella, y su alegría se tradujo en una amistosa palmada en la espalda de su prima.

—¡Cómo nos vamos a divertir! A *Tim* se le curará la oreja rápidamente, y a él le gusta el *camping* tanto como a nosotras. Te repito que he encontrado un sitio estupendo. Es el paraje más solitario de la región: ni una persona en muchos kilómetros a la redonda.

Echaron a andar. *Tim* saltaba, corría y ladraba cada vez que su olfato descubría la pista de algún conejo.

—¿Cuándo vienen Julián y Dick? —preguntó *Jorge*—. Supongo que no tardarán. Como *Tim* se pondrá bien en unos días, podremos ir a Kirrin Cottage para recibirlos. Pasaremos unos días estupendos.

—Quizá no vengan en todas las vacaciones —dijo Ana. El semblante alegre de *Jorge* se nubló al punto. La niña se detuvo y se quedó mirando atónita a su prima.

—¿Cómo es eso? ¡Pero si siempre vienen en las vacaciones! ¡Han de venir! No podemos pasar sin ellos.

—Están en Francia. Han ido con todo el colegio. Cuando volvamos a tu casa, tendremos noticias de ellos y sabremos si vienen o no. Tengamos un poco de paciencia.

Pero *Jorge* no podía sobreponerse a su tristeza. Las vacaciones le parecieron de pronto tediosas y largas. ¡Eran tan alegres y divertidos aquellos dos muchachos y había corrido con ellos aventuras tan estupendas!…

—Si no vienen, no correremos ninguna aventura —dijo con voz ahogada.

—Pues yo no la echaré de menos —dijo Ana—. A mí me gusta la tranquilidad y no estar siempre esperando que pase algo, que es lo que os gusta a ti y a los chicos. Por otra parte, creo que estas vacaciones serán bastante aburridas sin ni siquiera oler una aventura. ¡Vamos, *Jorge*, anímate! No quiero verte triste. Mira, lo mejor será que les pongas un telegrama. Si los echas tanto de menos, llámalos.

—Lo haré —afirmó *Jorge*—. No puedo concebir unas vacaciones sin los chicos. Si ellos no vienen, no seremos los Cinco, el club de los Cinco.

—¡Guau! —aprobó *Tim*.

Sentándose en el suelo, el pobre animal intentó rascarse la oreja, cosa que le impidió el gran collar de cartón. Pero esto no pareció importarle demasiado, ya que se lanzó alegremente en pos de un conejo.

—Me parece que te preocupas más tú por el collar que *Tim* —dijo Ana, y añadió—: Bueno, ¿es que no vamos a llegar nunca? ¡Qué camino tan largo!

—Cuando estemos en lo alto de ese cerro que tenemos enfrente, verás una vieja casa de campo, ruinosa y vacía. Al principio, creí

que viviría alguien en ella, pero en seguida comprobé que estaba deshabitada. Un enorme rosal sube por la pared e incluso se introduce en la casa. Supongo que lo plantarían sus moradores.

Subieron a la cumbre del cerro y después bajaron por intrincados caminos de cabras. Tenían que ir apartando los matojos que les arañaban las piernas.

—¡Cuidado con las serpientes! —advirtió Ana—. Éstos son sus parajes favoritos.

Y seguidamente exclamó:

—¡Uf, qué calor tan horrible hace aquí! ¿Hay algún sitio dónde bañarse?

—No lo sé —repuso *Jorge*—. Exploraremos los alrededores y lo averiguaremos. Me he traído mi traje de baño por si acaso. Mira, desde aquí puedes ver parte de la casa. Mi tienda está cerca de aquí y también del manantial. No quería tener lejos el agua.

Pronto estuvieron las dos niñas en la pequeña tienda de *Jorge*. Un vaso, un bote de galletas de perro, unas cuantas latas de conservas y una barra de pan, todo ello alineado y a la vista, era cuanto les quedaba a *Jorge* y a *Tim* para alimentarse. Ana se alegró de haber traído gran cantidad de provisiones.

—Tía Fanny nos ha preparado docenas de bocadillos —manifestó—. Dice que si los guardamos en esta lata no se secarán y podrán durarnos un par de días, o sea hasta que volvamos. Yo tengo apetito. ¿Comemos algo?

Jorge no se hizo de rogar, y, poco después, las dos niñas estaban sentadas al sol, comiendo bocadillos de jamón. Ana había traído también tomates. Las dos primas comieron la mar de a gusto. *Tim* se zampó su ración de galletas, más el pan y jamón que le iban dando las niñas. Después de estar un rato comiendo, se levantó y echó a correr.

—¿Adónde va? —preguntó Ana—. ¿A perseguir a algún conejo?

—No. Seguramente a beber, pues se ha ido en dirección al manantial. Yo también tengo sed. Toma ese vaso y vamos a beber.

Con el vaso en la mano, Ana siguió a su prima a través de la maleza. El pequeño manantial era una maravilla. Evidentemente, lo habían utilizado los antiguos habitantes de la casa, que habían realizado en él ciertas obras. Un hilo de agua transparente como el

cristal se deslizaba por un pequeño canal de piedra.

—¡Está fría como el hielo! —exclamó Ana—. ¡Es deliciosa! Por mi gusto me bebería veinte vasos.

Regresaron al reducido campamento y se tendieron sobre la hierba. No cesaban de charlar animadamente. Una vez más, *Tim* se fue a explorar por su cuenta y riesgo los alrededores.

—¡Qué paz tan magnífica! —exclamó Ana—. No hay una sola persona en varios kilómetros a la redonda. Sólo pájaros y conejos. Esto me encanta.

—¿Oyes ese ruido? —dijo *Jorge*, incorporándose y prestando atención.

Aún no había terminado de decirlo, cuando el ruido se oyó más fuerte. Era como si un objeto de metal golpeara una piedra. Se repitió una y otra vez, y, de pronto, cesó.

—¿Qué será? —preguntó *Jorge*.

—No tengo la menor idea —repuso Ana—. Lo cierto es que llega de muy lejos. El silencio es aquí tan absoluto, que se perciben los ruidos a gran distancia.

Los golpes se oyeron de nuevo, pero en seguida cesaron. Las niñas cerraron los ojos y pronto se quedaron dormidas. No se oía más ruido que el pop-pop-pop de las vainas que se abrían al sol para dejar libres sus negras semillas.

Jorge se despertó cuando volvió *Tim*. El cariñoso animalito se sentó sobre los pies de la niña, y ésta se incorporó rápidamente, sobresaltada.

—¡Eres el colmo, *Tim*! ¡Fuera de mis pies en seguida! ¡Me has dado un gran susto!

Tim obedeció en el acto y fue a recoger algo que había dejado en el suelo, cerca de las niñas. Se sentó y empezó a lamerlo. *Jorge* lo miró, preguntándose qué sería.

—¡Es un hueso! ¿De dónde lo has sacado? Oye, Ana, ¿has traído algún hueso para *Tim*?

—¿Eh? ¿Qué dices? —preguntó Ana, medio dormida—. ¿Un hueso? No, no he traído ningún hueso. ¿Por qué lo dices?

—Porque *Tim* tiene uno —explicó *Jorge*—. En el hueso hay un poco de carne cocida. De modo que no es de conejo ni de ningún

otro animal que *Tim* haya cazado. ¿De dónde lo has sacado, *Tim*?

—¡Guau! —respondió éste, y llevó el hueso a su ama, diciéndose que acaso le apeteciera mordisquearlo, ya que se interesaba tanto por él.

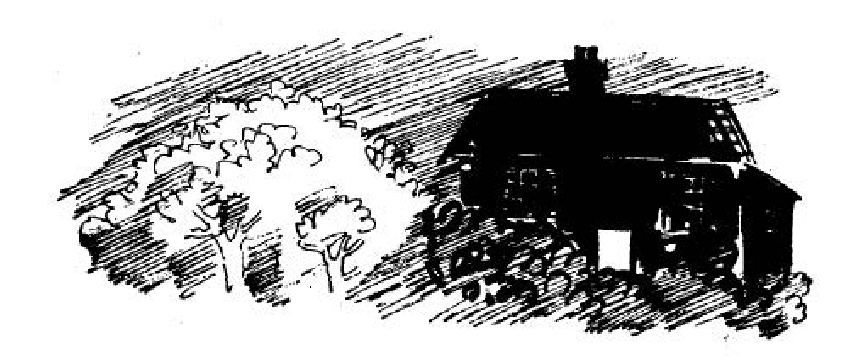
—¿Crees que alguien habrá acampado cerca de nosotras? —preguntó Ana, con repentino interés—. Los huesos no brotan como las flores. Además, hay en él bastante carne. *Tim*, ¿se lo has robado a otro perro?

Por toda respuesta, *Tim* movió alegremente la cola y se alejó con su hueso, muy satisfecho de su hallazgo.

—Esa carne tiene varios días, pues huele mal —dijo *Jorge*—. Llévatelo más lejos, *Tim*.

Los ruidos misteriosos se oyeron nuevamente. *Jorge* puso mala cara.

—Sin duda, alguien ha acampado cerca de aquí, Ana. Exploremos estos contornos y sabremos si es así. En este caso, mi opinión es que traslademos nuestra tienda a otro sitio. ¡Vamos, *Tim*! Entierra ese hueso podrido… Por aquí, Ana…



Capítulo III

SORPRESA EN LA CASA ABANDONADA

Las dos chicas y el buen *Tim* dejaron el campamento para realizar la planeada exploración. Ana se detuvo ante la casa en ruinas.

—Echemos una ojeada —dijo—. Debe de tener muchos años, ¿verdad, *Jorge*?

Se acercaron al ancho portal. La puerta había desaparecido del marco de piedra. Al entrar, vieron una gran estancia, cuyo suelo estaba cubierto de piedras blancas, muchas de ellas levantadas por el empuje de las hierbas que habían ido creciendo sin que nadie las arrancase.

Aquí y allá se habían derrumbado trozos de pared, dejando grandes agujeros por los que entraba la luz del sol. Sólo una de las ventanas se conservaba bastante bien. Las demás habían sufrido el efecto demoledor de los años. Una escalerilla de piedra conducía al piso.

—Arriba debe de haber dos o tres habitaciones —dijo Ana—. Y aquí también hay una: mira la puerta. Y fíjate en esto; deben de ser los restos de una de esas bombas de sacar agua.

—Bueno, ya hemos visto todo lo que merece verse —dijo *Jorge* —. Las habitaciones de arriba deben de estar completamente en ruinas, pues la mitad del techo se ha caído. ¡Mira: otra puerta! Está cerrada…

La empujó ligeramente y la vieja puerta se desprendió de sus goznes y se derrumbó con gran estrépito, dejando a la vista un sucio patio.

—¡Caramba! —exclamó *Jorge*—. No creía que estuviese tan

carcomida. ¡Menudo salto ha dado el pobre *Tim*!

—Aquí hay varios corrales…, bueno, restos de corrales —dijo Ana, explorando el patio—. Los moradores de esta casa debieron de tener cerdos, patos y gallinas. Mira, aquí hay una balsa seca.

Todo estaba en ruinas. Lo mejor conservado era lo que muchos años atrás debió de ser un establo. Aún se veían los restos de los pesebres, y el suelo de piedra. De un clavo herrumbroso pendía un trozo de arzón.

—Aquí se está a gusto —dijo Ana—. No pasa lo que en otros sitios, donde se tiene la sensación de que han sucedido cosas horribles. Esto es muy distinto. Estoy segura de que la gente que vivió aquí era feliz. Me parece estar oyendo el cacareo de las gallinas, los ronquidos de los cerdos y los graznidos de los patos.

—¡Cuac, cuac, cuac!

—¡Coc, coc, coc, coooooc!

Ana se abrazó a *Jorge*, asustada. Las dos habían recibido una gran sorpresa al oír de pronto aquellos sonidos. En silencio, esperaron a que se repitieran.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ana—. Parecía un diálogo de gallinas y patos, pero no lo puedo asegurar. Lo cierto es que no están en la casa. Si estuvieran, los habríamos visto. Ahora sólo nos falta oír el relincho de un caballo.

No oyeron un relincho, pero sí algo que fue como una respuesta a sus palabras: el fuerte resoplido de un caballo.

—¡Bbbrrrrrrrr!… ¡Bbbrrrrrrrr!

Las dos niñas estaban francamente asustadas. Buscaron a *Tim*, pero éste había desaparecido sin dejar rastro. ¿Dónde se habría metido?

—¡Cuac, cuac, cuac!…

—¡Parecemos tontas! —exclamó *Jorge*—. El miedo nos ha trastornado. Registremos el patio, a ver si encontramos a *Tim*. *Tim*, ¿dónde estás? ¡*Tim*!

Jorge silbó con fuerza e inmediatamente le respondió el eco. Por lo menos, así le pareció.

—¡Zuit, zuit, zuit!

—¡*Tim*! —gritó de nuevo *Jorge*, empezando a creer que habían soñado despiertas.

Tim apareció alegre como unas castañuelas y sin cesar de mover la cola. Ana y *Jorge* se quedaron boquiabiertas. *Tim* llevaba un magnífico lazo azul, cuidadosamente anudado en la punta de la cola.

—¡*Tim*! ¿Qué es eso? —exclamó *Jorge*, sin salir de su estupor.

Tim se acercó a ellas sin que disminuyera su alegría. *Jorge* le quitó el lazo.

—¿Quién te lo ha puesto? —le preguntó—. ¿Quién anda por aquí? *Tim*, ¿dónde diablos te has metido?

Las dos niñas registraron minuciosamente la casa y sus alrededores y no encontraron nada ni a nadie. Ni gallinas, ni patos, ni cerdos, ni caballos. ¿Cómo se explicaba, entonces, lo ocurrido? Ana y *Jorge* se miraron, confundidas.

—¿De dónde habrá sacado *Tim* ese ridículo lazo? —dijo *Jorge*, cada vez más desconcertada—. Alguien tiene que habérselo puesto.

—Quizá ha sido un vagabundo que, al pasar, nos ha oído, ha visto a *Tim* y nos ha querido gastar una broma —opinó Ana—. Pero es extraño que *Tim* se haya dejado poner el lazo. No se muestra nada afectuoso con los desconocidos. ¿Verdad, *Jorge*?

Las niñas renunciaron a continuar la exploración y regresaron a la tienda en compañía de *Tim*. Éste se echó tranquilamente; pero, de pronto, se levantó, corrió hacia un gran arbusto e intentó introducirse debajo de él como si buscase algo.

—¿Qué buscará? —dijo *Jorge*—. Cualquiera diría que se ha vuelto loco… ¡*Tim*, no puedes meterte ahí debajo con el collar de cartón! ¿Es que no me oyes?

Tim volvió al lado de las niñas, visiblemente contrariado y con el collar torcido. Tras él apareció un perrito de raza indefinida, con un ojo ciego y el otro extremadamente vivaz. Era mitad negro, mitad blanco y tenía una cola ridícula, delgada y larga, que movía alegremente.

—¿Qué hace aquí este perro? —exclamó *Jorge*—. ¿Cómo se explica que *Tim* y él sean tan amigos? Francamente, *Tim*, no te entiendo.

—¡Guau! —contestó *Tim*.

Seguidamente dio media vuelta y se alejó con su nuevo amigo. Empezó a escarbar en la tierra en busca del hueso que había

enterrado, lo sacó y se lo ofreció a su colega. Pero éste mostró muy poco interés por el hueso: miraba hacia otro lado.

—Esto es muy extraño —dijo Ana—. Ahora *Tim* nos traerá un gato —añadió, irónica.

Como en respuesta a sus palabras, de un arbusto cercano surgió un patético maullido.

—¡Miau, miauuu, miaaaauuuu!

Los dos perros levantaron inmediatamente las orejas y corrieron hacia el arbusto. Una vez más, el collar de cartón impidió a *Tim* deslizarse entre las ramas. En vista de ello, empezó a ladrar furiosamente.

Jorge se levantó y fue hacia él.

—Este pobre gato no podrá hacer frente a dos perros —dijo Ana —. ¡Vete, *Tim*! Y tú también —añadió, dirigiéndose al otro perro.

Tim obedeció, y *Jorge* ahuyentó con la mano al otro perro.

—¡Sujétalo, Ana! —dijo a su prima—. Es muy juguetón; no te morderá. Voy a ver si puedo atrapar al gato.

Ana sujetó al perrito, que la miraba con su único ojo y movía la cola, excitado y amistoso. *Jorge* empezó a deslizarse entre las ramas bajas, cada vez más tupidas del arbusto.

No veía apenas, pues reinaba allí una oscuridad a la que no estaban habituados sus ojos. Pero, de pronto, *Jorge* vio algo que la sobrecogió.

Este algo fue una cara redonda y sonriente que apareció a dos dedos de la suya, y unos ojos brillantes, medio ocultos por desordenados mechones de pelo, que la miraban burlones. La boca estaba abierta en una ancha sonrisa y mostraba unos dientes blanquísimos.

—¡Miau, miauuu, miaaaauuuu! —dijo aquella boca.

Jorge salió del intrincado ramaje a toda prisa, mientras su corazón latía con violencia,

—¿Qué pasa? —preguntó Ana.

—Aquí hay alguien escondido —repuso *Jorge*—. No es un gato el que maúlla: es un niño.

—¡Miau, miauuu, miaaaauuuu!

—¡Sal de ahí! —le dijo Ana—. ¡Queremos verte! Sal si no quieres que pensemos que estás loco.

Se oyó el ruido que produce un cuerpo al arrastrarse, y en seguida apareció un niño entre las ramas exteriores del arbusto. Aparentaba doce o trece años; era bajito y fuerte, y tenía los carrillos más redondos y sonrosados que Ana había visto en su vida.

Tim corrió hacia él y empezó a lamerlo alegremente. *Jorge* no pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo es que mi perro te conoce? —preguntó al muchacho.

—Pues… —respondió el niño— el otro día se presentó en mi campamento, y yo, al ver que me gruñía, le di un hueso. Entonces vio a *Jet*, mi perrito, y en seguida hizo amistad con él y conmigo.

—Bien —dijo *Jorge*, ceñuda—. No me gusta que mi perro acepte comida de personas extrañas.

—Tampoco a mí me gusta que le den comida a *Jet* —repuso el muchacho—, pero, entre que se comiera el hueso o se me comiese a mí, preferí lo primero. Es muy simpático, pero parece un payaso con ese ridículo collar. ¡Cómo se rió *Jet* cuando lo vio por primera vez!

—Precisamente por eso me vine aquí con *Tim*. Estando los dos solos, nadie se reiría de él. Tiene una oreja herida. Supongo que la bobada de ponerle un lazo azul en la cola habrá sido cosa tuya, ¿no?

—Ha sido una broma —dijo el muchacho—. A ti te gusta refunfuñar y protestar, por lo que veo, y a mí me gusta gastar bromas. *Tim* no se ha enfadado: se ha puesto a jugar alegremente con *Jet*. Yo quería saber quién era el dueño de *Tim*, porque me pasa lo que a vosotras: no me gusta tener desconocidos alrededor de mi campamento. Por eso he venido aquí.

—¡Ya! Tú has sido el que ha maullado, cacareado y hecho el caballo, ¿verdad? —preguntó Ana, a la que fue simpático aquel niño atolondrado de cara risueña—. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a pescar, a acampar, a recoger plantas…?

—Nada de eso: he venido a excavar. Mi padre es arqueólogo; no hay nada en el mundo que le guste tanto como las construcciones antiguas. Y yo he heredado esta afición. Cerca de aquí hubo hace siglos un campamento romano, y yo lo he descubierto. Ahora excavo en busca de cerámica, de armas, de todo… Mirad; esto lo encontré ayer. Fijaos en la fecha.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó una moneda enmohecida que entregó a las niñas para que la examinaran.

—Está fechada en el año 292 —dijo—, lo que prueba que el campamento es muy antiguo.

—Iremos a verlo —decidió Ana, con vehemencia.

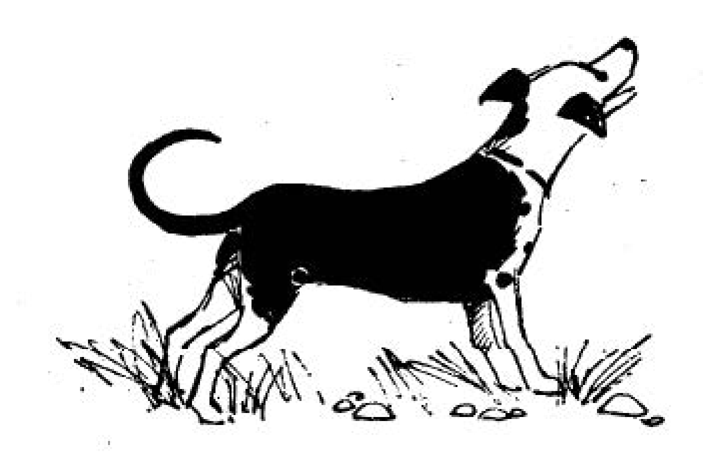
—No, no vayáis —dijo el muchacho—. No me gusta tener gente alrededor cuando estoy haciendo un trabajo importante. Por favor, no vayáis. No volveré a molestaros: os lo aseguro.

—Descuida; no iremos —dijo Ana, comprensiva—. Pero no nos gastes más bromas pesadas, ¿eh?

—Os lo prometo —afirmó el muchacho—. Ya os he dicho que no volveré a acercarme a vosotras. Sólo quería saber de quién era el perro… Bueno, me voy. Adiós.

Y, llamando a su perro con un largo silbido, se fue a grandes zancadas. *Jorge* se volvió hacia Ana.

—¡Qué chico tan raro!, ¿verdad? —le dijo—. Pero me gustaría volver a verlo. ¿A ti no?



Capítulo IV

LLEGA LA NOCHE

El reloj de Ana indicaba que ya era la hora de la merienda. Todos, sin excluir a *Tim*, sentían un gran vacío en el estómago. *Tim* era muy sensible al calor y no cesaba de hacer visitas al manantial para beber aquella agua tan fresca y cristalina, Ana se lamentó de que ni a *Jorge* ni a ella se les hubiera ocurrido acompañar el vaso de aluminio de un gran jarro para llenarlo de agua y no tener que ir a cada momento a la fuente.

La merienda consistió en té, bizcochos, un bocadillo cada una y una barra de chocolate. Poco después, *Jorge* examinó por centésima vez la oreja de *Tim* y la encontró mucho mejor.

—No le quites aún el collar —le dijo Ana—. Si se puede rascar, se le abrirá de nuevo la herida.

—¿Quién te ha dicho que quiero quitárselo? —contestó *Jorge*—. Bueno, ¿qué hacemos? Podríamos ir a dar un paseo, ¿no?

—Bien pensado —dijo Ana—. ¡Escucha! ¡Otra vez esos ruidos metálicos! Debe de ser que ese chico ha empezado a cavar de nuevo. No comprendo que, siendo tan alegre, le guste estar solo con su perro en este lugar solitario. Daría cualquier cosa por ver lo que está haciendo.

—Le hemos prometido dejarlo en paz —le recordó *Jorge*—. Así que no debemos ir a expiarlo, ni siquiera de lejos.

—¡Claro, claro! —exclamó Ana—. Iremos en dirección opuesta a la del campamento de ese chico. No creo que nos perdamos.

—¡Qué tontería! Viniendo *Tim* con nosotros no nos podemos perder. ¿Verdad, *Tim*, que encontrarías el camino de vuelta guiándote por la luna?

—¡Guau! —respondió *Tim*.

—Siempre contesta que sí cuando le preguntas algo, *Jorge* —dijo Ana—. ¡Qué tarde tan espléndida!, ¿verdad? —añadió—. ¿Qué harán en este momento Dick y Julián?

Jorge se entristeció inmediatamente. Se dijo que sus primos no tenían derecho a pasearse por Francia cuando ella deseaba que estuviesen en Kirrin. ¿Sería que no les gustaba Kirrin? ¿Estarían corriendo aventuras tan emocionantes en tierras francesas, que no querían pasar ni siquiera una semana en Kirrin? Tan triste y pensativa estaba, que Ana se echó a reír.

—¡Anímate, mujer! ¿No estoy yo aquí? Ya sé que mi compañía no puede compararse con la de ellos, pero algo es algo.

El paseo estaba resultando estupendo. Cuando estaban a medio camino, las niñas se sentaron para ver a una familia de conejos que jugaban sobre la hierba. A *Tim* no le hacía aquello ninguna gracia. Consideraba que los conejos no se han hecho para contemplarlos, sino para perseguirlos. ¿Por qué lo sujetaría *Jorge* por el collar cuando se sentaba para ver a los conejos? En estos casos, *Tim* no cesaba de gemir mientras los miraba fijamente.

—¡Silencio, *Tim*! ¡No seas tonto! —le decía *Jorge*—. Si los persigues se meterán en sus madrigueras y nos dejarás sin espectáculo.

Estuvieron un buen rato contemplando a los conejos y luego emprendieron el camino de vuelta. Cuando ya estaban cerca del campamento, oyeron un suave silbido. Alguien rondaba por allí. ¿Quién sería?

Al contornear un arbusto, se tropezaron con un muchacho. Éste se apartó gentilmente, pero no dijo palabra.

—¿Tú por aquí? —preguntó *Jorge*, sorprendida—. No sé cómo te llamas. ¿Por qué rondas nuestro campamento? Nos prometiste no acercarte a nosotras.

El muchacho se detuvo con un gesto de sorpresa. El pelo le caía de tal modo sobre la frente, que casi le tapaba los ojos. Lo apartó con la mano.

—Yo no he dicho eso —respondió.

—¡Claro que lo has dicho! —afirmó Ana—. Bien lo sabes. Y si tú has faltado a tu promesa, no hay razón para que nosotras no

hagamos lo mismo. Iremos a ver tu campamento.

—Yo no os he hecho ninguna promesa —insistió el muchacho, que parecía cada vez más sorprendido—. ¿Estáis locas?

—¡No seas estúpido! —dijo *Jorge*, perdiendo la paciencia—. ¿Pretendes hacerme creer que esta tarde no has maullado, cloqueado y relinchado?

—También has hecho el pato —añadió Ana.

—¡Locas de remate! —exclamó el niño en un tono de compasión —. ¡Locas como cabras!

—¿Piensas venir otra vez? —preguntó *Jorge*.

—Todas las veces que quiera —repuso el muchacho—. El agua de este manantial es mucho mejor que la de la fuente que hay en mi campamento.

—Entonces iremos también nosotras a ver tu campamento —replicó *Jorge*—. Si tú no mantienes tu palabra, nosotras tampoco mantendremos la nuestra.

—Podéis venir todas las veces que queráis. Aunque estáis locas, no creo que seáis peligrosas. Pero no traigáis a vuestro perro. Podría morder al mío.

—Bien sabes que *Tim* no morderá a *Jet* —exclamó Ana—. Son muy buenos amigos.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

Dicho esto, el chico se marchó, volviendo a apartar de sus ojos el flequillo que lo cegaba.

—¿Qué te parece? —preguntó *Jorge* a Ana—. Cualquiera diría que no es el mismo de esta tarde. ¿Será verdad que no se acuerda de su promesa ni de nada?

—No lo entiendo —dijo Ana, confusa—. Antes nos ha parecido un muchacho divertido y alegre, y ahora lo vemos serio como un palo. No ha sonreído una sola vez.

—A lo mejor, está un poco perturbado —dijo *Jorge*—. ¿Tienes sueño, Ana? Yo sí, y mucho, aunque no comprendo por qué.

—Yo no tengo demasiado, pero me gustaría tenderme sobre la hierba para ver cómo van apareciendo las estrellas en el cielo. Me parece que no voy a dormir en la tienda, *Jorge*. Tú querrás que *Tim* esté contigo, y hay tan poco sitio ahí dentro, que estoy segura de que *Tim* pasaría la noche echado sobre mis piernas sin dejarme

dormir.

—Yo también dormiré al aire libre —anunció *Jorge*—. Anoche me acosté en la tienda porque parecía que iba a llover. Nos haremos un colchón con ramas de brezo, lo cubriremos con una manta y ya verás qué bien estaremos.

Las niñas recogieron las ramas y formaron el colchón. Inmediatamente, *Tim* se echó con toda tranquilidad sobre el lecho de follaje.

—¡Eh, tú, que eso no es para ti! —le gritó *Jorge*—. ¡Fuera de ahí en seguida! ¡Lo has aplastado! ¿Dónde está la manta, Ana?

Extendieron la manta sobre las ramas y se encaminaron al manantial para lavarse los dientes. Apenas dieron dos pasos, *Tim* se echó sobre la manta y cerró los ojos.

Jorge volvió atrás dando gritos.

—¡Fuera de nuestra cama, sinvergüenza! ¡Es inútil que te hagas el dormido! Mira, ahí tienes un buen rincón cubierto de hierba tierna y blanda. En esa cama dormirás la mar de bien.

Cuando regresaron de la fuente, *Jorge* se echó en el improvisado lecho y notó, encantada, que el ramaje cedía bajo el peso de su cuerpo.

—¡Qué cama tan cómoda! —exclamó—. ¿Tenemos algo para taparnos, Ana?

—He traído una manta, pero no creo que la necesitemos; la noche se anuncia muy calurosa… ¡Mira, ya se ve una estrella!

Pronto se vieron seis o siete, y éstas se fueron convirtiendo en centenares a medida que la luz del día se fue extinguiendo. Era un anochecer maravilloso.

—Viendo esas grandes y brillantes estrellas —dijo Ana, medio dormida—, me siento muy pequeña. ¡Y eso que están tan lejos!… *Jorge*, ¿estás despierta?

No recibió contestación. *Jorge* no la había oído. Estaba ya dormida como un tronco. Su mano se deslizó sobre el lecho de ramas y quedó apoyada en el suelo. *Tim*, que estaba a su lado, la lamió y poco después se dormía, emitiendo leves ronquidos.

Al cerrar la noche, la oscuridad fue absoluta. No había luna, pero las estrellas brillaban a miles, como fantásticas bombillas, en el cielo. En aquellos campos alejados del tráfico de la ciudad, reinaba

la calma más completa. Ni siquiera se oía el ulular de los búhos.

Ana se despertó sin saber por qué. No tenía la menor idea de dónde estaba. Se quedó mirando las estrellas mientras se preguntaba si seguiría soñando.

De pronto, notó que tenía sed. Se acercó a la tienda; buscó a tientas el vaso de aluminio. Al no encontrarlo cambió de idea.

«Beberé con las manos», se dijo. Y se dirigió al manantial. *Tim*, que se había despertado al oír ruido, se preguntó si debía seguirla. No, se quedaría con *Jorge*. Su ama podía despertarse y no le gustaría ver que se había ido con Ana. Colocó de nuevo la cabeza entre las patas y se puso a dormir, manteniendo una oreja en alto para oír los pasos de Ana, que se alejaba.

Ana llegó a la fuente a través de la oscuridad. El rumor del agua que corría por el pequeño canal le sirvió de guía. Se sentó en una piedra y tendió las manos, unidas de modo que formaban un cuenco. ¡Qué fresca estaba el agua! Era una delicia beberla en una noche tan calurosa. Bebió con avidez y luego se humedeció la frente.

Se levantó para volver al campamento, y dio unos cuantos pasos a la luz de las estrellas. De pronto, se detuvo. ¿Era aquél el camino? No estaba segura.

—Sí, es éste —decidió.

Siguió adelante con cautelosa lentitud, y poco después se dijo que ya debía de estar cerca del campamento.

De nuevo se detuvo, y permaneció inmóvil, con el ánimo en tensión. Acababa de ver una luz. Había brillado un instante y se había vuelto a apagar. ¡Otra vez se encendió! ¿Qué significaría aquello?

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que se había equivocado de camino. Por allí no se iba al campamento, sino a la casa en ruinas. ¡Y allí, en la casa en ruinas, se había encendido la luz!

No se atrevió a acercarse más. Sintió como si le hubiesen clavado los pies en la tierra. Percibió una serie de ruidos apagados y luego el choque de algo con el suelo de piedra de la casa. De pronto, vio una vez más la luz. Era de una linterna que se encendía y se apagaba en la casa en ruinas.

La respiración de Ana se aceleró. ¿Quién estaría en aquella casucha medio demolida? No se atrevía a ir a averiguarlo. Debía regresar al lado de *Jorge* y de *Tim*. Con ellos se sentiría menos desamparada. Tan rápida y silenciosamente como le fue posible, regresó al manantial, y desde allí volvió sin dificultad al campamento, donde *Jorge* dormía tranquilamente.

—¡Guau! —la saludó *Tim*, medio dormido y tratando de lamerle la mano.

Ana se acurrucó junto a *Jorge* en el lecho de brezo. El corazón le latía velozmente.

—*Jorge* —susurró—. ¡*Jorge*, despierta! ¡Tengo que contarte algo increíble!



Capítulo V

¡OTRA VEZ EL DESCONCERTANTE MUCHACHO!

Jorge no se despertó. Lanzó un gruñido cuando la zarandeó Ana, dio media vuelta y poco faltó para que quedase fuera de la rústica cama.

—¡*Jorge*, por favor, despierta! —suplicó Ana en un susurro. Temía que alguien la pudiese oír, alguien que estuviera cerca del campamento, y al que su voz anunciaría su presencia.

Al fin, *Jorge* se despertó, enfurruñada y sin lograr abrir los ojos por completo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz alta.

—¡Chis! No levantes la voz.

—¿Por qué? Estamos solas. ¿Qué importa que hagamos ruido? —exclamó *Jorge*.

—Oye, *Jorge*. En la casa abandonada hay alguien.

Jorge se incorporó de un salto.

Ana se lo contó todo. Estaba tan nerviosa, que la lengua se le trababa. *Jorge* tenía que esforzarse para entenderla. Cuando Ana terminó, *Jorge* se volvió hacia su perro.

—*Tim* —le dijo en voz baja—, vamos a dar un paseo de exploración, ¿sabes? Anda, vámonos y mucho silencio.

Se levantó y dijo a Ana:

—Tú quédate aquí. *Tim* y yo vamos a intentar averiguar algo. Seremos cautelosos y no haremos el menor ruido.

—¡Oh, no! ¡No quiero quedarme sola aquí! —dijo Ana, inquieta, levantándose a toda prisa—. Yo también voy. En cuanto a *Tim*, empiezo a creer que su compañía no nos sacará de ningún apuro. Se han oído ruidos en la casa, y no ha ladrado. ¿Por qué?

—Sin duda ha creído que los ruidos los hacías tú —repuso *Jorge* —. Él sabía que había marchado.

Ana se dijo que era muy posible que *Tim* hubiera pensado así.

Las muchachas y *Tim* tomaron el sendero que conducía a la casa abandonada. Sabía que no debía adelantarse un solo paso hasta que se lo dijesen. Sus orejas estaban erguidas, y su oído, atento.

Con grandes precauciones a fin de no hacer ruido, llegaron a la casa abandonada. Su silueta se perfilaba en la oscuridad, pero esto era lo único que veían. No había ni rastro de luz. Tampoco se percibía el menor ruido.

Los tres permanecieron inmóviles y en silencio durante unos minutos. *Tim* fue el primero en moverse. ¡Qué aburrido era aquello! ¿Por qué no le permitiría *Jorge* adelantarse y explorarlo todo, si quería saber quiénes eran los intrusos?

—¡Bah! ¡Aquí no hay nadie! —musitó al fin *Jorge* al oído de su prima—. Deben de haberse marchado…, a menos que todo haya sido un sueño.

—¡No lo he soñado! —replicó Ana, indignada, pero en un susurro—. Acerquémonos un poco más y dejemos a *Tim* entrar en la casa. Si hay alguien dentro, ladrará en seguida.

Jorge dio a *Tim* un ligero empujón.

—¡Ve, *Tim*! ¡Busca, *Tim*, busca!

Tim salió disparado a través de la oscuridad. Corrió hacia la casa y pronto lo perdieron de vista Ana y *Jorge*. Las dos niñas permanecieron a la escucha, mientras sus corazones latían con violenta celeridad. Pero, aparte el rumor que producían las fuertes uñas de *Tim* al golpear las piedras en su marcha hacia la casucha, no oyeron absolutamente nada.

—Aquí no hay nadie —dijo *Jorge* poco después—. Si la casa no estuviera vacía, *Tim* ya habría ladrado. Te repito, Ana, que te ha parecido verdad lo que sólo ha sido un sueño.

—¡Ya te he dicho que no ha sido un sueño! —replicó Ana, furiosa—. En la casa había alguien, y no sólo una persona, pues estoy segura de haber oído un rumor de voces.

—¡*Tim*! —gritó *Jorge* de pronto, y tan fuerte que Ana dio un salto—. ¡*Tim*, ven! ¡Te hemos hecho buscar lo que no existe! ¡Ven! ¡Volvamos a la cama!

Tim reapareció trotando alegremente, al oír la llamada de su dueña. Mientras el perro gemía a su lado, *Jorge* se reía.

—Ana ha tenido una pesadilla, *Tim*.

Ana demostró su indignación no diciendo palabra en el camino de vuelta al campamento. Apenas llegaron, se echó en la cama de brezo, de espaldas a *Jorge*. Si su prima creía que todo había sido un sueño, allá ella.

Pero cuando se despertó a la mañana siguiente y recordó lo sucedido la noche anterior, empezó a preguntarse si *Jorge* tendría razón y todo lo que había visto y oído en la casa abandonada habría sido sólo un sueño.

«Verdaderamente —se dijo—, si *Tim* hubiera visto a alguien en la casa, se habría puesto furioso, y cuando volvió a nuestro lado, estaba tan tranquilo. Además, ¿qué razón puede haber para que alguien vaya a esa casucha en ruinas? Desde luego, esto no tiene pies ni cabeza».

Por eso, cuando *Jorge* aludió a la pesadilla de Ana, ésta guardó un prudente silencio. No estaba segura de que su prima estuviera en un error. Ni siquiera protestó cuando *Jorge* empezó a zaherirla con sus burlas.

—Iremos a ver a ese chico extraño y a conocer su campamento —propuso *Jorge* una vez se hubieron desayunado con unos bizcochos y un par de bocadillos ya un poco secos—. Empiezo a aburrirme. ¿Tú no? Estoy deseando que a *Tim* se le cure la oreja. Apenas esté bien, saldremos corriendo para casa.

Las dos muchachas y *Tim* se dirigieron al campamento del desconcertante muchacho. De pronto, oyeron un ruido entre unas matas e inmediatamente apareció ante ellas algo pequeño y peludo que les dio la bienvenida a ladridos.

—¡Hola, *Jet*! —lo saludó Ana—. No permitas que *Tim* te quite ningún hueso.

Jorge y Ana siguieron adelante y llegaron a un trozo de tierra removida. Todo él estaba excavado, y en algunos puntos, profundamente. Aquello no podía ser obra de un niño.

—¡Eh! ¿Dónde estás? —gritó *Jorge*.

Entonces vio al muchacho. Estaba en el interior de uno de los agujeros, inspeccionándolo detenidamente. El chico, sobresaltado,

levantó la cabeza y empezó a vociferar.

—¡Me prometisteis no venir a molestarme! ¡Es muy propio de las chicas faltar a sus promesas!

—¡Qué frescura! —exclamó *Jorge*—. Eres tú el que ha faltado a su palabra. ¿Quién vino a nuestro campamento la otra tarde?

—Yo no —contestó al punto el muchacho—. Yo cumplo siempre lo que prometo. ¡Haced vosotras lo mismo, y largaos! ¡Chicas! ¡Bah!

—¡Lo mismo opino yo de ti! —exclamó *Jorge* despectivamente —. ¡Ya nos vamos! ¡No nos interesan tus excavaciones! ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo el muchacho en un gruñido, y volvió a su trabajo.

—Debe de estar loco —comentó Ana—. Hace una promesa, falta a ella y dice que no la ha hecho. Y ahora declara que sí que la hizo, pero que la ha cumplido, cosa que no hemos hecho nosotras. ¿Quién entiende esto?

Siguiendo una estrecha senda, llegaron a un espacio despejado rodeado de árboles. Alguien había allí. Estaba sentado, leyendo. Se quedó mirando a las chicas.

Las dos se detuvieron con un gesto de estupor. ¡Otra vez aquel chico! ¿Cómo era posible que estuviera allí? ¡Si acababan de dejarlo en su campamento!

Ana leyó el título del libro que el muchacho tenía en las manos. ¡Uf, qué cosa tan rara! Era algo sobre arqueología.

—Otra broma, ¿no? —le dijo, *Jorge*, acercándose a él—. Buen corredor has de ser para haber llegado aquí tan de prisa. Eres el chico más bromista que he conocido.

—¡Vaya! ¡Otra vez la pareja de niñas bobas! —exclamó el muchacho—. ¿Queréis dejarme en paz? Ayer me dijisteis un montón de tonterías y hoy, por lo visto, venís con la misma intención.

—¿Cómo has podido venir con tanta rapidez? —le preguntó *Jorge*.

—No he venido con rapidez, sino muy despacio y leyendo este libro.

—¡Eres un embustero! —exclamó *Jorge*—. Has tenido que correr mucho para estar ahora aquí. ¿Qué pretendes con este juego? Hace sólo un minuto que te hemos visto lejos de este lugar.

—¡Eso sí que es un embuste como una casa! —replicó el chico—.

No estáis bien de la cabeza. Bueno, quiero estar solo. Así que largaos, y para siempre.

A *Tim* no le gustó el tono de voz del muchacho y empezó a gruñirle. El chico le gritó:

—¡Y tú a callar!

—Vamos, *Jorge*. No vale la pena seguir discutiendo —dijo Ana, tirando del brazo de su prima—. Este chico está loco y no conseguiremos hacerle razonar.

Las dos primas se marcharon seguidas de *Tim*. El extraño muchacho ni siquiera se dio cuenta de que se alejaban. Tenía la vista fija en su libro y estaba absorto en la lectura.

—En mi vida he visto un chico tan loco —exclamó Ana—. Oye, *Jorge*: ¿no crees que podía ser él quien estaba anoche en la casa abandonada?

—No, Ana. Ya te he dicho que todo eso lo soñaste —repuso *Jorge* con firmeza—. Sin embargo, este chico es lo bastante idiota para explorar una casa en ruinas a media noche. Tal vez creyó que era el momento más a propósito para hacerlo. ¡Mira, Ana! ¡Un estanque! Podríamos bañarnos, ¿no?

El agua brillaba, tentadora, a la luz del sol. Para verla mejor, Ana y *Jorge* se acercaron al estanque.

—*Sí* —repuso *Jorge*—. Esta tarde vendremos a bañarnos. Después deberíamos volver a casa para recoger víveres. Los bocadillos que nos quedan están tan duros, que no me apetecen, y la oreja de *Tim* aún no está curada. Tendremos que permanecer aquí unos días más.

—De acuerdo —contestó Ana.

Las dos primas regresaron al campamento, se pusieron los trajes de baño y de nuevo se dirigieron al estanque. Éste era espacioso. El agua estaba limpia y caldeada por el sol. Más de una hora estuvieron en el estanque. Se bañaban, salían a tomar el sol y otra vez al agua.

Después se vistieron y emprendieron el largo camino de Kirrin Cottage.

La madre de *Jorge* se sorprendió al verlas. Les dijo que desde luego podían llevarse toda la comida que quisieran y ordenó a la cocinera que les preparase lo que las niñas le pidiesen.

—Tengo noticias de Julián y Dick —dijo después—. Han vuelto ya de Francia y estarán aquí pasado mañana. ¿Les digo que vayan a buscaros o volveréis para recibirlos?

—¡Que vengan a buscarnos tan pronto como lleguen! —repuso *Jorge*, entusiasmada.

Estaba radiante de alegría. ¡Los Cinco volverían a estar juntos! ¡Qué estupendo!

—Dejadme alguna pista para que puedan encontraros —dijo la madre de *Jorge*—. Luego podréis volver todos juntos. Los chicos os ayudarán a transportar la carga.

¡Magnífico! Cuando llegaran Julián y Dick todo sería distinto y mucho mejor. Además, empezarían a ocurrir cosas emocionantes. Siempre había sido así. ¡Oh, cómo iban a divertirse!

Capítulo VI

NOCHE DE TORMENTA

Cuando emprendieron la vuelta al campamento, era ya casi de noche, pues los tres se habían entretenido en Kirrin Cottage para dar cuenta de una copiosa cena. *Tim* se había comido un gran plato de carne con verduras. Luego se sentó como diciendo: «¡Esto estaba de rechupete! ¡De buena gana repetiría!».

Pero nadie pareció comprender sus deseos y *Tim* se fue a dar una vuelta por el jardín para ver si todo estaba como lo había dejado. Tras este paseo, *Tim* oyó que *Jorge* lo llamaba con un silbido: era la hora de emprender la marcha.

—Esta tarde nadie se ha reído de *Tim* —dijo Ana cuando se pusieron en camino—. Ni siquiera tu padre.

—Estoy segura de que se lo ha pedido mamá. Sin embargo, dije que estaría fuera hasta que *Tim* se curase, y lo haré.

—Me parece estupendo —aprobó Ana—. Pero hay algo que me preocupa: ¿habrá alguien esta noche rondando por la casa abandonada?

—Te repito que eso lo soñaste —dijo *Jorge*—. Incluso lo has admitido tú misma.

—Cierto. Me pregunté si no había sido todo un sueño —reconoció Ana—. Pero pronto oscurecerá, y, aunque no sé por qué, esta media luz me hace creer que no estaba soñando. Siento algo extraño y desagradable.

—¡Qué tontería! —exclamó *Jorge*, incapaz de disimular su enojo—. ¿Es que vas a cambiar de opinión cada cinco minutos?… Además, *Tim* está con nosotras, y nadie se atreverá a enfrentarse con él. ¿Verdad, *Tim*?

Pero *Tim* no le prestó atención. Se había adelantado, con la esperanza de cazar algún conejo. ¡Había tantos en el campo a aquella hora, mirándole, riéndose de él, y enseñándole sus blancas y cortas colas apenas se lanzaba en pos de ellos para atraparlos!

Las dos primas llegaron sin novedad al campamento. La tienda seguía plantada en la hierba, y allí estaba también la cama de brezo, al aire libre, cubierta por una manta. Después de colocar en el interior de la tienda las nuevas provisiones, *Jorge* y Ana se dirigieron a la fuente, pues tenían sed.

—Estoy cansada —dijo *Jorge*, bostezando—. Vamos a acostarnos, ¿no te parece? Pero antes nos llegaremos a la casa abandonada para asegurarnos de que nadie vendrá a molestarnos esta noche.

—¡Oh, no! ¡Yo no voy! —dijo Ana—. Está oscureciendo.

—Bien; iré sola con *Tim* —decidió *Jorge*.

Se marchó, y, minutos después, estaba de nuevo en el campamento. Pese a la oscuridad, lo había encontrado rápidamente con ayuda de su linterna.



—¡Sin novedad! —exclamó—. Allí no hay nadie. Sólo he visto un murciélago dando vueltas por las habitaciones. *Tim* se ha puesto furioso cuando ha pasado volando junto a él y le ha rozado el hocico.

—Ya lo he oído ladrar —dijo Ana desde el lecho—. Anda, *Jorge*, acuéstate. Tengo un sueño horrible.

—Espera un momento. He de echar un vistazo a la oreja de *Tim*.

Y enfocó al perro con la linterna.

—Pues date prisa —la apremió Ana—. Ya le has mirado la oreja

más de mil veces.

—Está mejor —dijo *Jorge*, dando a *Tim* una palmada cariñosa—. ¡Qué ganas tengo de quitarle ese collar tan horroroso! Estoy segura de que lo odia.

—Pues yo creo que ni se da cuenta de que lo lleva —opinó Ana —. Bueno, ¿te acuestas o no? No puedo tener abiertos los ojos ni un minuto más.

—Ya voy —dijo *Jorge*. Y añadió, dirigiéndose a *Tim*—: No, tú no cabes en nuestra cama. Ya te lo dije anoche. Apenas hay sitio para Ana y para mí.

Jorge se echó con el mayor cuidado en el lecho de ramaje y se quedó mirando las estrellas, ensimismada.

—¡Qué contenta estoy —exclamó— desde que sé que vienen Dick y Julián! No te puedes imaginar lo que me apenó la noticia de que no vendrían en todo el verano. ¿Cuándo crees que llegarán, Ana?

No recibió respuesta. Ana se había quedado dormida. *Jorge* lo lamentó. Le habría gustado planear con ella lo que harían cuando llegasen los chicos. *Tim* no tardaría más de dos días en curarse. Entonces regresarían a Kirrin Cottage con Julián y Dick, que las ayudarían a transportar el equipaje; y serían felices pescando, nadando, corriendo aventuras… ¡Cómo se iban a divertir! Sí, ¡cómo se…!

Jorge no pudo seguir pensando, porque se quedó dormida, y tan profundamente, que no notó que una arañita subía por su mano y se detenía entre su índice y su pulgar, preguntándose si podría tejer allí su tela. Tampoco oyó que un erizo se deslizaba muy cerca, aunque no ocurrió lo mismo a *Tim*. Pero esto fue todo lo que sucedió.

A la mañana siguiente, Ana y *Jorge* tuvieron un alegre despertar. Se desayunaron con las nuevas provisiones que les había preparado Juana, la cocinera, y seguidamente se deslizaron a recoger más ramas de brezo para su cama, que se había aplastado bajo el peso de sus cuerpos y estaba dura e incómoda.

—¡Ahora, a bañarnos! —dijo *Jorge*.

Las dos se pusieron el traje de baño y, con los jerseys al hombro por si tenían frío al salir del agua, se dirigieron al estanque. Por el

camino se encontraron con *Jet*, el perrito de raza indefinida, y, con él, a su dueño. *Jet* corrió hacia las chicas y empezó a saltar alrededor de *Tim*.

—¡Estad tranquilas! ¡No pienso acercarme a vosotras! —les gritó el muchacho—. ¡Sigo cumpliendo mi palabra! ¡Ven aquí, *Jet*!

Ni *Jorge* ni Ana hicieron caso al muchacho. En cambio, no pudieron resistir la tentación de acariciar a aquel simpático perrito que sólo tenía un ojo. *Jet* era un manojo de nervios. Después de saltar y corretear alrededor de las chicas, salió disparado hacia su dueño.

Cuando llegaron al estanque, Ana y *Jorge* quedaron petrificadas de asombro. En las tranquilas aguas había alguien nadando con brazadas vigorosas.

—¿Quién será? —preguntó Ana—. Este lugar, solitario en apariencia, está tan poblado como Kirrin Cottage.

Jorge no respondió. Estaba mirando al nadador atentamente, con un gesto de sorpresa.

—¡Ana! —exclamó de pronto—. ¡Es el chico de siempre! ¡Míralo! ¡El mismo pelo, la misma cara redonda: todo igual!

—Pero si acabamos de verlo alejarse en dirección opuesta —dijo Ana, atónita—. ¡Es increíble! No, no puede ser ese muchacho.

Se acercaron un poco más. Sí, era él.

—¡Esperad un momento! —les gritó el chico—. ¡Salgo en seguida!

—¿Por dónde has venido? —le preguntó Ana—. ¡No te hemos visto dar la vuelta ni correr hacia aquí!

—Llevo más de diez minutos en el agua —respondió el chico sin dejar de nadar.

—¡Embustero! —exclamó *Jorge*.

—¡Otra vez diciendo tonterías! —gritó el muchacho—. ¡Lo mismo que ayer!

Seguidamente, salió del estanque, se secó con una toalla y se alejó, camino del lugar de sus excavaciones. *Jorge* buscó a *Jet* con la mirada, pero no lo vio por ninguna parte.

—Anda, Ana; vamos a bañarnos —dijo—. En mi vida he visto un chico igual. Para él no hay nada tan divertido como encontrarse con alguien, desaparecer y aparecer de nuevo.

—Me fue más simpático cuando nos encontramos con él la primera vez —dijo Ana—. Entonces me pareció un buen chico. Pero ahora no lo entiendo. ¡Qué estupenda está el agua!

Estuvieron un buen rato bañándose y luego se echaron sobre la hierba para tomar el sol. Cuando empezaron a sentir apetito, decidieron regresar al campamento.

El resto del día transcurrió sin que sucediera nada digno de mención. No volvieron a ver al muchacho ni a *Jet*. De vez en cuando oyeron el ruido de una herramienta de metal al chocar con una piedra, o el de la tierra al desmenuzarse. Ambos procedían del antiguo campamento romano donde el muchacho excavaba sin cesar.

—O lo que él se imagina que es un campamento romano —dijo *Jorge*—. Está tan loco, que no lo creo capaz de distinguir un campamento romano de otro de *boyscouts*.

Se acostaron en el lecho de ramas, pero no pudieron contemplar las estrellas. El cielo estaba cubierto de grandes nubarrones, y ya no hacía tanto calor.

—¡Sólo faltaría que empezara a llover! —dijo *Jorge*—. Nuestra pequeña tienda no nos protegería si cayera un fuerte chaparrón. Encogidas cabremos en ella, pero no está hecha para resistir la lluvia. ¿Lloverá, Ana?

—A mí me parece que no. Lo que puedo asegurarte es que no me levantaré si no es absolutamente necesario. Estoy rendida.

Cerró los ojos y lo mismo hizo *Jorge*. *Tim*, sin embargo, permaneció despierto. Había oído un trueno lejano y estaba intranquilo. No era que tuviese miedo a los truenos, sino, sencillamente, que le desagradaban. Gruñían como monstruosos perros en el cielo, precedidos de imponentes estallidos de luz que él no podía atrapar ni asustar con sus ladridos.

Al fin, cerró también los ojos y bajó una oreja, dejando la otra erguida para escuchar.

Resonó otro trueno y una enorme y pesada gota de agua golpeó su nariz. Otra cayó sobre el collar de cartón, produciendo un gran ruido. Y entonces *Tim* se sentó sobre sus patas traseras, gruñendo.

La tormenta se acercaba. Los goterones empezaron a caer en mayor cantidad y alcanzaron los rostros de las muchachas. De

pronto, resonó un trueno tan fuerte, que Ana y *Jorge* saltaron del lecho, aterradas.

—¡Tenemos tormenta! —exclamó *Jorge*—. ¡Y vaya chaparrón! Vamos a quedar como dos sopas.

—Debemos cobijarnos en la tienda —dijo Ana, mientras un relámpago lo iluminaba todo con su potente resplandor.

—No —discrepó *Jorge*—. La tienda está ya empapada. Lo mejor que podemos hacer es ir a la casa en ruinas. Allí, por lo menos, estaremos bajo techo. ¡Hala, vamos!

Ana no tenía el menor deseo de pasar la noche en aquella casa, pero comprendió que no había otra solución. Las dos muchachas se envolvieron en sus mantas y corrieron bajo la lluvia. *Jorge* llevaba en la mano una linterna y *Tim* corría junto a ella ladrando.

Llegaron a la casa y entraron sin detenerse. ¡Qué alivio experimentaron al verse a cubierto de la lluvia! Ana y *Jorge* se retiraron a un rincón. Seguían arrebujadas en sus mantas, pero pronto sintieron calor y se las quitaron.

La tormenta pasó rápidamente sobre sus cabezas. Fue una sucesión de brillantes relámpagos y terroríficos truenos. Gradualmente, la lluvia fue perdiendo intensidad y al fin cesó. Salió una estrella, luego otra, y así, a medida que se iban dispersando las nubes, el cielo se iba cubriendo de puntos luminosos.

—No podemos volver a la tienda —dijo *Jorge*—. Tendremos que quedarnos aquí. Iré por nuestras mochilas y nos servirán de almohadas. Nos acostaremos sobre las mantas.

Ana acompañó a su prima y pronto estuvieron de vuelta con las mochilas. Poco después, Ana y *Jorge* estaban echadas en un rincón, sobre las mantas, con las cabezas apoyadas en las mochilas. *Tim* estaba echado al lado de ellas.

—Buenas noches —dijo Ana—. Intentaremos volver a dormir. ¡Ha sido una señora tormenta!

Pronto se quedaron dormidas. Pero no así *Tim*, que daba muestras de gran inquietud. De pronto, empezó a ladrar tan furiosamente, que las niñas despertaron sobresaltadas.

—¿Qué pasa, *Tim*? ¡Oh, *Tim*, algo sucede! —le gritó *Jorge*, sujetándolo por el collar de cuero.

—No nos dejes solas, *Tim*. ¿Por qué has ladrado? ¿Qué has oído?

Capítulo VII

SUCEDEN COSAS EXTRAÑAS

Tim dejó de ladrar y trató de desprenderse de la mano de *Jorge*, pero la niña no lo soltó. *Jorge* no era miedosa, pero la reciente tormenta, el misterio que rodeaba a la casa y los súbitos y furiosos ladridos de *Tim*, la movían a desear tener al perro cerca.

—¿Qué será? —preguntó Ana en un susurro.

—No lo sé; no tengo la menor idea —repuso *Jorge*, también en voz baja—. Quizá no sea nada; tal vez sea sólo que la tormenta ha puesto nervioso a *Tim*. Estemos un rato despiertas a ver si oímos algo extraño.

Permanecieron inmóviles en su rincón. *Jorge* sujetaba fuertemente a *Tim*. Éste gruñó un par de veces, pero no volvió a ladrar. *Jorge* empezó a creer que la única causa de la excitación de *Tim* había sido la tormenta.

Se oyó un trueno. La tormenta volvía a tomar incremento, o empezaba otra.

—No hay nada que temer, Ana —dijo *Jorge*—. Han sido sólo los truenos y los relámpagos lo que ha hecho ladrar a *Tim* —y añadió dirigiéndose al perro—: Como vuelvas a asustarnos, te acordarás de mí.

¡Brrruuuuuuummmmm!

Sí, se había desencadenado una nueva y violentísima tormenta. *Tim* empezó a lanzar furiosos ladridos.

—¡Calla, *Tim*! ¡Haces tú más ruido que la tormenta! —le reprochó *Jorge*—. ¡No, no puedes salir! Vuelve a haber tormenta y es tan fuerte como la anterior. Si salieras, lo único que conseguirías sería mojarte. Luego te acercarías a mí y entonces seríamos dos los

mojados. Te conozco muy bien.

—¡No, no lo dejes salir! —suplicó Ana—. ¡Quiero que esté con nosotras! ¡Qué horror! ¡Es una tormenta espantosa! ¡Quiera Dios que no nos caiga ningún rayo!

—¡Bah! Esta casa está aquí desde hace trescientos o cuatrocientos años y habrá soportado miles de tormentas. Bien podrá afrontar una más sin que le pase nada… Pero oye, ¿adónde vas?

—A mirar por la ventana… —respondió Ana—, bueno, por el hueco donde hubo una ventana. Me gusta ver el campo cuando lo ilumina repentinamente un relámpago y en seguida vuelve a quedar sumido en la oscuridad.

Ana se acercó a la ventana. En este momento se oyó el rugido de un trueno no muy lejano. Poco después, un nuevo relámpago, anuncio de un nuevo trueno, iluminó fugazmente el campo. Ana profirió un grito y volvió rápidamente al lado de su prima.

—¡*Jorge*!… ¡*Jorge*!… —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó *Jorge*, alarmada.

—Ahí fuera hay alguien —dijo Ana, aferrándose desesperadamente a su prima—. Los he visto un momento a la luz del relámpago.

—¿Qué clase de gente es? —preguntó *Jorge*, sorprendida—. Y ¿cuántos son?

—No lo sé. ¡Ha sido todo tan rápido! Creo que he visto dos…, quizá tres. Estaban tan quietos como postes a pesar de la tormenta.

—¡Ana, por Dios! Lo que has visto han sido árboles, no personas. Hay algunos árboles pequeños cerca de la casa. Los vi cuando vinimos el otro día.

—No, no son árboles: estoy segura —afirmó Ana—. ¿Qué hará esa gente ahí con esta tormenta?… ¡Estoy muerta de miedo!

A *Jorge* no le cabía duda de que Ana había tomado por personas aquellos arbolitos que había cerca de la casa. Eran del tamaño de un hombre. Por lo tanto, bien podían parecer hombres a la luz de un relámpago. Esta luz es engañosa por lo repentina.

—No te preocupes, Ana —dijo *Jorge*, deseosa de calmar a su prima—. Nada tan fácil como ver cosas raras a la luz de los relámpagos. *Tim* habría ladrado si alguien rondase por aquí…

—¿Acaso no ha ladrado? ¿Olvidas que nos ha despertado con sus ladridos?

—Pero ha ladrado a la tormenta —dijo *Jorge*—. Ya sabes que los truenos lo enfurecen.

Un nuevo relámpago lo iluminó todo y momentos después se oyó un trueno ensordecedor.

Pero antes de que resonara el trueno, las dos niñas habían lanzado un grito de terror, mientras *Tim* empezaba a ladrar furiosamente, tratando de desprenderse de la mano de *Jorge*.

—¿Has visto? —preguntó Ana con voz casi imperceptible.

—Sí, Ana; lo he visto. Alguien ha mirado por la ventana. Y si nosotras lo hemos visto a él, también él nos habrá visto a nosotras. ¿Quién será y qué hará aquí a media noche?

—Ya te he dicho que eran dos o tres personas —dijo Ana, que seguía muerta de miedo—. Sin duda, han visto la casa a la luz de los relámpagos, han decidido guarecerse aquí y han enviado a uno de ellos a explorar.

—Quizás. Pero ¿qué harán por este lugar solitario a media noche? No creo que pretendan nada bueno. Mañana nos iremos a casa. ¡Lástima que los chicos no estén aquí! Ellos sabrían ya lo que debíamos hacer. En seguida habrían trazado un plan.

—La tormenta se va alejando —dijo Ana—. *Tim* ya no ladra. Has hecho bien en no dejarlo salir. Esos desconocidos podrían haberle hecho daño. Además, estoy mucho más tranquila teniéndolo al lado.

—Ni me ha pasado por el pensamiento dejarlo ir —le dijo *Jorge* —. Estás temblando, Ana. No hay para tanto. *Tim* no consentiría que nadie te hiciese daño.

—Ya lo sé. Pero no es nada agradable ver de pronto que alguien te mira por una ventana a la luz de un relámpago —respondió Ana —. Me parece que ya no podré dormir. Juguemos a cualquier cosa. Así no pensaremos en lo ocurrido.

Jorge aceptó y empezaron a jugar a lo que ellas llamaban «iniciales de animales». Primero había que decir nombres de animales que empezaran por A y la que dijera más nombres ganaba un punto. Luego seguían con la B, la C, la D, etc., hasta terminar el alfabeto. La que tenía más puntos al llegar a la letra Z, ganaba.

Estaban ya en la letra E, cuando oyeron un sonido

tranquilizador.

—*Tim* está roncando —dijo *Jorge*—. Es asombrosa la facilidad con que se duerme. ¡Lanzas ronquidos de elefante, *Tim*!

—¡Elefante! —exclamó al punto Ana.

—¡Eso no vale! ¡Ahora me tocaba a mí! —dijo *Jorge*—. ¡Bueno, da lo mismo! Escorpión.

—Escolopendra —dijo Ana, tras un momento de reflexión.

—Ese nombre ya lo habías dicho. Así que gano un punto.

Cuando llegaron a la M y Ana llevaba dos puntos de ventaja, la oscuridad no era ya tan profunda. Fue un gran alivio para Ana y *Jorge* ver cómo la claridad del día empezaba a asomar por oriente, anunciando la pronta salida del sol. Inmediatamente se sintieron más animadas. *Jorge* se levantó y se asomó a la ventana. Allí no había nada anormal. Lo único que vio fue el bello paisaje campestre, con sus árboles, sus matorrales y sus flores silvestres.

—¡Qué tontas hemos sido! No sé por qué nos hemos asustado tanto. Me parece, Ana, que no nos iremos a casa hoy. Le he tomado cariño a este lugar. Además, los chicos se reirían de nosotras.

—No me importa que se rían —dijo Ana—. Yo me voy. Si los chicos estuviesen aquí, me quedaría, pero cualquiera sabe cuándo vendrán: a lo mejor, tardan todavía una semana. No quiero pasar aquí otra noche.

—Bien —aceptó *Jorge*—. Nos iremos. Pero te agradeceré que les digas a los chicos que nos hemos ido por tu voluntad y que yo quería quedarme.

—Así lo haré —prometió Ana. Y añadió—: ¿Sabes que tengo sueño? Como está amaneciendo, me siento más tranquila, y sólo de pensar que puedo dormir sin miedo, de buena gana me echaría a dormir.

A *Jorge* le ocurría lo mismo. Así, pues, las dos se acostaron y muy pronto se quedaron dormidas.

No se despertaron hasta muy tarde, y eso porque algo las despertó: de lo contrario, habrían estado durmiendo varias horas más, cosa natural, pues estaban rendidas de cansancio, tras una noche en vela a causa de la tormenta y el miedo.

Lo que las despertó fue algo que se movía cerca de ellas ruidosamente, a lo que siguieron los ladridos de *Tim*.

—¡Es *Jet*! —exclamó Ana—. ¡Hola, simpático! Has venido a ver si nos había pasado algo, ¿verdad?

—¡Guau, guau! —repuso *Jet*, echándose patas arriba para que le acariciasen el pecho, y sin dejar de mover su larga cola.

Tim se lanzó sobre él, juguetón, simulando que se lo quería comer. De pronto, alguien llamó a las niñas desde la puerta. Era el enigmático muchacho. Estaba en el umbral, mirándolas.

—¡Hola, dormilonas! —exclamó—. He venido a ver si estabais bien después de la tormenta. Ya sé que os prometí no volver por aquí, pero no estaba tranquilo: me preguntaba si os habría ocurrido algo.

—Gracias. Eres muy amable —dijo Ana, levantándose y sacudiéndose la ropa—. Estamos perfectamente, aunque hemos pasado una noche de perros. Alguien…

Un codazo de *Jorge* la hizo callar. Comprendió que su prima no quería que contase nada de lo ocurrido aquella noche, de la gente que habían visto… Quizá todo aquello estaba relacionado con el muchacho. Ana enmudeció y *Jorge* dijo:

—¡Ha sido una tormenta horrible! ¿Te has mojado?

—No. Duermo en una cueva, donde estoy bien resguardado de la lluvia. ¡Bueno, hasta otra! ¡Vamos, *Jet*!

El perro y el chico desaparecieron.

—Ha estado muy amable —dijo Ana—. Esta mañana no parece un loco; se ha comportado como un ser normal; ni siquiera nos ha llevado lo contraria. Creo que acabaré haciendo buenas migas con él.

Las muchachas regresaron a su campamento, y se desayunaron con una lata de sardinas, pan y mantequilla. Cuando estaban abriendo la lata, oyeron que alguien se acercaba silbando. Miraron hacia donde se oían los silbidos y vieron que de nuevo llegaba el muchacho.

—Buenos días. Diréis que soy un entrometido, pero quería saber cómo estabais después de la tormenta.

El muchacho había dicho estas palabras con toda seriedad, sin ni siquiera una sombra de sonrisa. Las niñas lo miraron con un gesto de extrañeza.

—¡Oye, no empieces otra vez con tus locuras! —dijo *Jorge*—.

Sabes muy bien que no nos ha pasado nada, porque acabamos de decírtelo.

—¿A mí? ¡A mí no me habéis dicho nada! —exclamó el muchacho—. Oíd, he venido para que no creáis que soy un mal educado. Pero veo que con vosotras no se puede tratar porque estáis chifladas.

Y se alejó a grandes zancadas. Estaba furioso.

—¡Otra vez igual! —dijo Ana, indignada—. ¡Después de portarse como una persona normal empieza de nuevo con sus tonterías! Por lo visto se divierte así. ¡El muy estúpido!

Pusieron sus ropas al sol para que se secaran, y ya eran más de las doce cuando empezaron a recoger sus cosas para regresar a Kirrin Cottage. *Jorge* hubiera querido quedarse, pero Ana se mantuvo firme en su negativa a pasar una noche más en aquel paraje desierto.

Cuando estaba colocando su mochila en el portapaquetes de su bicicleta, *Jorge* oyó voces que se acercaban. *Tim* parecía haberse vuelto loco. Ladraba con todas sus fuerzas. De pronto, salió disparado.

—¡Oh, no puedo creerlo! ¡Es imposible que sean Dick y Julián! —gritó *Jorge*, entusiasmada sólo de pensarlo. Y echó a correr en pos de *Tim*.

¡Sí, eran Julián y Dick! Allí estaban, con sus mochilas a la espalda y sonriendo alegremente. ¡Hurra! Los famosos Cinco estaban juntos de nuevo.

Capítulo VIII

OTRA VEZ REUNIDOS

La llegada de los chicos produjo tal explosión de alegría, que todos hablaban a la vez y nadie entendía lo que decían los demás. Para que nada faltase, *Tim* ladraba con todas sus fuerzas y no había modo de hacerlo callar. *Jorge* gritaba, y Julián y Dick se reían. Ana los abrazó. Estaba orgullosa de tener dos hermanos tan estupendos.

—¡No creíamos que llegaseis tan pronto! —dijo *Jorge* alegremente—. ¡Ha sido una agradable sorpresa!

—Estábamos empachados de guisos franceses —dijo Dick—. Julián se puso enfermo. ¡Y hacía un calor!… La próxima vez iré cuando haga más frío.

—Estábamos todo el día pensando en Kirrin Cottage, en vosotras y en *Tim* —dijo Julián, dando a *Jorge* una amistosa palmada en la espalda—. La nostalgia se apoderó de nosotros. Por eso hicimos las maletas antes de lo previsto y tomamos el avión.

—¿El avión? —exclamó *Jorge*—. ¡Oh, qué suerte! ¿Habéis venido directamente de Francia a Kirrin?

—No; pasamos la noche en casa, con nuestros padres —repuso Julián—, y a la mañana siguiente tomamos el primer tren. Al llegar a Kirrin, nos han dicho que estabais aquí.

—Entonces —prosiguió Dick— hemos embutido los trastos de *camping* en las mochilas y aquí nos tenéis… ¡Oye, *Jorge*: a ver si consigues que *Tim* deje de ladrar de una vez!

—¡Silencio, *Tim*! —le ordenó *Jorge*—. Deja que nosotros ladremos también un poquito… ¿Has visto el collar que lleva, Julián?

—¡Claro que lo he visto! Y, francamente, le sienta como un tiro.

¡Ja, ja, ja! ¡Eres un perro isabelino, *Tim*! Así te ha calificado el tío Quintín, y, desde luego, no pareces otra cosa.

—¡Da risa verlo! —exclamó Dick—. ¡Hasta los gatos se reirán de él!

Ana miró a *Jorge*. Temía que su prima se enfadara por las burlas de Dick y Julián, contra *Tim*. Estallaría de un momento a otro.

Pero *Jorge* sonreía. Incluso lanzó una leve carcajada.

—Desde luego, tiene un aspecto graciosísimo. Pero a él no le importa.

—Precisamente estamos aquí porque *Jorge* no podía soportar que la gente se riese de…

Ana enmudeció de pronto. Había empezado a explicar el motivo de que estuvieran allí, porque creía que a *Jorge* no le importaría, pero una mirada de ésta le había demostrado lo contrario. *Jorge* no podía soportar quedar en ridículo ante Julián y Dick. Se enorgullecía de ser igual que un chico y no quería que sus primos vieran que se portaba como una niña, al enterarse de la que había armado sólo porque la gente se reía del collar de *Tim*.

Por lo visto, os estabais preparando para marcharos —dijo Julián mirando las dos mochilas junto a la bicicleta de *Jorge*—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que como este lugar es tan solitario, Ana…

Esta vez fue *Jorge* la que tuvo que callarse ante la mirada amenazadora de su prima. Sabía perfectamente que aquella mirada quería decir: «Yo no he contado lo tuyo. Así que tú no debes contar lo mío. No quiero que mis hermanos se enteren de que he tenido miedo».

—Ana estaba segura de que aquí había algo misterioso —continuó *Jorge*, después de haber estado a punto de decir que Ana tenía miedo y quería volver a casa—. No nos sentíamos capaces de aclarar el misterio nosotras solas y por eso nos íbamos. Si hubieseis estado vosotros aquí, no habríamos pensado ni remotamente en marcharnos.



—¿Algo misterioso? ¿Qué quieres decir? —preguntó Dick.

—Pues verás… —empezó a explicar *Jorge*.

Pero Julián la interrumpió.

—Oye, *Jorge*: yo creo que será preferible que nos expliques esas cosas tan interesantes mientras almorzamos. No hemos comido nada desde las seis de la mañana y estamos hambrientos.

—¡Excelente idea! —exclamó Dick, empezando a desatar un paquete que había sacado de su mochila—. Esto nos lo ha preparado tu madre, *Jorge*. ¡Todo cosas estupendas! Se ha alegrado tanto al saber que iba a librarse de nosotros, que se ha excedido. ¡Mirad qué jamón tan bonito! Y tenemos tanto, que nos durará un siglo si no le damos un poco a *Tim*. ¡Lárgate, *Tim*! ¡Esto no se ha hecho para tu paladar!

Jorge se sentía tan feliz, que apenas podía hablar. Le gustaba hacer *camping* con Ana, pero qué diferente era todo estando los chicos, siempre tan seguros de sí mismos, tan alegres, y tan aficionados a contar chistes. De buena gana habría empezado a cantar con todas sus fuerzas.

El sol caía ya con fuerza y apenas quedaban restos de la lluvia que había empapado la tierra durante la noche. Pronto estuvieron

los Cinco sentados en la hierba saboreando un copioso almuerzo.

—No vendería a nadie mi apetito por todo el oro de mundo —dijo Dick—. ¿Quién quiere una lonja de este magnífico jamón?

Como no disponían de platos, tuvieron que comérselo todo en emparedados. Dick había abierto un tarro de mostaza y la extendía generosamente sobre las rebanadas de pan, en las que Julián iba colocando buenos trozos de jamón.

—Lo siento, *Tim* —exclamó *Jorge*—, pero Dick ha empleado el sistema más seguro para que no nos pruebes estos maravillosos bocadillos. Detestas la mostaza, ¿verdad?… Oye, Julián, ¿dónde está la carne que trajimos para *Tim*?

—Aquí… —repuso Dick—. ¡Ufff! ¡Huele un poco! ¿No te importa ir a comértela lejos de nosotros, *Tim*?

Tim se sentó al lado de Julián.

—¡No seas desobediente! —le dijo éste, dándole un empujoncito amistoso.

—Es que no entiende la palabra «lejos» —dijo *Jorge* con una sonrisa—. ¡*Tim*, lárgate!

Esto sí que lo entendió. En seguida se alejó con el gran trozo de carne en la boca. Todos sacaron tomates y lechuga de la mochila de Julián para acompañar nuevos bocadillos.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Ana en una explosión de alegría—. Apenas puedo creer que nos hayan ocurrido cosas tan extrañas.

—¡Ah, sí! Explicadnos esos misterios —dijo Julián. Primero Ana y luego *Jorge* refirieron todo lo sucedido.

Ana explicó que había visto luces sospechosas, seguidas de cuchicheos y un ruido, como algo que cayera, en el patio de la casa.

—Al principio, creíamos que todo había sido un sueño —añadió—. Pero ahora sabemos que no lo soñé. Estamos seguras de que todo era real.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Julián, saboreando su tercer bocadillo—. Todo eso es muy interesante, y también muy apropiado para el Club de los Cinco.

Jorge habló de la tormenta de la noche pasada. Dijo que habían tenido que abandonar el campamento para refugiarse en la casa en ruinas; que, a la luz de los relámpagos, Ana había visto a dos o tres

personas en los alrededores, y que una de ellas se había asomado a la ventana desde el exterior.

—Todo eso es muy misterioso —dijo Julián, interesado—. No cabe duda de que aquí pasa algo anormal. Pero me pregunto qué podrá ser, pues no creo que haya nada interesante en este lugar solitario.

—¡Hombre, están los restos de un viejo campamento romano! —manifestó Ana—. Y también un chico que excava en busca de objetos antiguos.

—Está loco —explicó *Jorge*—. No sabe lo que dice ni lo que dejas de decir; sus palabras son una serie de contradicciones. Dicho de otro modo, cuenta las más estúpidas mentiras.

—Por lo visto —continuó Ana—, le parece lo más divertido del mundo saludarnos en un sitio, volver sobre sus pasos y aparecer de pronto en otra parte. Unas veces me parece simpático, y otras, antipático.

—Tiene un perro tuerto que se llama *Jet* —siguió explicando *Jorge*, mientras *Tim* lanzaba un ladrido al oír el nombre.

—Te es simpático, ¿verdad, *Tim*?

—Todo eso es la mar de interesante —dijo Dick—. Dame un tomate, Julián; no te los comas todos. Gracias… Pues sí; lo que habéis contado es muy interesante: un perro tuerto, un muchacho loco, restos de un pueblo romano, personas que se acercan a media noche a una casa abandonada para mirar por una ventana…

—Me sorprende que no hayáis recogido vuestras cosas y regresado a casa —dijo Julián—. Sois muy valientes. ¡Estar aquí sin nosotros!

Jorge dirigió a su prima una mirada fugaz y sonrió imperceptiblemente. Pero no dijo nada. Ana se sonrojó.

—La verdad es —confesó— que había decidido volver a casa después del miedo que pasé anoche. *Jorge*, aunque al principio se quería quedar, después se avino a acompáñame. Pero ahora que estáis aquí, la cosa ha cambiado.

—Bien, ¿nos quedamos o no, Julián? ¿Tenemos miedo o no?

Todos se echaron a reír.

—Claro que nos quedamos, Ana. ¡Siempre serás la misma! Quizá ocurra aquí algo extraño, y quizá no. En este momento no lo

podemos saber. Pero estoy seguro de que lo averiguaremos. Lo primero que debemos hacer es echar una ojeada a las ruinas romanas y a ese muchacho. Tengo muchas ganas de verlo. Después visitaremos la casa.

Tim se acercó a ellos con la esperanza de conseguir algún resto de comida; pero Julián lo apartó.

—Hueles demasiado a carne, *Tim* —le dijo—. Bebe un poco de agua. A propósito, *Jorge*: ¿hay por aquí algún sitio dónde beber?

—¡Oh, sí! —respondió la niña—. Una fuente estupenda. Y no está lejos. Vayamos a terminar de comer en la fuente. Como no tenemos más que un vaso, nos sentaremos en torno del surtidor e iremos bebiendo por turno. ¡Vamos!

Los chicos estuvieron de acuerdo en que el agua de aquella fuente era estupenda. Se sentaron a su alrededor y, por riguroso turno, fueron llenando el vaso y bebiendo. Cuando todos hubieron bebido y dado fin a los bocadillos, regresaron para saborear el magnífico pastel de frutas que les había hecho Juana, la cocinera.

—Ahora, vosotras sacaréis lo que hay en las mochilas —dijo Dick cuando acabó de dar cuenta de su trozo de pastel—. ¡Estaba para chuparse los dedos!… Entre tanto, Julián, nosotros desharemos los demás paquetes del equipaje.

—De acuerdo. ¿Dónde ponemos las cosas? —preguntó Julián, mirando en todas direcciones—. No quiero dejarlo todo en la tienda habiendo por estos alrededores un muchacho loco y un perro tuerto. Quizá les entren ganas de comerse el resto del jamón.

—Hace demasiado calor para que lo dejemos al sol —dijo *Jorge* —. Lo tendremos que esconder en la casa. Lo mejor será que lo llevemos todo allí, ¿no os parece? Y ahora mismo, por si vuelve a llover esta noche. Sería un fastidio hacer el traslado a toda prisa bajo la lluvia.

—Estoy de acuerdo —dijo Dick—. Nos instalaremos en la casa abandonada. ¡Qué divertido! ¡Hala, empecemos!

Estuvieron media hora trasladando cosas y colocándolas ordenadamente en la casa en ruinas. *Jorge* encontró un buen escondite en la chimenea para la comida. Temía que *Jet*, a pesar de su simpatía, oliese el jamón y se lo zampara.

—¡Bueno! —exclamó Julián—, ya estamos listos para visitar las

ruinas romanas y al muchacho loco. ¡Adelante!

El Club de los Cinco está en acción. ¿Qué ocurrirá? Eso nadie lo sabe.

Capítulo IX

LOS CHICOS INVESTIGAN

Los Cinco emprendieron la marcha. *Tim* iba el último, feliz de tener a su lado a todos sus amigos. De vez en cuando tocaba con el hocico las piernas de uno u otro para recordarles que estaba con ellos.

Cuando llegaron a las proximidades del campamento romano se encontraron con un chico que estaba junto a un arbusto, leyendo un libro.

—Ése es el chico de que os hemos hablado —dijo *Jorge*.

—Pues no parece un anormal —repuso Dick—. Está absorto en la lectura. Aún no se ha dado cuenta de nuestra llegada.

—Yo le hablaré —dijo *Jorge*.

Y cuando estuvieron cerca de él, le dijo:

—¡Hola! ¿Dónde está *Jet*?

—¡Yo que sé! —repuso el muchacho levantando los ojos y mirándola con cara de pocos amigos.

—Estaba contigo esta mañana —dijo *Jorge*.

—Eso no es verdad. Nunca está conmigo. Bueno, haced el favor de dejarme en paz. Ya veis que estoy leyendo.

—¿Habéis visto? —preguntó *Jorge* a sus primos—. Ha venido esta mañana con *Jet* a vernos, y ahora dice que *Jet* no está nunca con él. Está loco.

—O es un mal educado —dijo Dick—. No vale la pena preocuparse por él. Oíd, ya que ahora no está excavando, podríamos explorar el campamento romano sin que él proteste.

Poco después llegaban al terreno de las excavaciones. En seguida oyeron un silbido de bienvenida y el golpeteo de un pico sobre la

tierra. *Jorge* se asomó a una profunda cavidad y retrocedió sorprendida. Tan rápido fue el retroceso, que la niña casi se cayó de espaldas.

El muchacho estaba cavando tranquilamente en el fondo del hoyo. Se apartó el pelo que le tapaba los ojos y entonces vio a *Jorge* y a sus compañeros. Parecía sorprendido.

—¿Cómo diablos has venido tan de prisa? —le preguntó *Jorge*—. ¡Cualquiera diría que tienes alas!

—Llevo aquí más de una hora —respondió el muchacho.

—¡Mientes! —replicó *Jorge*. El chico se enfadó y dijo rápidamente—: ¡Estoy ya harto de vosotras! ¡Y encima os traéis a vuestros amigos! ¿Hasta cuándo pensáis seguir tomándome el pelo?

—¡No seas tonto! —le dijo Dick, que estaba tan asombrado como *Jorge* y Ana.

¿Cómo se las habría arreglado para trasladarse allí con tanta rapidez y sin que ellos lo viesen? ¿Hacía estas cosas para divertirse? Desde luego, no parecía estar loco.

—¿Es tuyo este terreno? —le preguntó Julián.

—¿Mío? ¡Qué tontería! ¿Tengo yo cara de ser dueño de un terreno como éste? Lo descubrió mi padre hace unos años y me ha dado permiso para trabajar en él durante las vacaciones. ¡Mirad lo que he encontrado!

El muchacho señaló un deteriorado cajón en el que había un jarro roto, algo que parecía un broche antiguo y un fragmento de piedra. Julián estaba interesadísimo. Bajó al fondo del hoyo.

—¡Te felicito por estos importantes hallazgos! —exclamó—. ¿Has encontrado alguna moneda?

—Sí, tres —repuso el muchacho, hurgando en sus bolsillos—. Primero encontré ésta y luego, ayer, estas otras dos, que estaban juntas. Deben de tener muchos siglos.

Cediendo a su curiosidad, los demás saltaron también al interior del hoyo y empezaron a observarlo todo con gran interés. Saltaba a la vista que la excavación era obra de manos expertas, y el chico buscaba aquí y allá con la esperanza de encontrar algo que les hubiera pasado por alto a los excavadores.

Dick empezó a salir de la cavidad, escalando la pendiente erizada de rocas. De pronto apareció ante sus ojos un conejo que se

quedó mirándolo aterrado, y luego dio un salto y desapareció bajo una piedra. Poco después asomó su cabecita para observar a Dick. Éste se echó a reír mientras miraba a su vez al conejito; se acercó a él cautelosamente y el conejo desapareció en su escondite. Dick se agachó, apoyándose en las manos y las rodillas, miró por debajo de la piedra y vio un negro agujero.

Dick iluminó el escondite del conejo con su linterna, creyendo que iba a ver la entrada de una madriguera; pero comprobó, sorprendido, que aquel orificio no tenía las dimensiones de la boca de una madriguera, y que daba paso a un ancho túnel a cuyo final no llegaba el foco de su linterna.

«Es demasiado ancho para ser la madriguera de un conejo», se dijo Dick. Y, después de preguntarse adónde conduciría, decidió informarse por el muchacho. Éste seguía mostrando sus hallazgos a Julián, que los examinaba entusiasmado. Dick se acercó a ellos y dijo al pequeño arqueólogo:

—He visto un pasadizo subterráneo bajo una de esas piedras. ¿Sabes algo de él?

—¡Ah, sí! Mi padre me ha dicho que lo exploraron y que conduce a una especie de depósito de víveres. No encontraron nada interesante cuando lo recorrieron. Me parece que ni siquiera forma parte del campamento romano.

—Mira, ahí hay otra caja de objetos antiguos —dijo Dick a Julián, señalando un cajón que había en el lado opuesto de la gran cavidad. Y preguntó al muchacho—: ¿Son también tuyas esas cosas?

—No —repuso el excavador—, eso no es mío. Os agradeceré que no lo toquéis.

—¿De quién es, entonces? —preguntó *Jorge*, curiosa.

Pero el muchacho no oyó esta pregunta. Había reanudado su animada conversación con Julián. *Jorge* sacó de la caja un bonito jarro de cerámica.

—¡Eh! ¡He dicho que no toquéis eso! —gritó el muchacho, tan enojado y tan repentinamente, que a *Jorge* casi se le cayó el jarro de las manos—. ¡Déjalo donde estaba, y, como vuelvas a tocarlo, te echaré de aquí!

—¡Bueno, hombre, no te enfades! —dijo Julián—. No grites tanto. Con esas voces has asustado incluso a tu perro. ¡Qué salto ha

dado el pobre animal!… Lo mejor será que nos vayamos.

—Perdona, pero no me gusta que me molesten —dijo el chico, a modo de justificación—. Estoy harto de la gente que viene a meter aquí las narices. Ya he tenido que alejar a más de uno.

—¿Gente? —preguntó Julián, recordando que Ana le había hablado de dos o tres personas que merodeaban por los alrededores de la casa en plena tormenta—. ¿Qué clase de gente?

—Pues de esa que alborota y se mete en todas partes para curiosear —repuso el muchacho—. Es increíble la cantidad de idiotas que rondan por estos lugares solitarios y que vienen a molestarme… No lo digo por vosotros —añadió sonriendo—, que, por lo menos, entendéis algo de este trabajo.

—¿Vino alguien por aquí la pasada noche?

—Me parece que sí, porque *Jet* ladró hasta desgañitarse. Quizá fue que la tormenta lo asustó, cosa rara, pues no suele temerlas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Dick.

—Guy Lawdler —respondió el muchacho.

Dick lanzó un silbido de admiración.

—Entonces tu padre debe de ser el famoso explorador Sir John Lawdler —dijo. Y el muchacho movió la cabeza afirmativamente—. Así que no me extraña que sepas tanto de arqueología. Tu padre ha hecho grandes cosas en arqueología, ¿verdad?

—¡Dick! —lo llamó *Jorge*—. ¡Vámonos ya! Nos bañaremos en el estanque. No nos acordamos de deciros que hay uno cerca.

—Bien —aceptó su primo—. Vámonos, Julián. Adiós, Guy.

Dejaron a su nuevo amigo con sus restos romanos y se dirigieron a la casa para ponerse los trajes de baño. Poco después corrían hacia el estanque.

—¡Mirad! ¡Guy se está bañando! —exclamó Dick, sorprendido.

Sí, allí estaba el muchacho con su eterna cortina de pelo que casi le tapaba los ojos.

—¡Guy! ¡Espera! ¡También nosotros nos vamos a bañar! —le gritó Dick.

Pero el muchacho estaba ya saliendo del agua. Dick insistió:

—¡Espera un momento! ¡Nos gustaría nadar contigo, Guy!

—¡No digas tonterías! —replicó el muchacho, con cara adusta—. Yo no me llamo Guy.

Los cuatro se quedaron atónitos. El muchacho echó a correr y desapareció corriendo entre la maleza.

—¿Lo veis? —dijo Ana—. Está completamente loco. Bueno, no pensemos en él. Venid; el agua está estupenda.

Cuando llevaban unos minutos bañándose, empezaron a sentir apetito.

—No comprendo que tengamos ganas de comer después de habernos zampado una montaña de bocadillos y un enorme pastel —dijo Dick—. Te desafío a una carrera hasta la casa, Julián.

Una vez allí, se quitaron los bañadores, se vistieron y merendaron: té, pastel de frutas, bizcochos y piña. El zumo de piña se lo bebieron mezclado con agua. Estaba delicioso.

—Ahora inspeccionemos la casa —dijo Dick.

—Ya lo hemos hecho Ana y yo —advirtió *Jorge*—, y no hemos visto nada de particular.

Lenta y cuidadosamente exploraron toda la planta baja. Después subieron por la escalera al piso, si se le podía llamar así, pues apenas quedaba techo; las cuatro paredes era casi lo único que se veía.

—Aquí no hay nada —dijo Julián, mientras bajaban la escalera —. Ahora echaremos una mirada al patio, aunque tampoco puede decirse que esté bien conservado.

Inspeccionándolo todo, llegaron a los viejos establos. Estaban muy oscuros, pues las ventanas eran muy pequeñas. Sólo cuando pasaron unos segundos y sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudieron ver algo.

—Pesebres —dijo Dick, tocándolos—. ¿Cuánto tiempo hará que no se han utilizado?

—¡Venid! —exclamó *Jorge*—. ¡Aquí hay algo extraño! Mira, Ana. Este trozo de suelo estaba intacto ayer cuando lo reconocimos, ¿verdad?

Ana miró la blanca losa de piedra que le señalaba *Jorge*. Era evidente que la habían levantado, pues no tenía los bordes tan verdes como las demás losas, y, además, al volver a colocarla, no la habían encajado bien.

—No cabe duda —dijo Dick— que alguien se ha interesado por esta piedra o por lo que hay debajo de ella. Apostaría cualquier cosa

a que aquí hay algo enterrado.

—Ya sabemos lo que vinieron a hacer aquellos hombres que vimos anoche —dijo *Jorge*—. Entraron en el establo y levantaron esta piedra. Pero, ¿para qué?

—Pronto lo sabremos —respondió Julián—. ¡Venid! Entre todos intentaremos levantarla.



Capítulo X

¿QUÉ SERÁ ESO?

Cuarenta dedos se apresuraron a rascar la tierra de las rendijas para poder alcanzar el borde inferior de la piedra y levantarla. Al fin, Julián logró hacer presa en uno de los picos, que estaba un poco más levantado que los otros, y, tirando con fuerza, consiguió moverla ligeramente.

—Ayúdame por este lado, Dick —le dijo su hermano.

Dick se colocó junto a Julián.

—¡A la una… a las dos… y a las tres!…

La piedra fue levantándose poco a poco y al fin cayó estrepitosa y pesadamente hacia el otro lado. *Tim* empezó a ladrar con todas sus fuerzas. Todos miraron al espacio descubierto, y la decepción fue general.

Allí no había nada, ni siquiera un agujero: sólo tierra, una tierra negra y dura como el acero. Todos estaban extrañados. *Jorge* miró a Julián.

—Es increíble, ¿verdad? ¿Para qué habrán levantado esta piedra tan pesada no habiendo nada debajo?

—Lo que está bien claro —dijo Julián— es que quien la levantó no encontró ni escondió nada aquí. Es incomprensible que la levantaran y la volvieran a colocar sólo por el gusto de hacerlo.

—Quizá buscaban algo que no estaba aquí —dijo Ana—. Tal vez se equivocaron de piedra.

—Creo que Ana tiene razón —dijo Dick—. Se han equivocado de piedra. Seguramente hay algo interesante debajo de una de estas losas; pero, ¿de cuál?

Todos se sentaron y se miraron, perplejos, unos a otros. *Tim* se

sentó también, preguntándose por qué armarían tanto jaleo por una simple piedra. El primero en romper el silencio fue Julián.

—A juzgar por lo que nos habéis contado sobre las luces que visteis en la casa la primera noche, las voces que oísteis y esas dos o tres personas que os asustaron anoche, durante la tormenta, alguien busca aquí a toda prisa algo importante.

—Sí, algo que está escondido debajo de estas piedras: un tesoro o algo así —dijo *Jorge*.

—Pues yo no creo que aquí haya ningún tesoro —dijo Julián, reforzando sus palabras con un movimiento negativo de cabeza—. La gente que vivió en esta casa debió de ser pobre. A lo sumo podrían haber escondido unas cuantas monedas de oro, y, seguramente, ya las habría encontrado alguien.

—Pero hay que pensar que puede haberse escondido hace poco algo valioso, quizá algo robado —dijo Ana.

—Tal vez, pero no podemos asegurarlo —replicó Dick—. Desde luego, se trata de algo muy importante para alguien. A lo mejor, esa gente que, según nos dijo Guy, fue a molestarle, tiene algo que ver con todo esto.

—Quizás —admitió Julián—. Lo cierto es que saben que está aquí lo que buscan, sea lo que sea. Y no cabe duda de que no les hizo ninguna gracia encontraros aquí. Por eso uno de ellos se acercó a la ventana. Querían saber si estabais durmiendo. Y resultó que estabais despiertas.

—No sé si quedarme o marcharme —dijo Ana, nuevamente dominada por el miedo—. Si no han encontrado aún lo que buscan, quizá vuelvan esta noche.

—¿Y qué? —exclamó Dick—. Contamos con la defensa de *Tim*, ¿no? Yo no me voy sólo porque alguien tenga la manía de levantar las piedras del suelo.

—Ni yo —dijo Julián alegremente—. Quedémonos. También nosotros podemos dedicarnos a levantar las piedras si se nos antoja. A lo mejor encontramos algo interesante.

—Ni más ni menos —dijo Dick—. Decididamente, nos quedamos. ¿No te parece, Ana?

—¡Claro que sí! —respondió la niña, que de buena gana se habría marchado, pero que por nada del mundo se habría separado

de los Cinco.

Éstos exploraron detenidamente los alrededores de la casa. Su deseo era averiguar la procedencia de los merodeadores que habían visto las niñas la noche anterior. ¿Por dónde habían venido y hacia dónde se habían ido?

—Las personas que vi estaban ahí —dijo Ana, señalando el lugar donde las había visto—. Comprobemos si dejaron alguna huella. Como llovía, el suelo estaba cubierto de barro.

—Buena idea —dijo Dick, dirigiéndose hacia el lugar señalado por Ana.

Sí, había huellas, profundas huellas de pies, delante mismo de la ventana. Una de ellas estaba borrosa, pero la otra se veía con toda claridad.

Dick sacó del bolsillo una hoja de papel.

—La calcaré —dijo—. También conviene averiguar la clase de suela que ha impreso estas huellas. A ver… Sin duda son suelas de goma, o de crepé. El calzado es del treinta y ocho. Lo mismo que el tuyo, Julián.

Sacó un lápiz y, poco a poco, fue calcando en el papel las huellas de los zapatos del intruso.

—Eres un verdadero detective, Dick —le dijo Ana, entusiasmada.

Dick sonrió.

—Copiar unas huellas es fácil —dijo—. Lo difícil es encontrar a la persona que las ha impreso.

—Ya es la hora de la cena…, si es que alguien quiere cenar —dijo *Jorge*—. Son las ocho y media. ¡Qué de prisa pasa el tiempo!

—Yo no tengo apetito —declaró Dick—. ¡Hemos comido tanto durante el día!

—Si no tienes apetito, no comas —dijo *Jorge*—. No debemos malgastar los víveres. Así nos ahorraremos un viaje a casa en busca de comida.

Como todos podían pasar sin cenar, se limitaron a comer un poco de pastel de frutas y unos bizcochos. Bebieron zumo de piña y agua de la fuente. *Jorge* había tenido la feliz idea de llenar de agua la lata de piña, una vez vacía, y de este modo no tuvieron necesidad de ir todos a la fuente.

—Está oscureciendo —dijo Julián—. ¿Dormimos dentro de la casa o fuera?

—Dentro —repuso rápidamente Dick—. Hay que poner todas las dificultades que podamos a esos extraños visitantes nocturnos.

—De acuerdo —dijo Julián—. Estoy seguro de que no les hará ninguna gracia encontrarse con nuestro buen *Tim*. Vamos a recoger ramas de brezo para hacer dos nuevas camas. No podría dormir si tuviéramos una sola para los cuatro.

Pronto estuvieron los cuatro recogiendo ramas en los alrededores. Las colocaron en la habitación principal de la planta baja. Habían decidido dormir todos en la misma estancia por si surgía algún peligro.

—Se necesita una gran cantidad de brezo para hacer una cama blanda —dijo Dick, probando la suya—. Tengo la sensación de que mis huesos descansan en el suelo.

—Podemos colocar las mochilas vacías bajo el ramaje. Así la cama será menos dura. Las chicas pueden quedarse con la manta para echarla sobre el brezo. No necesitamos taparnos: hace mucho calor.

Cuando terminaron de instalarse, era ya de noche. *Jorge*, ya acostada en su cama, bostezó.

—Me dormiré en seguida —dijo—. No hay que hacer guardia, ¿verdad? *Tim* ladrará si alguien se acerca.

—Desde luego, no hace falta que vigilemos por turno —convino Julián—. Vete, *Tim*. Aquí no hay sitio para los dos.

Julián fue el último en dormirse. Estuvo un gran rato pensando en la piedra que habían levantado. No cabía duda de que los primeros que la habían movido creían que iban a encontrar algo debajo de ella. Si tenían un plano, o no estaba bien trazado o los buscadores no lo habían sabido interpretar.

Al fin, no pudo seguir pensando, porque se quedó dormido. *Tim* se durmió también, feliz de tener a los niños bajo su custodia. Como siempre, mantuvo una oreja en alto, pero no tan atenta como de costumbre.

Sin embargo, podía oír a un ratón que corriese por el suelo, y a un moscardón que chocara con las paredes al buscar la salida. Poco después estaba tan profundamente dormido, que no pudo oír el

rumor que producía un erizo al deslizarse junto a la casa, en la oscuridad de la noche.

Pero, de pronto, algo hizo que sus orejas se irguiesen de nuevo: cerca de la casa, y cada vez más fuerte, se oyó un sonido extraño, una especie de alarido inquietante, aterrador.

Tim se despertó y permaneció un momento escuchando. Luego se acercó a *Jorge* y le dio un ligero golpe con el hocico. Ignoraba si podía ladrar o no. Sabía que no debía ladrar a las lechuzas, pero aquello no era una lechuza. Quizá *Jorge* supiese lo que era.

—¡Estáte quieto! —le dijo la niña, sin despertar del todo.

Pero *Tim* siguió tocándole con el hocico. En esto, *Jorge* oyó el extraño alarido y, sobresaltada, acabó de despertarse.

¡Qué grito tan horrible! Era una especie de aullido, un lúgubre lamento que iba cobrando potencia y que luego decrecía lentamente. Esto se repetía una y otra vez. Era un gemido de angustia que estremecía a quien lo escuchaba.

—¡Julián! ¡Dick! ¡Levantaos! —dijo *Jorge*, cuyo corazón latía sin freno—. ¡Ocurren cosas extrañas!

Los chicos se despertaron inmediatamente y oyeron el horrible lamento. ¿Qué sería? ¡Otra vez! Empezó en apenas un susurro, que, creciendo, alcanzó su máxima intensidad y después, lentamente, se fue extinguiendo, para comenzar nuevamente tras una breve pausa.

Dick sintió que se le erizaba el pelo. Saltó de la cama y se dirigió a la ventana.

—¡Mirad! ¡Venid en seguida! —gritó—. ¿Qué será eso?

Todos acudieron presurosos al lado de Dick. *Tim* ladraba con todas sus fuerzas, mientras Ana, *Jorge*, Julián y Dick observaban en silencio algo sumamente extraño.

Luces azules y verdes brillaban por todas partes, a veces débilmente, a veces con deslumbrante intensidad. En esto vieron que una luz blanca surcaba lentamente el aire. Ana se aferró a *Jorge*, temblando.

—¡A ver si viene hacia aquí! —exclamó—. No vendrá, ¿verdad? ¡Esto no me gusta nada! ¿Qué será, Julián?

—¿Cuándo cesará ese maldito aullido? —dijo Dick—. Siento como si resonara dentro de mi cabeza. ¿Qué te parece todo esto, Julián?

—Que es algo muy raro. Voy a ver si averiguo algo. *Tim* me acompañará.

Sin que nadie pudiese evitarlo, salió de la casa. *Tim* iba a su lado, ladrando desaforadamente.

—¡Julián, vuelve! —le gritó Ana, mientras se alejaban los pasos de Julián.

Todos permanecieron en la ventana con los nervios en tensión hasta que, de pronto, el extraño gemido dejó de oírse y las luces sé fueron apagando.

Pronto oyeron los pasos de Julián que regresaba.

—¿Qué era, Julián? —le preguntó Dick.

—No lo sé —repuso Julián, perplejo—. No tengo ni la menor idea. Mañana por la mañana procuraremos averiguarlo.

Capítulo XI

UN DESCUBRIMIENTO INTERESANTE Y UN PLAN

Los cuatro se sentaron en la oscuridad de la habitación y hablaron largamente de los siniestros aullidos y de las luces verdes y azules. Ana estaba al lado de Julián, y no disimulaba su pánico.

—Regresemos a Kirrin —dijo—. Salgamos mañana mismo. No me hace ninguna gracia lo que está ocurriendo aquí.

—No he visto absolutamente nada —dijo Julián, desconcertado, mientras pasaba un brazo por los hombros de Ana—. He llegado muy cerca de las luces y los ruidos, pero han desaparecido cuando me he acercado un poco más. *Tim* se ha acercado aún más que yo y ladrando como un loco. Sin embargo, allí no había nadie.

—¿De modo que has estado cerca de las luces? —preguntó Dick.

—Sí, muy cerca —repuso Julián—. Lo más curioso es que subían a medida que yo me acercaba, y que *Tim* no ha encontrado a nadie. Si las luces las hubiera movido alguien, este alguien habría estado allí, y a *Tim* no se le habría escapado.

—¡Guau! —confirmó *Tim*, con absoluta convicción. Tampoco a él le gustaban aquellas cosas raras que estaban ocurriendo.

—Pues si no hay nadie que pueda hacer los ruidos y mover las luces, todavía peor —dijo Ana—. ¡Regresemos a casa, Julián! ¡Mañana mismo!

—De acuerdo —dijo Julián—. Estoy muy extrañado de lo que pasa aquí, pero se me ha ocurrido algo que podría aclararlo todo. Me gustaría comprobar mañana, a la luz del día, si estoy en lo cierto.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó Dick.

—Que es muy posible que alguien tenga grandes deseos de que

nos vayamos de aquí. ¿Por qué? Porque quiere levantar las demás piedras del piso y buscar por todo el patio con tranquilidad. Estando nosotros aquí no puede hacerlo, y trata de asustarnos para que nos vayamos.

—Tu suposición es muy lógica, Julián. Esos siniestros aullidos y esas luces misteriosas pueden asustar a cualquiera hasta el extremo de ahuyentarlo. En fin, haremos una buena investigación cuando haya luz, y a ver si encontramos huellas de ese impostor.

—Lo haremos —dijo Julián—. Pero es muy extraño que *Tim* no lo descubriera. *Tim* percibe el olor de las personas por muy escondidas que estén. Bueno, realizaremos una minuciosa exploración mañana por la mañana.

—Y si no encontramos nada ni a nadie, nos iremos a casa, ¿no? —preguntó Ana.

—Sí, te lo prometo. De modo que puedes estar tranquila. No tendrás que pasar ni una noche más aquí. Bueno, procuremos dormir un poco.

Tardaron un buen rato en quedarse dormidos después de tantas emociones. Ana siguió escuchando por si oía algo sospechoso, pero no percibió ningún ruido, y al fin, rendida de cansancio, se quedó dormida.

Jorge y sus dos primos estuvieron también un buen rato despiertos, pensando en aquellas luces y en aquellos bramidos que, al parecer, no eran obra de nadie.

Sólo *Tim* estaba libre de toda preocupación. Se quedó dormido mucho antes que los demás, manteniendo una oreja erguida y atenta, y levantando la otra cuando *Jorge* se movía o Dick le decía algo a Julián.

El cansancio los tuvo dormidos hasta muy tarde. Julián, el primero que se despertó, miró al techo, sorprendido. ¿Dónde estaba? ¿En Francia? ¡Ah, no! Estaba en la casa en ruinas.

Despertó a Dick, que protestó un poco, pero que al fin abrió los ojos.

—¿Te acuerdas de los alaridos y las luces de anoche? —preguntó Dick—. ¡Qué susto nos llevamos! Ahora que la luz del sol entra por la ventana y podemos ver kilómetros y kilómetros de campo, nos parece ridículo el miedo que pasamos.

—Estoy seguro de que alguien pretende asustarnos —dijo Julián—. Nos hemos cruzado en su camino. Vino, o vinieron, con la esperanza de encontrar algo y no lo pueden buscar porque estamos aquí nosotros. Creo que lo mejor sería que lleváramos a las chicas a casa y volviéramos nosotros dos solos.

—A Ana le encantará la idea, pero *Jorge* no querrá —repuso Dick—. Ya sabes cómo es: vale tanto como un chico y es tan valiente como el primero. No tomemos ninguna decisión hasta haber echado una ojeada por los alrededores. No creo que haya nada sobrenatural en todo esto. Me parece, como a ti, que no son más que artimañas para asustarnos.

—Despertemos a las chicas —propuso Julián—. ¡*Jorge*! ¡Ana! ¡Arriba, dormilonas! ¡Levantaos y preparadnos el desayuno! ¡Para eso sois chicas: para hacer el desayuno a los chicos!

Jorge se levantó furiosa, que era lo que pretendía Julián.

—El desayuno te lo… —comenzó a decir. Pero se detuvo al ver el semblante alegre de su primo.

—Ha sido una broma para que os levantarais —dijo Julián—. ¡Vayamos a tomar un baño!

Se encaminaron alegremente al estanque. *Tim* los acompañaba, moviendo sin cesar su larga cola. El sol caía con fuerza y cada vez apetecía más el contacto con el agua. Cuando llegaron al estanque se encontraron con el desconcertante muchacho, que flotaba tendido boca arriba.

—Ahí está Guy —dijo Ana.

—¿Se llamará así hoy? —preguntó *Jorge*—. Recordad que ayer nos dijo que su nombre era Guy, y poco después negó que se llamaba así. O está loco, o se divierte tomándonos el pelo.

Llegaron a la orilla. El muchacho los saludó alegremente.

—¡Ánimo! ¡El agua está estupenda!

—¿Te llamas Guy esta mañana? —le preguntó *Jorge*.

—¡Claro! ¿Cómo quieres que me llame? —repuso Guy, extrañado—. ¡Hala! ¡No perdáis tiempo! ¡Echaos al agua!

Estuvieron un buen rato bañándose y jugando. Guy nadaba como una anguila y era un perfecto buceador. Se alejaba a grandes brazadas y se hundía repentinamente cuando los otros estaban a punto de llegar a su lado.

Cuando se cansaron de nadar, se sentaron en el borde del estanque para tomar el sol.

—Oye, Guy: ¿oíste o viste algo extraño anoche? —preguntó Dick.

—No vi nada —respondió Guy—, pero oí algo: una serie de aullidos lejanos que parecían acercarse cuando el viento soplaba hacia aquí. *Jet* se asustó y, mientras se oyeron los extraños gritos, estuvo temblando entre mis piernas.

—Nosotros también los oímos, y muy cerca —dijo Julián—. Además, vimos unas luces raras.

Estuvieron un rato comentando lo sucedido. Guy no pudo ayudarlos: había oído desde más lejos que ellos, y, por lo tanto, peor los angustiosos gemidos.

—Estoy hambrienta —dijo al fin *Jorge*—. Empiezo a soñar con tomates, quesos y jamones. Volvamos a la casa.

—Bien pensado —aprobó Julián—. Adiós, Guy; hasta pronto. Adiós, simpático *Jet*.

Se marcharon. El sol había secado casi por completo sus trajes de baño.

—Guy ha estado muy amable esta mañana —comentó Ana—. ¿Por qué será tan huraño otras veces?

—Oíd, ¿no es Guy aquel chico? —exclamó *Jorge* de pronto—. ¿Lo veis? Aquél que corre… No sé cómo ha podido venir tan de prisa. Lo acabamos de dejar en el estanque.

Desde luego, era igual que Guy. Lo llamaron, pero ni siquiera los miró, aunque tenía que haberlos oído. El grupo prosiguió su camino. Todos estaban extrañados. ¿Cómo podía cambiar una persona de humor tan rápidamente? Y ¿qué razones podía tener aquel muchacho para no ser siempre igual?

Tras un excelente desayuno, se dedicaron a explorar los alrededores de la casa, en busca de algún detalle que explicara lo sucedido la noche anterior.

—Los ruidos —dijo Julián, deteniéndose junto al pequeño grupo de árboles— salían de aquí, Por lo menos, así me pareció cuando vine a investigar. También creí ver que estaban aquí las luces, pero no en el suelo, sino por encima de mi cabeza.

—¿Por encima de tu cabeza? —exclamó Dick—. ¡Qué extraño!

—No, no es extraño —dijo Ana—. ¡Ni mucho menos! Alguien pudo subirse a uno de esos árboles y empezar a gemir y aullar con algún aparato en la boca, al mismo tiempo que encendía las luces, ¿no os parece?

Julián fijó la vista en los árboles y después en Ana. Luego sonrió, satisfecho.

—Ana ha acertado. ¡Qué lista es! No cabe duda de que una o dos personas se encaramaron a uno de esos árboles. Seguramente, fueron dos. Así, mientras una lanzaba los siniestros gemidos, la otra encendía las luces: las antorchas o lo que fuese. Quizá eran bengalas silenciosas, o globos de colores con una luz dentro.

—¡Claro! —dijo Dick—. Por eso las luces estaban a varios metros del suelo. Alguien las movía desde la copa del árbol.

—Como parecían flotar en el aire, nos asustamos —dijo Ana—. Me alegro de que fuesen esas estratagemas las causas de nuestros temores. Ya no conseguirán volver a asustarme.

—Eso —dijo *Jorge*— explica también que *Tim* no viera a nadie. No podía descubrir a los que estaban en la copa de un árbol y, seguramente, conteniendo la respiración cuando vieron a *Tim* debajo de ellos.

—¡Claro! Nos engañaron a todos. Nos parecía imposible que *Tim* sólo pudiera encontrar ruidos y luces —dijo Julián.

—¡Mirad! ¡Aquí hay algo! ¡Es un trozo de goma verde! —dijo Dick, mientras lo recogía del suelo—. No cabe duda de que eran globos que tenían una luz dentro. Los soltaban y los globos flotaban en el aire.

—Muy ingenioso —dijo Julián—. Tienen un buen repertorio de trucos. Desde luego, pretenden asustarnos para que nos vayamos.

—¡Pues no lo conseguirán! —dijo Ana inesperadamente—. ¡Yo no me voy! No me asustarán con esas ridículas artimañas.

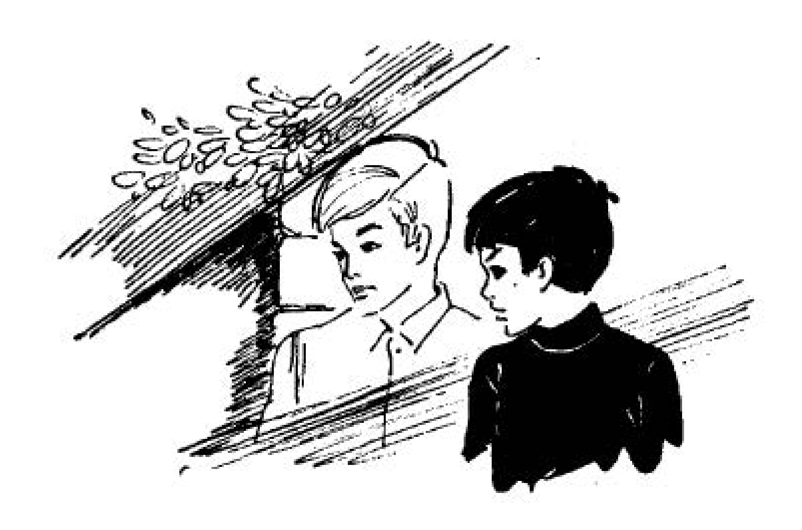
—¡Muy bien, Ana! —exclamó Julián, dándole un golpecito en la espalda—. Nos quedamos. Tengo una magnífica idea.

Todos le pidieron que la explicase, y Julián lo hizo de este modo:

—Haremos ver que nos vamos a casa. Prepararemos nuestras cosas y nos iremos, pero sólo para acampar en otra parte. Dick y yo nos quedaremos esta noche cerca de aquí, escondidos, y, si viene

alguien, sabremos dónde buscan. Además, trataremos de averiguar lo que buscan y por qué.

—Es un plan muy ingenioso —dijo Dick, entusiasmado—. Lo pondremos en práctica. Empieza una nueva aventura. Debemos estar prevenidos.



Capítulo XII

UN BUEN ESCONDITE

Los Cinco pasaron una mañana inolvidable, y cuando llegó la tarde consideraron que ya era hora de poner en práctica su plan, empezando por preparar el equipaje.

—Supongo que alguien nos estará espiando para ver lo que hacemos —dijo Dick—. Se alegrará cuando vea nuestros preparativos de viaje.

—¿Quién puede espiarnos? —preguntó Ana, mirando a su alrededor como si esperase descubrir a alguien escondido detrás de un, árbol—. *Tim* lo olfatearía inmediatamente y se pondría a ladrar.

—Es que estará lo bastante lejos para que *Tim* no pueda olfatearlo —dijo Dick.

—Entonces, ¿cómo es posible que el espía nos vea y se entere de que nos estamos preparando para partir?

—Por lo visto, Ana, no sabes que existen los prismáticos —dijo Dick, dándose importancia—. Son unos aparatos con los que pueden verse los objetos a gran distancia y…

—¡No seas tonto! ¡Claro que sé lo que son unos prismáticos! —dijo Ana, poniéndose colorada y propinando a Dick un cariñoso puñetazo—. Cualquiera que tenga unos prismáticos puede subir a una colina de los alrededores y observarnos con ellos sin que nos demos cuenta.

—Me parece que sé dónde está el que nos observa —dijo Dick—. Acabo de ver un destello en la cumbre de aquel montículo, ese destello especial que despide una lente al reflejarse en ella un rayo de sol. Nuestro espía debe de estar sentado con toda comodidad en la cima, violándonos atentamente.

Ana se volvió hacia el montículo, y al punto le dijo Julián:

—No lo mires. El espía no debe darse cuenta de que nosotros sabemos que nos está vigilando.

Siguieron cargando las mochilas y pronto estuvieron listos para partir. Los chicos dijeron a *Jorge* que atara su mochila en el portapaquetes de su bicicleta, y que lo hiciera en un lugar despejado, de modo que el espía pudiese observar fácilmente todos sus movimientos.

Estaba Julián doblando cuidadosamente su ropa para guardarla en su mochila, cuando Ana dijo, sobresaltada:

—¡Alguien viene!

Todos miraron hacia donde señalaba Ana, esperando ver aparecer a una persona de aspecto siniestro, y lo que vieron fue una campesina, con un pañuelo negro en la cabeza y una cesta colgada en el brazo. Llevaba lentes, y su pelo quedaba oculto por el pañuelo. Cuando vio a los niños, se detuvo.

—Buenas tardes —dijo Julián, amablemente—. ¡Qué día tan hermoso!, ¿verdad?

—Espléndido —respondió la mujer—. ¿Estáis acampados aquí? ¡Habéis escogido la mejor época del año!

—Estamos haciendo el equipaje para irnos —dijo Julián—. Hemos dormido en la casa abandonada, pero hemos decidido marcharnos. ¿Es muy vieja esa casa?

—Sí, mucho —dijo la mujer—. Y la gente dice que suceden en ella cosas raras por las noches.

—¡Que nos lo digan a nosotros! —exclamó Julián—. ¡Menudo susto nos llevamos anoche! Oímos unos ruidos horribles y vimos unas luces fantasmagóricas. Por eso hemos, decidido no pasar aquí ni un día más.

—Es lo mejor que podéis hacer —dijo la campesina—. Marchaos lo más lejos posible. Yo no me atrevo a venir aquí de noche. ¿Adónde vais?

—Vivimos en Kirrin —respondió *Jorge*, evasiva—. Ya sabe: junto a la bahía.

—¡Ah, sí! ¡Un sitio magnífico! —alabó la mujer—. Desde luego, no debéis pasar una noche más aquí… Bueno, adiós.

La campesina se alejó y pronto se perdió de vista.

—Seguid con los preparativos de marcha —dijo Julián—. Nuestro espía continúa en el montículo. Acabo de ver de nuevo los destellos de sus prismáticos.

—Oye, Julián: ¿por qué has explicado nuestras cosas a esa mujer? —preguntó Ana—. Nunca eres tan comunicativo cuando estamos en una aventura.

—Mí querida e inocente Ana —repuso Julián—: ¿crees que esa mujer es realmente lo que ha aparentado ser, o sea una campesina que trabaja en una finca próxima?

—¿De modo que no lo es? —exclamó Ana, sorprendida—. Pues lo parecía, con su cara sin maquillar, su pañuelo negro en la cabeza y lo mucho que sabe de la casa abandonada.

—Pero las campesinas no llevan puentes de oro en la dentadura —dijo Julián—. ¿No has visto el suyo cuando ha sonreído?

—Y lleva el pelo teñido —dijo *Jorge*—. Me he fijado en que es rubio en las raíces y moreno por arriba.

—¿Y qué me decís de sus manos? —preguntó Dick—. Las campesinas trabajan duramente, y sus manos son ásperas: no blancas y finas como las de esa mujer. ¡Tiene manos de princesa!

—También yo me he dado cuenta —dijo Ana—. Además, he notado que unas veces habla como una campesina y otras no.

—Yo creo —dijo Julián— que forma parte de la banda que intentó asustarnos anoche. Al saber por el espía que estamos preparándonos para marcharnos, han querido asegurarse y la han enviado a investigar. Y ella ha venido disfrazada de campesina. Afortunadamente, no somos tan necios como esa mala gente supone.

—Has conseguido que se trague el anzuelo —dijo Dick, con una sonrisa—. La banda vendrá esta noche a levantar todas las losas. Y tú y yo nos divertiremos haciendo de espías.

—¡Tened mucho cuidado! ¡Que no os vean! —dijo Ana—. ¿Dónde os esconderéis?

—Todavía no lo hemos decidido —repuso Dick—. ¡Bueno, vámonos ya! Acamparemos donde no sea fácil vernos. Tú, *Jorge* y *Tim* dormiréis allí esta noche y Julián y yo vendremos a vigilar.

—Yo también quiero venir —dijo *Jorge*—. Teniendo a *Tim*, Ana estará bien guardada.

—No, *Jorge*; esta vez no vendrás con nosotros —dijo Julián—. Cuantos menos seamos, mejor. Lo siento, pero tendrás que quedarte con Ana.

Jorge demostró inmediatamente un profundo enojo. Julián se echó a reír y le dio una cariñosa palmada en la espalda.

—¡Huy, qué cara de mal genio! Hace tiempo que no la ponías. Ahora lo haces mucho mejor. Frunce más el ceño, *Jorge*; el enfado te sienta muy bien.

La muchacha sonrió, primero a su pesar, luego de buena gana. Le molestaba que la dejasen aparte, pero comprendía que debían ser pocos los que vigilaran. De acuerdo; se quedaría con Ana.

Al parecer, el espía del montículo había abandonado su puesto, ya que no se producían en la cima del montículo fulguraciones que percibían los chicos cuando el observador los enfocaba con sus prismáticos.

—La mujer disfrazada ha dicho a ese hombre que nos vamos —dijo Julián—. Bueno, ¿ha pensado alguno de vosotros adónde podemos ir? No debemos alejarnos mucho, pero es necesario que el espía enemigo no nos pueda ver desde su atalaya.

—Hay un sitio ideal —dijo *Jorge*—. He visto una mata enorme al otro lado de la fuente. Sus raíces han abierto en el suelo una especie de espaciosa cueva.

—Allí estaremos bien —asintió Julián—. Vamos a verlo en seguida.

Jorge se puso en cabeza para guiar al grupo, mientras trataba de recordar dónde estaba el arbusto. *Tim* la seguía. Aún llevaba el ridículo collar de cartón, mejor dicho, lo que quedaba de él. *Jorge* se detuvo un poco más allá de la fuente.

—Era por aquí —dijo—. Recuerdo que seguía oyendo el rumor de la fuente cuando vi la cavidad al pie del arbusto. ¡Mirad, allí está!

Era, efectivamente, un arbusto enorme, salpicado de flores amarillas. Sus grandes raíces, al hundirse en la tierra blanda y húmeda, habían excavado una gran cavidad, en la que los muchachos cabían perfectamente. Julián apartó las ramas que ocultaban el agujero, protegiéndose las manos con un papel en doble, pues el ramaje estaba lleno de espinas.

—¡Esto es estupendo! —exclamó—. Hay sitio de sobra para todos. Claro que a *Tim* le va a ser difícil entrar con ese collar tan grande. Se le enganchará por todas partes.

—Quítaselo —dijo Dick—. Tiene la oreja ya completamente curada. Incluso se la puede rascar sin hacerse demasiado daño. ¡Oh, querido *Tim*! ¡No te reconoceremos sin el collar de cartón!

Jorge no se hizo de rogar. Echó un vistazo a la oreja de *Tim*, levantando el esparadrapo que la protegía: le pareció que estaba perfectamente, y cortó los hilos que mantenían unidos los dos extremos del collar. Finalmente, liberó a *Tim* del anillo de cartón.

Todos se quedaron mirando al perro, y *Tim* los miró a ellos, sorprendido, moviendo la cola pausadamente y como diciendo: «Me gustaría saber por qué me lo habéis quitado».

—¡Oh, *Tim*! Sin el collar, pareces estar desnudo —exclamó Ana —. Pero me alegro de verte libre de él. Nos guardarás bien esta noche, ¿verdad? Ya sabes que nos hemos metido en una gran aventura, ¿no?

—¡Guau! —respondió *Tim*, moviendo enérgicamente la cola—. ¡Guau!

Lo que quería decir:

«Lo sé perfectamente».

Capítulo XIII

AL ACECHO

Anochecía. La oscuridad era más profunda en el escondite que en el exterior. Los Cinco se las habían arreglado para acomodarse en el agujero. Sólo podían encender una linterna, pues había que ahorrar las pilas.

Cenaron los Cinco juntos. El jamón se estaba terminando, pero quedaban tomates y un gran trozo de pastel. Julián abrió la última lata de sardinas y preparó algunos bocadillos para llevárselos. Además, envolvió en un papel dos trozos de pastel y un par de pastillas de chocolate.

—Esto nos servirá para matar el tiempo mientras vigilamos —explicó sonriendo—. No sé si esta noche tendremos espectáculo de duendes, brujas y luces flotantes. Yo creo que no. Saben que no tienen público y no querrán malgastar su arte.

—Tened cuidado —recomendó Ana.

—Nos lo has repetido lo menos siete veces —le dijo Dick—. No seas tonta. Para Julián y para mí esto es una diversión. Eres tú la que has de tener cuidado.

—¿Yo? —preguntó Ana, sorprendida.

—Sí —respondió Dick—. Cuidado de ese enorme escarabajo negro que te está rondando. Y procura evitar que se te siente un erizo en las piernas. Además, ten en cuenta que a lo mejor se le ocurre a alguna serpiente compartir este cómodo refugio contigo.

—¡Estúpido! —exclamó Ana, dándole un puñetazo.

—Volveremos exactamente cuando nos oigáis volver —bromeó Julián, y añadió—: Bueno, Dick, creo que ya es hora de que nos marchemos.

—Bien —respondió Julián, empezando a salir del agujero con todo cuidado para eludir las espinas—. ¡Uf, cómo pinchan estas ramas! ¡Cualquiera diría que me han tomado por un alfiletero!

Cuando los chicos se marcharon, las dos niñas se sentaron y guardaron silencio. Intentaron percibir el ruido de sus pasos, pero no oyeron nada. Julián y Dick avanzaban con el mayor sigilo sobre la hierba.

—Supongo que… —comenzó a decir Ana.

—Si vuelves a decir que tengan cuidado te doy un bofetón —la interrumpió *Jorge*.

—No iba a decir eso —protestó Ana—. Lo que supongo es que averiguarán algo esta noche. Me gustaría volver a Kirrin para bañarme a gusto y pasear en barca. ¿Ya ti no?

—Sí. También tengo ganas de comer alguna de esas deliciosas combinaciones que prepara Juana. Por ejemplo, las salchichas con tomate y puré de patatas…

—¿Y qué me dices de cómo fríe las sardinas y las patatas? —preguntó Ana—. Me parece estar oliéndolas.

—¡Guau! —intervino *Tim*, relamiéndose.

—¿Ves? Lo ha entendido —dijo Ana—. Es un perro muy listo.

Y estuvieron un rato charlando sobre la inteligencia y la habilidad de *Tim*, que escuchaba y movía la cola, satisfecho, tanto que casi levantaba polvo.

—¡Bueno, a dormir! —dijo Ana—. No vamos a estar hablando toda la noche. Además, el hecho de que estemos despiertas no ayudará en nada a los chicos.

Se acurrucaron una junto a otra sobre la manta. Hacía una noche espléndida y las niñas tenían calor. Había tan poco espacio en el hoyo… Ana apagó su linterna, y la oscuridad las envolvió. *Tim* apoyó la cabeza en el estómago de *Jorge* y ésta protestó:

—¡Cuidado, *Tim*! He comido mucho y me vas a cortar la digestión.

Ana colocó la cabeza de *Tim* sobre sus piernas. Era un consuelo tenerlo con ellas. Estaba de acuerdo con *Jorge* en que era el mejor perro del mundo.

—Me pregunto qué estarán haciendo los chicos —murmuró tras un momento de silencio—. Seguramente, les estarán ocurriendo

cosas emocionantes.

No era así. Julián y Dick se estaban aburriendo como ostras. Al dejar a las chicas, se habían dirigido cautelosamente a la casa, sin encender las linternas para evitar que la luz los delatase.

Por el camino habían hablado del lugar donde debían esconderse y convinieron en que sería una buena idea subir la escalerilla de piedra y buscar un escondite en una de las habitaciones del piso.

—No hay techo y apenas quedan paredes —dijo Dick—. Podremos observar fácilmente los alrededores e incluso la planta baja de la casa, y no sospecharán que estamos sobre sus cabezas, vigilándolos. En cuanto nos acostumbremos a la oscuridad, veremos perfectamente. ¡Lástima que no haya luna!

Se acercaron a la casa silenciosamente, conteniendo la respiración y deteniéndose a cada paso para escuchar. Pero allí no había nadie.

—No se ve ni siquiera la luz de una linterna —susurró Julián al oído de Dick—. No creo que haya llegado nadie todavía. Entremos en la casa en seguida y escondámonos en el piso.

Entraron y subieron silenciosamente la escalera sin encender las linternas y extremando sus precauciones para no hacer ruido.

—¿Oyes los latidos de mi corazón? —preguntó Dick muy bajito cuando, finalmente, llegaron a lo alto de la escalera.

—No, pero el mío también hace un ruido tremendo. Bueno, ya estamos a salvo. Asegurémonos de que no hay ninguna piedra suelta, que pueda caer y delatarnos.

Quitaron las piedras que no estaban firmes y se sentaron en una de ellas. Un viento cálido soplaba con fuerza. Todo estaba en silencio, excepto el rosal que trepaba por la pared. El viento agitaba sus ramas, que, al chocar con la piedra, producían un extraño rumor. Dick se hizo un rasguño en un dedo con una espina. El rosal trepador lo invadía todo: el suelo, las paredes e incluso los restos de lo que había sido una pequeña chimenea.

Llevaban ya los dos muchachos más de tres cuartos de hora en su escondite, cuando Julián advirtió a Dick, en un susurró y dándole un ligero golpe en el hombro:

—Ahí vienen. Mira. Allí.

Dick miró hacia donde le indicaba su hermano y vio la luz de una linterna, que avanzaba lentamente. Era un diminuto punto luminoso en la oscuridad.

—Una linterna —musitó—. Y otra, y otra. Casi una procesión… Una procesión que avanza lentamente.

Además de lenta, era silenciosa. Sin duda, se dirigía a la casa. De pronto se fragmentó.

—Quieren asegurarse de que nos hemos ido —dijo Julián—. Confío en que no se les ocurrirá subir aquí.

—Escondámonos en la chimenea, por si acaso —dijo Dick.

Lentamente y procurando no hacer ruido, los dos muchachos se dirigieron a los restos de la chimenea, como sombras en la oscuridad de la noche. La chimenea era espaciosa y los chicos cupieron perfectamente en ella. Se apretujaron en el rincón menos visible para el que subiese por la escalera.

—Alguien sube —dijo Dick, cuyo agudo oído había captado un rumor de pisadas en los escalones de piedra—. ¡Quiera Dios que resbale en el escalón roto y no le queden ganas de seguir subiendo!

Como respondiendo a sus deseos, se oyó un golpe seguido de una exclamación de enojo.

«Ha resbalado en el escalón», pensó Dick.

La luz de una linterna recorrió las destartaladas habitaciones, las paredes en ruinas, los restos de la chimenea… Los chicos se apretaron aún más contra la pared, conteniendo la respiración. La luz pasó sobre ellos fugazmente y se alejó. Luego una voz dijo muy cerca de ellos:

—Aquí no hay nadie. Los niños se han marchado. Podemos empezar nuestra tarea.

Los muchachos lanzaron un suspiro de alivio. ¡Por qué poco! ¡Estaban a salvo! Los extraños visitantes renunciaron a sus precauciones. Todos encendieron sus linternas y empezaron a hablar en voz alta. Dos potentes focos acabaron de iluminar la casa.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó una voz—. Sandra, ¿dónde está el plano?

—Aquí. Lo he extendido en el suelo —contestó una voz que los chicos reconocieron al instante, pues era la de la supuesta campesina que había hablado con ellos—. No nos servirá de mucho,

pues Pablo es un pésimo dibujante.

No cabía duda de que los extraños visitantes se dedicaron al punto a consultar el plano. Sus palabras llegaron claramente a Julián y Dick.

—Lo único que sabemos con seguridad es que tenemos que encontrar esa piedra blanca. Sabemos el tamaño que tiene, pero no el sitio en que está, aunque suponemos que se halla aquí. Ya hemos mirado en el campamento romano y allí no hay ninguna losa que tenga las dimensiones de la que buscamos.

Julián miró a Dick. Así, pues, las personas de que se había quejado Guy pertenecían a la banda. ¿Qué buscarían bajo las piedras? En seguida lo supieron.

—Levantaremos todas las losas de estos contornos si es preciso. Hay que encontrar a toda costa ese pasadizo secreto. Si no lo encontramos, lo mejor que podríamos hacer sería retirarnos a un asilo para pasar el resto de nuestras vidas.

—Tal vez lo pasemos en presidio —dijo otro.

—No, eso no —contestó la voz de antes—. Sólo Pablo puede ir a presidio, ya que es el autor del robo.

—¿No podrías conseguir que Pablo trazara un plano mejor que éste? —dijo la voz de la «campesina»—. La mitad de lo que hay escrito en él no lo entiendo.

—Está enfermo. Ha perdido la cabeza —dijo otro—. No adelantaríamos nada preguntándole. Lo pasó tan mal cuando huyó con esos planos, que por poco se muere. Sería inútil pedirle aclaraciones.

—No conozco esta palabra —dijo la mujer—. A-C-U-A. ¿Qué significa acua?

—No lo sé… Espera… Sí, eso es. Debe de ser «agua». Es una G y no una C. ¿Dónde está el pozo? ¿Hay alguno en esta cocina? Eso es, eso es: agua. Estoy seguro de que hay junto al pozo una losa como la que buscamos.

Julián dio un codazo a Dick. Estaba tan excitado como el hombre que acababa de hablar. Los dos escucharon atentamente. No querían perder ni una sílaba de lo que decían aquellos hombres.

—Aquí hay un sumidero, y eso debe de ser lo que queda de la bomba. El pozo debe de estar debajo de esta losa. Fijaos; tiene el

tamaño exacto. Manos a la obra. ¡Ánimo!

Capítulo XIV

UNA NOCHE DE TENSIÓN Y UNA MAÑANA DE SORPRESAS

Pronto llegaron a oídos de los muchachos los jadeos y gruñidos de los hombres que luchaban por levantar la piedra. Debía de ser muy pesada y difícil de quitar, pues había formado parte del suelo durante cientos de años.

—¡Maldita piedra! —dijo una voz—. Me está destrozando las manos. Dame esa palanca, Pedro. No tienes la menor idea de cómo se maneja.

Tras unos minutos de forcejeo, la pesada losa cedió. «¡Ya sale!», dijo una voz. Y salió tan súbitamente, que casi todos los que tiraban de ella cayeron hacia atrás y quedaron sentados en el suelo.

Los dos muchachos, que seguían en su escondite, apenas podían resistir su tensión nerviosa. Hubiesen dado cualquier cosa por poder salir a mirar. Pero era imposible. Tenían que limitarse a escuchar y tratar de deducir lo que sucedía, de la conversación que mantenían los de la banda.

—¿Habrá algún pozo aquí?… ¡Sí, lo hay! El agua está a gran profundidad y es negra como la tinta.

Hubo un silencio mientras examinaban el pozo a la luz de sus linternas. Luego se oyó una destemplada voz que gritaba:

—¡Aquí no hay ningún pasadizo secreto! ¿Quién puede pasar a través del agua? ¡Es un pozo como todos los demás! ¡Seguro que esa palabra no significa agua!

—Bien, jefe —dijo la mujer—. Entonces, ¿qué significa? No entiendo nada. ¡Vaya birria de plano! Es increíble que Pablo no pudiera describir el lugar más claramente. Escribió un montón de cosas sobre esa piedra, y lo único que hemos podido averiguar es

que está por estos alrededores, muy cerca de aquí, y que el pasadizo secreto está debajo.

—Aquí hay docenas de losas, y yo ya empiezo a hartarme —dijo uno de los hombres—. Hemos levantado muchas piedras en el campamento romano y aquí, y ni siquiera sabemos si hemos estado cerca de la que da entrada al pasadizo.

—¡Silencio! —ordenó el jefe, enojado—. Si tenemos que reconocer todos estos lugares y que levantar todas las piedras blancas que veamos, lo haremos. Del descubrimiento de ese pasadizo depende que nos hagamos ricos o sigamos pobres como las ratas. El que quiera irse puede hacerlo, pero yo, en su lugar, lo pensaría bien antes de marcharme.

—Bueno, jefe; no te pongas así —dijo la mujer—. Todos navegamos en el mismo barco y haremos lo que tú nos digas. Sigamos levantando losas. Después de todo no son tantas las que hay del tamaño que indica Pablo en su plano.

Julián y Dick estuvieron largo rato oyendo, aburridos, cómo los de la banda levantaban losa tras losa. A los chicos les pareció que los bandidos no encontraron lo que buscaban.

Los hombres salieron al patio para continuar en él sus Investigaciones, dejando a la mujer en la casa. Julián creyó que ella se había marchado también, y se movió para desentumecer sus miembros, adormecidos por la prolongada inactividad. La mujer debió de oír el ruido que hizo el muchacho al moverse, porque preguntó:

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Pedro?

Los muchachos se quedaron rígidos como estatuas; pero la mujer no dijo nada más. Poco después llegaron los hombres, hablando unos con otros. Parecían ser tres.

—¡Nada! —dijo el jefe—. Tendremos que volver a registrar ese campamento romano, y esta vez a fondo.

—Va a ser difícil si sigue allí ese chico —dijo la mujer.

—Procuraremos que no nos moleste —dijo una voz dura.

Julián tembló por Guy. Aquélla quería decir que el muchacho estaba en peligro. Tenían que avisarlo.

—Ya estoy harta de este sitio —dijo la mujer—. Vámonos. No creo que esa piedra esté por aquí. Estamos perdiendo el tiempo

miserablemente.

Para alivió de los muchachos, los cuatro de la banda salieron de la casa y se alejaron. Julián y Dick dejaron su escondite, y se quedaron mirando las luces que se fueron alejando cada vez más y al fin se perdieron en la noche. Ya podían volver al lado de las niñas.

—Se me han quedado dormidas las piernas —dijo Dick, desperezándose.

—Ahora sabemos mucho más de este asunto —dijo Julián—. No cabe duda de que el tal Pablo robó unos planos secretos, de un nuevo tipo de avión o de buque, y los tiene escondidos en algún lugar al que sólo puede llegarse por un pasadizo cerrado por cierta losa.

—Sí, y nosotros sabemos el tamaño que tiene esa losa, pues hemos visto la que levantaron en el establo —dijo Julián—. Lo mejor será que vayamos a medirla. Creo que la losa que buscan debe de estar en el campamento romano. Tenemos que avisar a Guy. Se lo contaremos todo y nos ayudará a buscarla.

—Vaya lío en que nos hemos metido esta vez —dijo Dick—. Y todo porque *Jorge* no quería que se riesen de *Tim*, que tan raro estaba con su grotesco collar. *Tim* es el causante de todo.

Los muchachos bajaron la escalera, y a Dick, que, con tanta emoción, se había olvidado del escalón roto, le faltó poco para caer y llegar rodando a la planta baja.

—¡Corcho! —exclamó, agarrándose a Julián, que también estuvo a punto de caer—. Lo siento; la culpa ha sido del escalón roto. De milagro no me he roto una pierna.

—Enfoca bien la linterna, por lo que más quieras.

Una vez en el piso de abajo, midieron la losa. Después regresaron al campamento, con cierto temor de no encontrar en la oscuridad el arbusto en que estaban las niñas. Se equivocaron varias veces, pero al fin dieron con él. Pronto oyeron a *Tim*, que les daba la bienvenida con sus ladridos.

—¡Julián! ¡Dick! ¿Sois vosotros? —dijo la voz de Ana mientras los chicos apartaban las ramas para entrar en el hoyo—. Habéis tardado un siglo. No hemos podido pegar los ojos. *Tim*, estate quieto: aquí no hay espacio para moverse.

Los muchachos se sentaron y encendieron las linternas. En pocas palabras explicaron a las niñas lo que habían averiguado.

—Y ahora, ¿qué vais a hacer? —preguntó *Jorge*.

—Primero advertir a Guy; luego avisar a la policía —repuso Julián—. Nosotros solos no podemos impedir que la banda registre el campamento romano. Una vez encuentren la losa de que os hemos hablado, hallarán también los planos y desaparecerán.

—¡Qué emocionante es todo esto! —exclamó *Jorge*—. Me hubiese gustado estar con vosotros. Esta noche no podré dormir.

Pero estaban todos tan cansados, que pronto se quedaron dormidos. Horas después, cuando empezaba a clarear, *Tim* lanzó una serie de gruñidos. *Jorge* se despertó en seguida.

—¿Qué sucede, *Tim*? —le preguntó—. Yo no oigo nada.

Pero *Tim* sí que oía algo y siguió gruñendo. *Jorge* despertó a Julián y le llamó la atención sobre los gruñidos de su perro.

—¿Por qué gruñirá? —preguntó—. Yo no oigo nada, ¿y tú?

—Tampoco —dijo Julián—. Y te advierto que no pienso salir a averiguarlo. Lo más probable es que haya pasado un erizo o una rata. ¡Calla, *Tim*! ¡Ya basta!

La oscuridad era absoluta en el hoyo; pero en el exterior ya había un poco de luz. ¿Por qué gruñía *Tim*? ¿Habría alguien fuera o se trataría simplemente de uno de aquellos erizos que tanto le molestaban?

Al fin dejó de gruñir, puso la cabeza entre las patas y cerró los ojos. *Jorge* lo acarició.

—Fuera lo que fuese, ya se ha ido. ¿Estás cómodo, Julián? Yo no puedo apenas moverme. Además, hace un calor espantoso.

—Es verdad. Bueno, nos levantaremos temprano e iremos a avisar a Guy. Luego nos daremos un baño en el estanque.

Dicho esto, Julián apagó la linterna y tanto él como *Jorge* se quedaron dormidos. Ya era tarde cuando se despertaron. Dick fue el primero en abrir los ojos, y consultó su reloj.

—¡Caramba! Son ya las ocho y media. ¡Levantaos!

Uno tras otro, todos fueron levantándose. Tenían los miembros entumecidos, pero estaban dispuestos a ir a avisar a Guy y luego a bañarse en el estanque.

Pero cuando llegaron al campamento romano se encontraron

con algo que no esperaban.

Alguien gemía en el interior de uno de los hoyos. Sus gemidos eran tan lastimeros, que los Cinco sintieron escalofríos. ¿Qué habría sucedido? Corrieron hacia el lugar de las excavaciones y se asomaron al hoyo.

Allí estaba el muchacho, tendido boca abajo. Lloraba. De vez en cuando levantaba la cabeza, lanzaba un gemido y volvía a su anterior posición.

—¡Guy! ¡Guy! ¿Qué ha ocurrido? —gritó Julián, saltando al lado del muchacho—. ¿Estás herido? ¿Qué ha pasado?

—¡Guy no está! ¡Se lo han llevado! —gimoteó el chico—. ¡Yo era tan malo con él! Se lo han llevado y nunca volverá. ¡Nunca, nunca volverá!

—¿Que se han llevado a Guy? ¡Pero si Guy eres tú! —dijo Julián, desconcertado—. ¿Qué quieres decir?

No cabía duda de que el muchacho estaba loco. Tomaba por él mismo a otra persona. Le dio una palmada cariñosa en el hombro.

—Estás enfermo. Ven con nosotros. Te llevaremos a un médico.

El muchacho se incorporó penosamente y lo miró, furioso.

—¡No estoy enfermo! Ya te he dicho que Guy no está aquí. Yo no soy Guy. Guy es mi hermano gemelo.

Todos se quedaron atónitos. Tardaron casi un minuto en asimilar las palabras del muchacho. ¡Aquello explicaba muchas cosas! No se trataba de un muchacho loco, sino de dos chicos normales y corrientes, dos hermanos gemelos. No existía, como ellos habían creído, un muchacho que continuamente se contradecía, que aparecía y desaparecía inesperadamente, que unas veces era amable y otras antipático.

—¡Gemelos! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? —exclamó Julián—. Creíamos que los dos erais uno. ¡Como nunca estabais juntos!…

—Estábamos reñidos. Nos habíamos peleado en serio —dijo el muchacho, con lágrimas en los ojos—. Las peleas de los gemelos son las peores de todas. Llegamos a odiarnos, a sentir un odio a muerte el uno por el otro. Nos habíamos peleado otras muchas veces, pero no de este modo. Obrábamos como si yo no supiera que existía él y él no supiese que existía yo.

—Ahora lo comprendo todo —dijo Julián, preocupado—. Bueno, cuéntanos lo que le ha sucedido a Guy.

—Me propuso hacer las paces conmigo la pasada noche —dijo el muchacho—, pero yo no quise. Le pegué y me fui. Esta mañana me arrepentí y vine a pedirle perdón. Entonces…

El muchacho dejó de hablar y se echó a llorar de nuevo. Todos se compadecieron de él.

—Sigue. Cuéntanoslo todo —le dijo Julián, con acento amistoso.

—Llegué en el preciso momento en que estaba luchando con dos hombres. Gritaba y les daba puntapiés. Pero ellos eran más fuertes que él y se lo llevaron. Entonces me caí en este hoyo y me hice daño en una pierna. Cuando logré incorporarme y salir del hoyo, Guy y los demás habían desparecido.

Volvió la cara y otra vez se echó a llorar.

—Nunca me lo perdonaré, ¡nunca! Si hubiésemos hecho las paces anoche, hubiera podido ayudarle. Pero no quise.

Capítulo XV

¡MUY BIEN, *JORGE*!

Ana consoló al muchacho. Se acercó a él, lo hizo sentarse en una piedra y se sentó a su lado.

—A ver esa pierna —le dijo—. Te duele, ¿verdad? Te la vendaré. No te preocupes. Te ayudaremos. Sabemos el motivo de lo que ha pasado, ¿verdad, Julián?

El muchacho miró a Ana, agradecido, y se sorbió las lágrimas. Ella le entregó su pañuelo para que se secase la cara, y Julián dio a Ana el suyo para que vendase al chico la pierna herida.

Debía de haberse caído al hoyo, aterrado al presenciar la lucha de su hermano con los dos desconocidos.

—¿Cómo sabéis lo que ha sucedido? ¿Os parece que podréis encontrar a Guy? —preguntó a Julián—. ¿Sí, de veras? Nunca me lo perdonaré. Es mi hermano, y yo no estaba aquí para luchar a su lado cuando me necesitaba.

—¡Anda, deja ya de mojar mi pañuelo! —dijo Ana, sonriendo.

Él trató de sonreír también y siguió diciendo a Julián:

—Me llamo Enrique Lawdler. A Guy y a mí nos encantan las ruinas y todas esas cosas. Hemos pasado la mayor parte de las vacaciones juntos, excavando en busca de objetos como ésos.

Y, al decir esto, indicó con la cabeza la vieja caja que contenía sus modestos hallazgos.

—Ya nos lo explicó Guy —respondió Julián—. Pero no nos dijo ni una palabra de ti. Como creíamos que tú y él erais el mismo chico, muchas veces nos desconcertabais: no comprendíamos lo que hacíais ni lo que decíais.

—Ya os he explicado —dijo Enrique— que los dos obrábamos

como si el otro no existiese. Nosotros somos así. Cuando nos llevamos bien, nadie se lleva tan bien como nosotros; pero cuando nos indisponemos el uno con el otro, no hay odio peor que el nuestro. ¡Esto es horrible!

—¿Puedes decirnos algo de los hombres con los que Guy luchó? —preguntó Julián.

—Vinieron y le dijeron que se marchase y que iban a echar un vistazo a todo esto —dijo Enrique sorbiéndose una vez más las lágrimas—. Guy les contestó con muy malos modos. Le oí decir que si los volvía a ver rondando por el campamento, los apedrearía. Ya conocéis a Guy: se pone furioso cuando le molestan.

—¿En qué dirección se lo llevaron? —preguntó Dick.

—Hacia allá —dijo Enrique, señalando la dirección con el dedo —. He registrado todo el campamento, y nada: como si se los hubiera tragado la tierra. No he encontrado ni rastro.

—Investiguemos un poco —dijo Julián—. Quizá encontremos alguna pista. Pero supongo que los bandidos se habrán llevado con ellos a Guy porque sabía demasiado. Quizá encontraron aquí lo que buscaban y Guy los vio.

—¡Oh, entonces hemos llegado demasiado tarde! —dijo *Jorge*, descorazonada—. Ya tienen lo que querían. Ahora desaparecerán y nunca los volveremos a ver. Sin duda, han huido en un coche de los más rápidos, y se han llevado a Guy para asegurarse de que no hablará hasta que ellos estén seguros en otro país.

—¡Oh, no! —gritó Enrique—. No me digas que lo han raptado. ¡Sería horrible!

—Vamos. Investiguemos un poco —dijo Julián.

Todos empezaron a recorrer palmo a palmo el campamento, bajando a hoyos y zanjas, en busca de lo que todos sabéis. Pero pronto suspendieron la exploración. Había demasiadas piedras y éstas eran de todos los tamaños. Además, ¿qué iban a adelantar en caso de encontrar la que les interesaba? Los pájaros habían volado, seguramente con lo que buscaban. Si Guy no se hubiese tropezado con ellos, no habría sabido nunca que aquellos hombres habían estado allí registrándolo todo.

—No podemos hacer nada —dijo Julián—. Esto es demasiado extenso para que podamos encontrar alguna pista. Volvamos a

nuestro refugio, hagamos el equipaje y regresemos a Kirrin para avisar a la policía. Es lo único que podemos hacer.

—Ven, Enrique —dijo Ana al muchacho, cuyo remordimiento le hacía usar el pañuelo sin cesar—. Conviene que vengas con nosotros y digas todo lo que sabes.

—Iré —repuso Enrique—. Haré cuanto sea necesario por rescatar a Guy. Nunca me volveré a pelear con él, ¡nunca! Y pensar que…

—No empieces otra vez —le dijo Ana—. Mira: estás poniendo tan triste a *Tim*, que tiene el rabo entre las patas.

Enrique intentó sonreír de nuevo. Todos dejaron el campamento y regresaron a su escondrijo: aquel hoyo abierto por las raíces del corpulento arbusto. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que tenían apetito y empezaron a sacar latas de conservas.

—No nos hemos desayunado aún. Llevamos mucho tiempo sin comer, y estoy muerta de hambre —dijo *Jorge*.

—Pensad que si nos acabamos la comida no tendremos que cargar con las latas —dijo Dick—. Comamos. Un retraso de diez minutos no significa nada.

No había peligro de que los viesen. Por lo tanto, pudieron comer tranquilamente, sin apreturas, en el exterior. Se sentaron al sol y mientras comían, charlaban animadamente.

—A mí me parece que si *Tim* ladró esta madrugada, fue porque oyó a esos hombres cuando se acercaban al campamento —dijo *Jorge*.

—Lo mismo creo yo —afirmó Julián—. Estoy seguro de que estuvieron inspeccionando concienzudamente el campamento hasta que Guy se despertó y se lanzó contra ellos. Debimos levantarnos a investigar cuando *Tim* gruñó.

—¿Quiere beber alguien? —preguntó *Jorge*—. Iré a buscar agua a la fuente. ¿Dónde está la lata de piña vacía?

Ana se la dio. *Jorge* se levantó y echó a andar por el estrecho caminito que conducía a la fuente. A medida que se iba acercando, iba oyendo con más claridad el rumor del agua, sonido que le parecía delicioso.

«El agua siempre suena bien —se dijo—. Es un murmullo que me encanta».

¡Agua! Al pasar esta palabra por su mente, algo pareció golpear su cerebro. ¿Por qué? ¿Quién le había hablado de agua? ¡Ah, sí! Dick y Julián, al volver junto a ellas, después de pasar la noche al acecho en la casa. Les habían dicho que en el plano había una palabra, ACUA, que podía ser AGUA.

«¿Será AGUA?», se preguntó *Jorge*, mientras llenaba la lata y veía brotar el agua entre las blancas piedras.

Otra idea golpeó de pronto su cerebro.

«¡Losas blancas! ¡Agua! A lo mejor, la losa que buscaba la banda es una de éstas. Ahí veo una del mismo tamaño».

La miró con atención. Estaba firmemente colocada en el lugar de donde salía el agua que se deslizaba por el canalillo. ¿Habría algo escondido debajo de ella?

Jorge soltó la lata y volvió a todo correr al lado de sus compañeros.

—¡Julián! ¡Julián! ¡Creo que he encontrado la losa!

¡La hemos tenido muchas veces ante nuestras mismas narices!

Todos la miraron boquiabiertos. Julián se puso en pie de un salto.

—¿De veras? ¿Dónde está?

Seguida por todos, *Jorge* echó a correr hacia la fuente. Una vez allí, señaló la gran piedra blanca.

—Miradla —dijo—. Es del tamaño exacto y está junto al AGUA, como indica el plano que tienen los raptores de Guy, aunque éstos no sepan si la palabra es AGUA o ACUA.

—¡Me parece que has dado en el clavo, *Jorge*! —exclamó Julián —. El agua de las fuentes suele recorrer pasadizos subterráneos.

—Probemos a moverla —dijo Dick, con la cara roja de emoción —. Parece muy pesada.

Empezaron a luchar con la gran losa. El agua que salía de la fuente los iba empapando, pero esto a nadie le importaba. Enrique les ayudó: era un muchacho fuerte.

La losa se movió un poco, se deslizó ligeramente hacia un lado. Los muchachos siguieron empujándola con todas sus fuerzas.

—Creo que necesitaremos ayuda —dijo Julián—. Es muy pesada y está demasiado encajada.

—Iré por alguna de mis herramientas —dijo Enrique—. Estoy

acostumbrado a luchar con piedras pesadas. Podremos moverla fácilmente si utilizamos la herramienta apropiada.

Salió corriendo a toda velocidad. Los demás, se sentaron después de sumergir en el agua las cansadas manos y refrescarse las sudadas frentes.

—¡Uf! —exclamó Julián—. ¡Vaya trabajo para un día tan caluroso! Menos mal que Enrique ha pensado en sus herramientas. Esto es lo que necesitamos.

—Nunca se me ocurrió pensar que hubiera dos gemelos —comentó Ana.

—La culpa la tuvieron ellos —dijo Julián—. Nunca mencionaban el uno al otro. En fin, lo que me preocupa es adónde habrán llevado a Guy. No creo que le hagan daño; pero no debe de ser nada agradable ser capturado por una banda de malhechores.

—Ya viene Enrique —dijo Ana, tras un largo silencio—. Uno de nosotros debe ir a ayudarle: trae un montón de herramientas.

Éstas demostraron su utilidad, sobre todo una que se podía emplear como palanca. La enorme losa comenzó a moverse cuando Julián y Dick aunaron sus esfuerzos.

—¡Ya sale, ya sale! —gritó Dick—. ¡Cuidado! ¡Va a caer sobre el canal! ¡Apartaos, chicas!

La piedra se fue desprendiendo de la pared y, al fin, cayó estrepitosamente. Todos se quedaron mirando el profundo boquete que quedó al descubierto. Julián se acercó y miró hacia el fondo.

—¡Esto no tiene fin! —dijo—. Dadme una linterna.

Temblando de emoción, dirigió el haz de luz a la abertura.

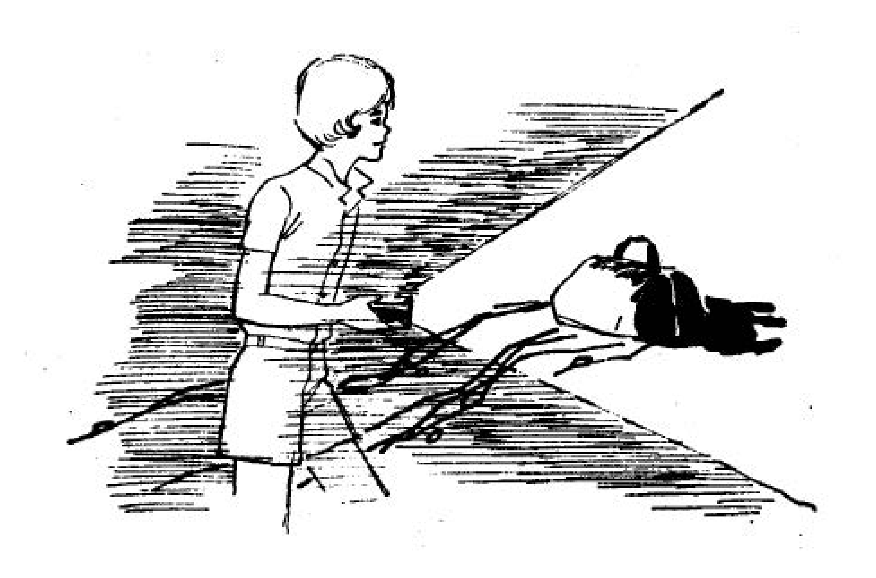
—Me parece que hemos encontrado lo que buscábamos. Aquí hay un túnel descendente que se pierde de vista y se va ensanchando a partir de la entrada.

La emoción general fue tan profunda, que nadie pudo decir palabra. *Jorge* propinó un codazo a Dick, y Ana dio unas palmadas tan fuertes a *Tim*, que éste lanzó un gemido lastimero. Enrique saltaba de alegría: se había olvidado de todas sus penas.

—¿Entramos? —preguntó Dick—. A mí me parece que sería conveniente que empezáramos por ensanchar la entrada. La tierra y las raíces la han estrechado.

—Y luego lo exploraremos —dijo *Jorge* con ojos fulgurantes—.

¡Qué estupendo! ¡Un túnel secreto y que sólo conocemos nosotros! ¡Daos prisa! Estoy impaciente por explorarlo.



Capítulo XVI

EL PASADIZO SECRETO

Los niños estaban tan nerviosos, que tropezaron unos con otros al arrojarse sobre la boca de la cueva. Julián los obligó a retroceder.

—¡No seáis tontos! Todos a la vez no haremos nada a derechas. Dejad que Enrique y yo nos encarguemos del trabajo y terminaremos antes.

Tuvieron que trabajar de firme, pero no tardaron más de un minuto en agrandar el orificio con las herramientas de Enrique.

—¡Ya está! —dijo Julián—. Yo entraré primero. ¿Tenéis todos vuestras linternas? Las necesitaremos. Dentro de este túnel no se ve nada.

Lentamente fue internándose en la cueva, Al principio tuvo que andar a gatas, pero poco después el túnel empezaba a descender y se ensanchaba. Julián podía estar de pie, pues en aquel punto el pasadizo tenía una altura de casi dos metros. Llamó a los demás.

—¡Seguidme! Agarraos al jersey del de delante. Así nadie se perderá en esta oscuridad.

Jorge fue la segunda en entrar. Después entró Ana, luego Dick y finalmente Enrique. *Tim*, claro está, entró con *Jorge*. Todos estaban tan excitados, que gritaban más que hablaban.

—¡Dame la mano! Así. Ahora da un paso más.

—¡Qué oscuro está esto!

—De tanto andar a rastras, me siento como un zorro en su madriguera.

—¡*Tim*, no empujes! ¡No puedo ir más de prisa!

—Este túnel debió de abrirlo el agua hace muchos años. ¡No empujes, *Tim*!

—¡El agua no puede ir cuesta arriba, cabeza de corcho! ¡Agárrate a mi jersey, Enrique! ¡No te quedes atrás!

Julián seguía bajando por el estrecho túnel. Pronto fue éste tan ancho y alto, que Julián pudo acelerar la marcha.

—¿Crees que estamos en el pasadizo secreto? —preguntó *Jorge* poco después—. Por lo que veo, no conduce a ninguna parte.

—Si estamos o no en el pasadizo, sólo lo sabremos cuando encontremos algo escondido…, si es que lo encontramos.

Un ruido insólito, que se oyó ante ellos, detuvo en seco a Julián. Inmediatamente chocaron unos contra otros, y todos empezaron a gritar.

—¿Qué pasa, Julián?

La linterna de éste hizo brillar los ojos de dos aterrados conejos. El muchacho se echó a reír.

—¡No pasa nada! Todo lo han armado dos conejos. Este túnel está lleno de pequeños boquetes, que deben de ser madrigueras. ¡Pobres! ¡Qué susto les hemos dado!

El túnel se prolongaba, dando vueltas y más vueltas. De pronto, el blando terreno que pisaban se convirtió en suelo de dura roca. El pasadizo no era ya tan alto, y los niños tenían que avanzar agachados, lo que resultaba muy incómodo.

Julián se detuvo nuevamente. Oía algo. ¿Qué sería?

—¡Agua! —exclamó de pronto—. ¡Debe de haber alguna corriente subterránea por aquí! ¿Estáis todos bien?

—Sí —respondieron a coro todos los que le seguían. Y uno añadió—: ¡Adelante, Julián! ¡Queremos ver el agua!

El túnel se acabó de pronto, y Julián se encontró en una caverna espaciosa y de alto techo. A través de la cueva discurría una corriente de agua que había excavado un canal en la roca. Había sido una labor de cientos de años.

Julián la enfocó con su linterna. El agua era muy negra y brillaba al ser herida por la luz. Los que le seguían fueron llegando y se quedaron mirando la corriente subterránea, cuyo aspecto les pareció en extremo misterioso.

—¡Qué extraño! —exclamó Dick.

—Nada de eso —dijo Julián—. En otros muchos lugares recorren corrientes como ésta el subsuelo. Algunas brotan como fuentes,

otras se reúnen en la superficie y forman ríos, y otras sabe Dios adónde van a parar.

—¿De modo que estamos en el final del túnel? —preguntó *Jorge*, mirando en todas direcciones—. Entonces es aquí donde tenemos que buscar lo que esa gente pueda haber escondido, ¿no?

—Recorramos las paredes de la cueva por si encontramos otra salida —propuso Dick.

Cada cual con su linterna, se dedicaron a buscar nuevas galerías. *Tim* estaba sentado con toda tranquilidad, sin mostrar la menor sorpresa ante aquella aventura subterránea.

—Aquí hay un túnel —dijo Dick.

Y aún no hubo terminado de decirlo, cuando Ana gritó:

—¡Y aquí otro!

—¿Cuál tomamos? —preguntó Julián—. Es una complicación que haya dos.

—Quizá ese Pablo indica en su plano cuál de los dos conduce al escondite —dijo *Jorge*—. Tiene que haber comprendido que, habiendo varios túneles, hay que indicar cuál de ellos hay que seguir para encontrar lo que él escondió.

—Tienes razón —dijo Julián—. Miremos por todas partes. Tal vez encontremos alguna señal que pueda ayudamos.

Poco después, Dick gritó:

—El pasadizo que debemos seguir es éste, el que he encontrado yo hace un momento. Tiene una flecha dibujada con yeso en la pared.

Todos acudieron a ver la flecha que Dick iluminaba con su linterna. Algunos chapotearon en el estrecho cauce por el que discurría la corriente subterránea.

—¡Estupendo! —exclamó Julián—. Ha sido un descubrimiento importante, pues demuestra que vamos por buen camino, el camino que siguió el tal Pablo. Vamos.

Entraron en el nuevo túnel y avanzaron en la oscuridad.

—¿Tiene alguien idea de la dirección en que vamos? —preguntó Dick—. ¿Hacia el Este, hacia el Oeste, hacia el Norte o hacia el Sur?

Enrique tenía una brújula. La enfocó con su linterna y la observó.

—Creo que vamos hacia el campamento romano —declaró.

—Es un detalle muy interesante —dijo Julián—. Quizá se utilizó este túnel hace cientos de años.

—Guy y yo hemos visto el plano de lo que debió de ser el campamento —dijo Enrique—. Tenía túneles y agujeros por todas partes. Pero las indicaciones eran poco claras, pues el plano dejaba mucho que desear. No pensaba explorar estos pasadizos. Mi padre me aconsejó que no lo hiciese. Temía que se produjera algún desprendimiento.

De improviso, el túnel se dividía en dos. Uno de los pasadizos era de considerable amplitud; el otro, estrecho.

Julián escogió el más ancho por parecerle que el otro era demasiado incómodo. Pero pronto tuvo que detenerse.

—El túnel acaba aquí —dijo—. Hay una pared que nos cierra el paso. Tenemos que volver atrás. Debimos tomar el más estrecho.

Volvieron sobre sus pasos. Enrique guiaba ahora al grupo. *Tim* deseó súbitamente ser el guía y empezó a pasar entre las piernas de todos a *trompicones*.

En seguida llegaron a la bifurcación, y vieron una segunda flecha trazada claramente con yeso en una de las paredes.

—¡Qué idiotas somos! —exclamó Dick—. No nos hemos fijado en las señales. Guía tú, Julián.

El túnel era estrechísimo, y sus paredes, de roca viva. Pronto se oyó un coro de «ufs» y «ayes» al tropezar rodillas y codos con la roca.

De nuevo una pared les cerró el paso. Julián no tuvo más remedio que detenerse.

—Tampoco podemos avanzar por este túnel —dijo—. Hay también una pared que lo obstruye. Es como un callejón sin salida.

Hubo un coro de exclamaciones de decepción.

—No podemos habernos equivocado —dijo Dick—. Mira a derecha e izquierda, Julián, y arriba y abajo. Tiene que haber alguna salida.

Julián dirigió hacia arriba el foco de su linterna y exclamó alegremente:

—¡Veo un agujero! ¡Está bastante alto!

—¿Hay alguna flecha cerca? —preguntó Enrique.

—Sí, y señala hacia arriba —respondió Julián—. Seguimos en el

buen camino. Ahora hemos de ir hacia arriba. Pero, ¿cómo?

Jorge, que estaba a su lado, iluminó con su linterna las paredes.

—¡Mirad! —exclamó—. Podemos llegar fácilmente al agujero. Hay una especie de escalera natural en la roca. Mira, Julián.

—Sí —dijo éste—; subiremos sin dificultad. *Jorge*, tú la primera. Yo te ayudaré; te empujaré.

A *Jorge* la encantaba ser la primera. Atenazó la linterna con sus dientes y empezó a subir los escalones. Julián la iba empujando. Llegó fácilmente al orificio. En seguida vio que tampoco le sería difícil entrar por él.

—Un empujón más y paso —dijo a Julián.

Gracias al empujón de su primo, pronto se encontró en el suelo de una pequeña cueva.

—¡Me parece —gritó entusiasmada— que hemos encontrado el escondite! ¡Veo algo en un saliente de la pared! ¡Subid de prisa!

Todos la obedecieron al punto, el primero Dick, cuya excitación motivó la caída de varias piedras que por milagro no alcanzaron a Enrique. Al fin, el grupo entero estuvo en la pequeña cueva, incluso *Tim*, al que tuvieron que izar entre todos. Enrique subió con gran facilidad.

—Guy y yo estamos acostumbrados a estas cosas. Hemos explorado muchos túneles y cavernas.

Jorge dirigió la luz de su linterna a un saliente de la pared rocosa. Sobre éste había una cartera de cuero, y a su lado, dibujada en la roca, una flecha blanca que apuntaba a la cartera.

Julián estaba entusiasmado. Se apoderó de la cartera.

—Supongo que habrá algo dentro —dijo—, aunque pesa tan poco como si estuviese vacía.

—Ábrela —suplicaron todos sin poder contener su curiosidad.

Pero Julián no pudo abrirla. Estaba cerrada con llave, y allí no había llave alguna.

Capítulo XVII

SORPRESAS A MONTONES

—¡Está cerrada con llave! ¡No puedo abrirla! —exclamó Julián, furioso, agitándola como esperando que se abriera y esparciese por el suelo su contenido.

—No sabemos si hay aquí algo de valor o no lo hay —dijo Dick, desilusionado—. Quiero decir que, a lo mejor, es un truco de Pablo. Es posible que se haya quedado los planos, o lo que sea, y haya escondido aquí esta cartera para engañar a sus compañeros.

—¿No podríamos abrirla cortándola? —preguntó *Jorge*, muy excitada.

—No lo creo —respondió Julián—. Es de un cuero muy fuerte, y, para cortarlo, no nos serviría un cuchillo, o una navaja corrientes: necesitaríamos un instrumento; especial. Tendremos que conformarnos con suponer que es esta cartera lo que busca esa gente. Si los planos no están dentro, mala suerte. Por otra parte, eso querrá decir que alguien se los ha llevado.

Todas las miradas se concentraron en la cerrada cartera. Los muchachos se decían que habrían de esperar mucho tiempo para saber si el éxito había coronado sus esfuerzos, o si habían fracasado.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó *Jorge*, desalentada—. ¿Volvemos a la salida por el largo túnel? Me gustaría estar al aire libre. ¿A vosotros no?

—Sí, a todos nos gustaría —exclamó Julián—. ¡Hala! Volvamos a atravesar ese agujero.

—¡Esperad! —exclamó Ana, que acababa de descubrir algo—. ¿Qué querrá decir esto?

La niña proyectaba su linterna sobre una serie de señales

dibujadas con yeso en la pared. Más flechas. Pero esta vez había algo extraño en las señales: una hilera de flechas recorría la pared en dirección a la entrada, y otra iba en sentido opuesto.

—A lo mejor —dijo Dick—, esos dibujos están destinados a despistar a los que entren aquí. Sabemos perfectamente que para salir de esta cueva hay que ir hacia ese agujero por el que hemos pasado al entrar.

—Pensad que la segunda línea de flechas puede indicar otra salida —apuntó *Jorge*.

Todos miraron a su alrededor. No vieron ninguna otra salida.

—¿Dónde está *Tim*? —preguntó Ana de pronto, encendiendo su linterna—. Aquí no está. ¿Se habrá caído por el agujero de entrada? Yo no lo he oído quejarse.

Todos empezaron a llamar a *Tim* a voz en grito.

Jorge silbó con todas sus fuerzas y el eco repitió el silbido una y otra vez. Al fin se oyó un ladrido y todos respiraron.

—¿Dónde está? ¿De dónde ha llegado ese ladrido? —preguntó Dick—. No parece haber venido de abajo.

Un nuevo y alegre ladrido llegó hasta ellos, y luego el rumor del trotecillo de *Tim*. El asombro fue general. El perro había aparecido como un fantasma, cual si hubiese atravesado la pared.

—*Tim*, ¿dónde estabas? ¿Por dónde has entrado? —le gritó *Jorge*, corriendo hacia el lugar de su aparición, para averiguarlo.

—¡Qué tontos hemos sido! —exclamó segundos después—. Detrás de esta roca hay otro pasadizo.

Sí, lo había. Era muy estrecho. Los niños no habían podido verlo porque lo tapaba una roca de gran tamaño que sobresalía de la pared. Enfocaron hacia él las linternas. Una nueva serie de flechas indicaba el camino.

—No hemos sabido buscar —dijo Dick—. ¡Claro que es un pasadizo muy difícil de descubrir, al estar escondido detrás de esa roca y ser tan estrecho…! Bueno, ya sabemos algo seguro de nuestro desconocido Pablo.

—¿Qué es lo que sabemos? —preguntó Ana.

—Que es delgado como una anguila —respondió Dick, sonriendo —. Sólo un cuerpo muy delgado puede entrar por este agujero. Me parece que ni siquiera puedes pasar tú, Julián, pues eres el más

grueso del grupo.

—Nada se pierde con intentarlo —dijo *Jorge*—, ¿no os parece? Puede ser un camino más corto para salir, pero también es posible que sea más largo y difícil.

—No puede ser muy largo —dijo Enrique—. Yo creo que debemos de estar muy cerca del campamento romano, y lo más probable es que este pasadizo nos conduzca hasta él, aunque no tengo ni idea de dónde puede estar la salida. Guy y yo lo hemos explorado todo y no hemos encontrado ninguna boca de túnel.

Dick se acordó de pronto de algo que había visto en el campamento: el gran boquete que había debajo de la piedra en que se había escondido el conejo. ¿Qué explicación le había dado Guy sobre esto? ¡Ah, sí! Ya recordaba. Le había dicho que allí había una gran caverna, que ya la habían explorado, y que, al parecer, se había utilizado en la antigüedad para guardar los alimentos.

—Oye, Enrique —dijo al muchacho—. ¿Crees que este pasadizo puede conducir a una cueva subterránea de la que Guy nos dijo que ya se había explorado, pero que no tenía interés, por ser una simple despensa?

—A ver; déjame pensar —dijo Enrique—. Sí, quizá llegue hasta allí. La mayoría de estos pasadizos subterráneos están enlazados unos con otros, como si fueran caminos de huida o algo por el estilo. Creo que has acertado, Dick. Estamos muy cerca del campamento romano: de esto no me cabe duda. Y creo que, si seguimos adelante en vez de volver por donde hemos venido, llegaremos al campamento, al que saldremos por el agujero de que has hablado.

—Entonces, adelante —dijo Dick—. Seguramente, el camino será mucho más corto.

Todos pasaron por el estrechísimo orificio. Dick lo hizo sin dificultad, y tampoco la tuvieron Enrique y las niñas. Para Julián la tarea fue dificilísima, tanto, que estuvo a punto de abandonar.

—No debes comer tanto, Julián —le dijo Dick, con sorna—. Vamos, prueba otra vez. Yo tiraré de ti para ayudarte.

Finalmente, Julián consiguió pasar. Resoplaba como una locomotora vieja.

—Estoy molido —exclamó—. Como a alguien se le ocurra hacer

otro chiste sobre lo que como, le muelo las narices.

El pasadizo se ensanchó en seguida, y todos respiraron. Luego seguía en línea recta y, de pronto, empezaba a descender. Los Cinco se encontraron resbalando por la pendiente. Después hubieron de detenerse. Imposible seguir adelante. Esta vez no era una pared lo que les cortaba el paso.

—¡Un desprendimiento! —exclamó Dick—. No podemos continuar.

En verdad, parecía imposible seguir adelante. Rocas, piedras y tierra se habían desprendido del techo y obstruían por completo el pasadizo. No había, pues, más remedio que dar media vuelta y salir por donde habían entrado.

—¡Qué rabia! —exclamó Dick, dando un puñetazo en una de las rocas—. Bueno, no nos va a servir de nada estarnos aquí plantados. Las pilas de mi linterna están ya casi agotadas. Y supongo que a las vuestras les pasará lo mismo. No perdamos tiempo: si nos quedamos sin luz, nos será mucho más difícil salir.

Aunque de mala gana, dieron media vuelta, dispuestos a desandar lo andado.

—Vamos, *Tim* —le dijo *Jorge*.

Pero *Tim* no le hizo caso. Miraba fijamente las rocas caídas, como extrañado, con las orejas en alto y la cabeza ladeada. De pronto, lanzó un fuerte ladrido.

Los niños se llevaron un gran susto. En el estrecho pasadizo, el ladrido resonó como un cañonazo.

—¡Silencio, *Tim*! —le reprendió *Jorge*—. ¿Qué te pasa? ¡Ven aquí en seguida!

Pero *Tim* siguió sin hacerle caso. Empezó a hurgar con sus patas en el montón de rocas y tierra, a la vez que ladraba sin interrupción.

—¡Guau, guau, guau, guau!

—¿Qué buscará? —preguntó Julián, interesado—. *Tim*, ¿qué te pasa?

Como si no le hubiera oído, *Tim* siguió escarbando con tanto ardor, que lanzaba al aire enjambres de piedrecillas y levantaba nubes de polvo.

—Le interesa algo que está al otro lado del montón —aventuró

Dick—. Quizá hay alguien allí. Dile que se calle, *Jorge*. Así podremos escuchar, por si oímos algo.

Jorge logró, aunque a duras penas, que *Tim* se callase, y todos prestaron atención. Pronto llegó a sus oídos un sonido que les era familiar.

—¡Guau, guau, guau!

—¡Es Jet! —exclamó Enrique—. ¡*Jet*! Guy debe de estar con él; nunca se aleja de su lado. ¿Qué hará Guy aquí?… Quizá esté herido… ¡Guy! ¡Guy! ¡Guy! ¡*Jet*!

Tim empezó a ladrar de nuevo, y también a escarbar, con más fuerza aún que antes. Julián gritó lo más claramente que pudo, con objeto de que lo entendieran.

—¡Ya que oímos a *Jet*, la barrera de materiales desprendidos no puede ser muy gruesa! ¡Intentemos despejar el camino! Dos de nosotros ayudaremos a *Tim*. El pasadizo es demasiado estrecho para que podamos excavar todos a la vez.

Los muchachos trabajaron de firme, y la tarea se realizó mucho más rápidamente de lo que había supuesto Julián. Tras unos minutos de esfuerzos, apareció una abertura entre la parte superior del montón de materiales y el techo del pasadizo.

Dick empezó a subir hacia la abertura y Julián le advirtió:

—¡Despacio, Dick! El techo no está muy firme; puede producirse un nuevo desprendimiento y sepultarte.

Pero antes de que Dick lograse llegar a la hendidura, pasó por ella, en sentido inverso, algo menudo y vivaracho que corrió hacia el grupo moviendo la cola.

—¡*Jet*! ¡*Jet*! ¿Dónde está Guy? —preguntó Enrique, mientras el perrito saltaba a sus brazos y le lamía la cara, entre ladridos de felicidad.

—¡Guy! —gritó Julián—. ¿Estás ahí?

—¡Sí! ¿Quién eres? —le respondió una voz débil.

—Yo soy Julián. Estoy con mis compañeros. ¡Y también con Enrique! ¡Vamos hacia ahí! ¡En seguida llegaremos!

Todos fueron subiendo por el montón de tierra y piedras con gran cuidado para no ocasionar un nuevo desprendimiento. ¡Todos menos *Tim*, claro! El simpático perro subía, bajaba, ladraba y volvía a subir y a bajar, sin cesar de mover la cola alegremente.

Al otro lado de la barrera de tierra desprendida, el pasadizo continuaba con su amplitud normal. Guy estaba allí, sentado, muy pálido. *Jet* saltó hacia él y empezó a lamerle la cara como si hiciese un mes que no lo había visto.

—¡Hola! —murmuró Guy—. Me duele el tobillo, pero estoy bien. Me alegro de que…

Pero no pudo decir ni una palabra más. Enrique se abalanzó sobre él, lo rodeó con sus brazos y le dijo con voz temblorosa:

—¡Oh, Guy! ¡Fui un animal al no querer hacer las paces! ¿Qué te ha pasado? ¿De veras estás bien? ¡Oh, Guy! Ya no somos enemigos, ¿verdad?

—Oye, Enrique —le dijo Julián, con acento afectuoso—. Está agotado. En seguida se pondrá bien. Saca tu pañuelo, Dick, y hazle un poco de aire. Lo único que tiene es la alegría de vernos.

Segundos después, Guy abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—Gracias —dijo—. Ya estoy bien. Pero me preocupa que esto no sea más que un sueño y que no estéis realmente a mi lado.

—Ten la seguridad de que estamos —contestó Julián—. Toma un poco de chocolate y en seguida te convencerás de que somos de carne y hueso.

—Buena idea —apoyó Dick—. Tenemos chocolate y yo llevo unos cuantos bizcochos en el bolsillo. Comeremos un poco y hablaremos. Tenemos que trazar un plan. Toma, Guy; prueba estos bizcochos.

Capítulo XVIII

EL CAMINO DE SALIDA

Guy refirió lo ocurrido, que era, poco más o menos, lo que todos se habían imaginado.

—Esta mañana, cuando estaba profundamente dormido, *Jet* me despertó. Empezó a ladrar y yo me pregunté por qué ladraría. Me levanté para averiguarlo y vi a cuatro personas rondando por el campamento.

—Ya conocemos a esas cuatro personas —dijo Dick—. Sigue, Guy.

—Lo registraban todo. Levantaban las piedras y las medían. Yo les dije a gritos que se fueran, y ellos se echaron a reír. Luego uno de los hombres, que estaba intentando levantar una losa, la que cubre la entrada de esa galería subterránea…, ya sabes cuál es Enrique…, bueno, pues ese hombre empezó a gritar: «¡Ya lo he encontrado! ¡Éste es el pasadizo secreto! ¡Está aquí, debajo de esta piedra!».

Guy se detuvo. El simple recuerdo de lo ocurrido lo enfurecía. *Jet* le lamió una vez más.

—Entonces —continuó— lancé a *Jet* contra aquella gente, y los muy salvajes le dieron un puntapié. Al ver esto, yo me lancé contra ellos.

—¡Eres un valiente! —exclamó Dick, en un tono de admiración —. ¿Los venciste?

—No; ni mucho menos —contestó Guy—. Uno de ellos me dejó fuera de combate. Me dio un golpe en la cabeza y casi perdí el conocimiento. Le oí decir: «¡Este chico es un demonio! Si lo dejamos aquí, irá a pedir ayuda y no podremos buscar los planos». Otro de

los hombres dijo: «Nos lo llevaremos». Y me metieron aquí.

—¿Cómo se las compusieron? —preguntó Enrique, asombrado —. La entrada está muy alta. Se necesita una cuerda para bajar.

—Llevaban una —dijo Guy, que masticaba su ración de chocolate y ya se sentía mucho mejor—. Uno de los hombres la llevaba a modo de cinturón. La ataron rápidamente a una roca, y todos, excepto la mujer, bajaron por ella. La mujer dijo que se quedaría arriba, vigilando, y se escondió detrás de un arbusto.

—No la vi cuando llegué —dijo Enrique—. No se me ocurrió mirar detrás de las matas. ¿De modo que te obligaron a bajar?

—Sí, yo gritaba y pateaba, pero fue inútil. Me hicieron bajar por la cuerda y, cuando estaba a la mitad, me caí y me disloqué el tobillo. Grité con todas mis fuerzas, pidiendo auxilio, y ellos me dieron una gran paliza.

—¡Qué animales! —exclamó Enrique—. ¡Qué brutos!

—Oí que uno de ellos decía que debía de haber un túnel por alguna parte, pues así lo indicaba el plano de Pablo, a quien no conozco. Luego me desmayé, a causa del dolor del tobillo, que iba en aumento. Cuando recobré el sentido, los tres hombres y yo estábamos aquí, junto a este montón de tierra. No sé cómo he podido llegar hasta aquí. Supongo que me habrán traído a rastras.

—¿Eso es todo? —preguntó Julián.

—No, hay algo más. Se pusieron furiosos cuando vieron esta barrera. Empezaron a cavar con las manos, pero en seguida desistieron, al desprenderse una piedra que cayó sobre la cabeza de uno de ellos. Estuvieron conferenciando un rato, y finalmente decidieron ir por algunas herramientas. Cuando las tengan volverán para seguir cavando e intentar pasar al otro lado.

—¡Ah, sí! —exclamó Julián—. Entonces pueden aparecer de un momento a otro.

—Sí. Me han dejado aquí porque no sabían qué hacer conmigo. Además, han pensado que, como no puedo andar, no han de temer que huya. Y aquí estoy esperando el regreso de esos brutos.

Todos se mostraron inquietos al pensar que los tres desconocidos podían aparecer en cualquier momento.

—¿Estamos muy lejos de la entrada de este pasadizo? —preguntó Julián.

Pero Guy no lo sabía. Como ya había dicho, estaba semiinconsciente cuando había entrado, y no se había dado cuenta de nada.

—No puede estar muy lejos —dijo Enrique—. Creo que valdría la pena buscar esa entrada. A lo mejor, aún está allí la cuerda que los bandidos han atado a la roca. Si Guy tiene el tobillo roto, no podremos regresar por donde hemos venido. Es un camino demasiado largo.

—Cierto —dijo Julián, preocupado—. Tendremos que intentar lo que dice Enrique. Pero habremos de ir en silencio y con el mayor cuidado, pues podríamos encontrarnos con esos hombres.

—En marcha —dijo *Jorge*—. ¿Qué hacemos con Guy?

Julián se arrodilló junto al muchacho y le examinó el tobillo.

—He hecho un curso de primeros auxilios en la escuela —dijo—. Y supongo que podré ver si el tobillo está roto o no.

Poco después diagnosticó:

—No está roto. Creo que podré vendárselo con un par de pañuelos. Dame el tuyo, Dick.

Todos se asombraron de la seguridad con que Julián vendaba el tobillo del pobre Guy.

—Ya está —dijo al fin—. Ya puedes apoyar el pie, Guy. Quizá te duela un poco, pero no te pasará nada. Prueba. Tendrás que ir descalzo: la bota no te entrará.

Haciendo un gran esfuerzo y apoyándose en Enrique, Guy logró mantenerse en pie. Probó a descargar todo su peso sobre el pie lesionado y logró hacerlo, aunque le dolía extraordinariamente. Sonrió a sus compañeros.

—¡Estupendo! —exclamó—. ¡Hala, vámonos! Hemos de procurar no encontrarnos con los bandidos. Es una suerte que tengamos a *Tim* y a *Jet* con nosotros.

Emprendieron la marcha a la luz de las linternas. El túnel era cada vez más ancho. Pronto llegaron al final.

—¡Mirad! Por ese agujero entró el conejo —exclamó Dick señalándolo—. No estábamos tan lejos del campamento como creíamos. Es extraño que no descubriesen el pasadizo los que exploraron la entrada de esta cueva.

—Sin duda, llegaron hasta la barrera formada por el

desprendimiento, y se imaginaron que no había nada al otro lado —dijo Guy—. O quizá se detuvieron por temor a que se produjeran nuevos desprendimientos. Estos aludes pueden ser muy peligrosos: más de una vez han sepultado a un hombre, del que jamás se ha vuelto a saber.

Todos miraron hacia el orificio de entrada, en el que se veía luz.

—Por ahí lanzaron la cuerda y bajamos —dijo Guy.

Subió un trecho para ver si estaba la cuerda. Enrique lo sostenía por un brazo, mientras daba gracias a Dios por la mejoría del tobillo de Guy. Éste, de pronto, señaló hacia arriba.

—¡Allí está la cuerda! —exclamó—. ¡Menos mal que los bandidos no se la han llevado! Debían de estar muy seguros de que yo no podría alcanzarla.

La cuerda, pasando por la pequeña abertura, colgaba sobre sus cabezas. Julián preguntó a su hermana con un tonillo de duda:

—¿Podrás subir por la cuerda, Ana?

—¡Pues claro! —respondió la niña con firmeza—. Es un ejercicio que hacemos muy a menudo en el gimnasio del colegio, ¿verdad, *Jorge*?

—Sí —repuso *Jorge*—. Aunque aquélla es un poco más gruesa.

—Yo subiré primero —dijo Enrique—. Guy y yo tenemos una más gruesa que utilizamos para arrastrar rocas pesadas. Cuando estemos arriba, os la lanzaré para que subáis por ella.

—No hay que perder ni un minuto —dijo Julián—. Esos tipos pueden volver de un momento a otro. Estoy seguro de que las chicas podrán subir por esta cuerda. *Jorge*, tú la primera.

Jorge trepó como un mono, utilizando las manos y ayudándose con las piernas, que apretaba contra la cuerda.

Cuando llegó arriba, gritó:

—¡Sube tú ahora, Ana! ¡Es facilísimo! ¡Dales una lección a los chicos!

Antes de que los muchachos se acercasen a la cuerda, ya estaba Ana trepando, con gran agilidad. Julián se echó a reír y dijo a voces a su prima:

—Vigila, *Jorge*, y si viene alguien, avisa. Si hubiesen encontrado las herramientas de Guy, ya habrían vuelto. Deben de haber ido a buscarlas a Kirrin o a alguna granja de las cercanías.

—No creo que hayan encontrado las mías ni las de Enrique —dijo Guy—. Una vez nos la robaron y, desde entonces, las tenemos bien escondidas.

—¡Estupendo! —exclamó Julián—. Así tendremos más tiempo. Habrán tenido que andar mucho para encontrar las herramientas que necesitan. Sin duda, creen que se trata de un gran desprendimiento. Sin embargo, vigila bien, *Jorge*, hasta que todos estemos fuera.

Fue difícil ayudar a subir a Guy, pues estaba muy débil; pero al fin lo consiguieron. A los perros los envolvieron con sus camisas para que la cuerda no los hiriese al izarlos, y, tanto *Tim* como *Jet*, soportaron pacientemente la operación. *Tim* dio un poco más de trabajo, pues se creyó obligado a ayudar con sus patas y trató de andar por la pared, con lo que sólo consiguió girar sobre sí mismo como una peonza y enredar la cuerda.

Al fin, todos estuvieron al aire libre. Julián llevaba bajo el brazo la valiosa cartera. *Tim* se echó tranquilamente en el suelo, pero, de pronto, dejó de mover la cola y levantó sus grandes orejas.

—¡Guau! —ladró mientras se ponía en pie.

—¡Quieto, *Tim*! ¡Quieto, *Jet*! —dijo Julián. Y advirtiendo que alguien se acercaba, añadió—: Escondeos todos, ¡de prisa! Creo que vienen los bandidos.

—¡Guau! —empezó a ladrar *Jet*, pero Guy lo hizo callar y todos corrieron a esconderse, dispersándose y escogiendo cada cual él sitio que les parecía mejor, cosa fácil, pues el campamento romano estaba lleno de escondrijos.

Pronto oyeron voces cada vez más próximas. Nadie se atrevió a asomar la cabeza para ver quiénes eran los que llegaban; pero Julián y Dick reconocieron en seguida las voces.

—¡Cuánto hemos tardado! —dijo uno de los hombres—. Echad los picos y las palas por el agujero y bajemos. ¡Daos prisa! ¡Ya hemos perdido bastante tiempo! ¡Puede aparecer alguien cuando menos lo esperemos!

Un momento después, los niños oyeron el ruido que producían los picos y las palas al chocar con el suelo. Luego, uno tras otro, los hombres se deslizaron por la cuerda. Los niños no oyeron la voz de la mujer: debía de haberse quedado en Kirrin o en algún otro lugar

de los alrededores.

Julián lanzó un breve silbido y todos asomaron la cabeza.

—¡Vámonos! —dijo—. ¡A correr se ha dicho!

Todos salieron de sus escondites y se alejaron corriendo. Todos excepto Julián, que permaneció allí uno o dos minutos más. ¿Qué hacía?

Algo muy sencillo, pero de gran provecho. Recogió la cuerda, la desató de la roca y se la puso a modo de cinturón, para lo que hubo de darle varias vueltas.

Mientras realizaba estas operaciones, en sus labios se dibujaba una sonrisa burlona. Luego se echó a reír a carcajadas y fue corriendo a reunirse con su grupo.

Se reía pensando en la indignación de aquella gente.



Capítulo XIX

DE VUELTA EN KIRRIN COTTAGE

Julián alcanzó en seguida a sus compañeros de aventura.

—¿Qué hacías? —le preguntó *Jorge*—. ¿Insultando a los bandidos?

—No. Quiero que estén cavando un buen rato. Después verán que el desprendimiento es de poca importancia y que pueden pasar fácilmente al otro lado. Luego seguirán hasta llegar a esa especie de cámara subterránea donde estaba la cartera. ¿Qué dirán cuando vean que lo que buscan ha desaparecido?

—Me gustaría estar allí para ver la cara que ponen —dijo Dick.

—¿Qué podemos hacer con Guy? —preguntó Enrique—. No puede andar mucho.

—Si puede llegar hasta el arbusto donde dejamos nuestras cosas, irá a Kirrin en mi bicicleta —dijo *Jorge*—. Si no puede pedalear con un solo pie, lo empujaremos.

—No necesitaré vuestra ayuda —dijo Guy, alegrándose de no tener que ir a pie a Kirrin.

Iba cojeando, ayudado por Enrique. *Jet* saltaba alrededor de ellos, feliz al verse rodeado de tantos chicos. *Tim* le ladraba amistosamente de vez en cuando, lo que hacía a *Jet* más feliz aún. ¡Qué perro tan simpático era aquel *Tim*!

Pronto llegaron al gran arbusto. Encontraron sus cosas intactas. *Jorge* descargó el portaequipajes para aligerar la bicicleta, con lo que el esfuerzo de Guy sería menor. Pronto salieron todos hacia Kirrin. Guy, que pedaleaba bastante bien con un solo pie, abría la marcha.

—Iremos a Kirrin Cottage, dejaremos allí nuestras cosas y

diremos a tía Fanny que llame a la policía para que venga a recoger la cartera. No quiero dejarla en la comisaría. Prefiero que vengan a casa y la abran delante de nosotros.

—A lo mejor, está vacía —dijo Ana—. ¡Pesa tan poco…!

—Cierto —dijo Julián, sopesándola—. Me parece que Pablo, el que trazó ese plano que no hay modo de entender, quiso engañar a sus amigos y no dejó la cartera en el lugar que indicaba en su plano. Así, mientras sus compañeros buscaban la cartera, él ganaba tiempo para ponerse a salvo.

—Pero ellos dijeron que estaba enfermo —dijo Dick—, aunque quizá eso fuese también un embuste. En fin, todo es un misterio.

—¿Cómo va eso, Guy? —preguntó Ana al muchacho, que se había quedado atrás.

Éste, que estaba descansando, volvió a pedalear con su pie sano y pronto los alcanzó.

—Bien, muy bien —respondió a Ana—. Lo de la bicicleta ha sido una buena idea. Menos mal que se os ocurrió traerla.

—Tu tobillo parece que va mejor —dijo Ana—. Dentro de dos o tres días podrás andar bien. ¿Sabes una cosa? Me da risa cada vez que me acuerdo del lío que nos armábamos cuando creíamos que Enrique y tú erais la misma persona, y no dos hermanos gemelos.

—Primero te vimos a ti y luego a tu hermano, y creíamos que erais la misma persona —dijo *Jorge*—. A veces nos indignábamos contra ti. Creíamos que estabas loco.

—No nos lo recuerdes —dijo Enrique—. Me pongo malo cada vez que pienso que, si hubiese estado con Guy, no habría sucedido lo que sucedió.

—Eso no lo sabemos. Quizá os hubiesen apresado a los dos, y en este caso nosotros no lo habríamos sabido hasta mucho después, cuando hubiera sido demasiado tarde.

—Ya estamos llegando —dijo Ana—. Con lo lejos que nos parecía estar hace un rato. Te será mucho más fácil ir en la bicicleta por las calles asfaltadas, Guy.

Cruzaron todo el pueblo y, finalmente, llegaron a su casa. Estaban hambrientos como lobos.

—Ya debe de haber pasado la hora de comer —dijo *Jorge*, consultando su reloj—. ¡Pero si son ya las dos menos cuarto! Parece

mentira. Confiemos en que haya quedado algo de comida. Mamá no sabe que llegamos.

—Saquearemos la despensa —dijo Dick—. A Juana no le importará con tal que no lo hagamos delante de ella.

Cruzaron el jardín y entraron en la casa. La puerta estaba abierta. *Jorge* empezó a gritar:

—¡Mamá! ¿Dónde estás? ¡Hemos vuelto!

Nadie respondió. *Jorge* gritó de nuevo, esta vez con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡MAMÁ! ¡YA ESTAMOS AQUÍ!

La puerta del despacho se abrió de pronto, y el padre de *Jorge* apareció ante los niños. Estaba visiblemente furioso.

—¡*Jorge*! ¿Cuántas veces he de decirte que no grites cuando estoy trabajando? Pero oye: ¿quiénes son todos éstos?

—¡Hola, papá! Ya conoces a Julián, a Ana y a Dick —repuso *Jorge*, sonriendo—. ¡No me digas que no te acuerdas de tus sobrinos!

—Claro que me acuerdo. Pero, ¿quiénes son esos dos? —preguntó señalando a los gemelos—. Se parecen tanto como dos guisantes. ¿De dónde han salido? Es la primera vez que los veo.

—Ya lo sé, papá. Son dos amigos nuestros. ¿Dónde está mamá? Hemos corrido una aventura y queremos contársela. ¡Ah! Y también queremos pedirle que llame a la policía. Y luego a un médico para que mire el tobillo a Guy. ¡Y oye, papá! ¡Mira! ¡*Tim* tiene ya la oreja curada!

—¡Malditos críos! ¡No puede haber paz cuando tú estás en casa, *Jorge*! —le dijo su padre, malhumorado—. Tu madre está en el otro lado del jardín, recogiendo frambuesas, o fresas…

—¡No, papá! ¡No puede recoger fresas, porque estamos en agosto, y no en junio! Tú siempre…

Julián juzgó que lo mejor era que su tío volviese a encerrarse en su despacho antes de que se enfadase verdaderamente con *Jorge*. A tío Quintín no le gustaba que le interrumpiesen cuando estaba trabajando.

—Vamos a buscar a tía Fanny —dijo—, podemos contárselo todo en el jardín. Vamos.

—¡Guau, guau! —intervino *Jet*.

—¡Vaya! ¡Otro perro! —exclamó tío Quintín, furioso—. *Jorge*: ¿cuántas veces te he de decir que…?

—No te molestamos más, tío —dijo Julián, viendo la cara de pocos amigos que ponía Guy al oír hablar tan despectivamente de su perro—. Hablaremos con tía Fanny.

Salieron al jardín y lanzaron un suspiro de alivio al oír que la puerta del despacho de tío Quintín se cerraba violentamente. *Jorge* gritó de nuevo:

—¡Mamá! ¿Dónde estás?

—¡Calla, *Jorge*! ¿Es que quieres que tu padre salga corriendo detrás de nosotros? ¡Mira! Allí está tía Fanny.

Tía Fanny se sorprendió al verlos y fue hacia ellos con un cesto de apetitosas frambuesas al brazo.

—¡Qué sorpresa! ¡No esperaba que volvierais tan pronto!

—Nosotros tampoco —dijo Dick—. Pero una estupenda aventura nos ha hecho cambiar de idea. Luego te lo contaremos todo detalladamente, tía Fanny. Pero primero te vamos a pedir dos cosas: una es que llames a la policía. La otra, que nos digas si te parece que debemos llamar a un médico para que eche una mirada al tobillo de Guy. Lo tiene mal.

—¡Pobre! —exclamó tía Fanny, mirando el pie vendado de Guy—. Sí, creo que lo mejor es que lo vea un médico. Pero, ¿quién es este chico? ¡Oh, ahí hay otro! ¡Son idénticos!

—Son gemelos —dijo *Jorge*—. No creo que podamos distinguirlos cuando Guy tenga el pie curado.

—Voy a llamar a la policía —dijo Julián, viendo que a su tía sólo le interesaba el tobillo de Guy.

Entró en la casa y pronto se le oyó hablar por teléfono. Colgó y volvió al jardín.

—El inspector en persona ha salido hacia aquí —dijo Julián—. ¿Llamo al médico, tía Fanny?

—Sí, llámalo. Su número es el 042. ¿Cómo te hiciste daño en el tobillo, Guy?

—Por lo visto, mamá, no te interesa nuestra aventura —se quejó *Jorge*.

—Desde luego que me interesa, querida —dijo la madre—. ¡Pero son tantas vuestras aventuras! ¿Qué os ha sucedido esta vez?

Pero antes de que *Jorge* pudiese empezar a contárselo, un coche de patrulla se detuvo ante la casa y el inspector dio dos fuertes aldabonazos en la puerta.

Naturalmente, estos golpes enfurecieron al padre de *Jorge*, que salió de su despacho y abrió violentamente la puerta de la casa.

—¡Vaya modo de llamar! ¿Quién será? ¡Daré parte a la policía!… ¿Eh?… ¡Oh!… ¡Buenas tardes, inspector! ¡Pase usted! ¿A qué debo el honor de su visita?

Sonriendo comprensivo, el inspector cruzó el umbral. Julián acudió a recibirlo. Su tío, rojo como un pimiento, volvió a su despacho, pero esta vez cerró la puerta sin hacer ruido.

—Me has llamado con urgencia para algo muy importante. ¿De qué se trata?

Todos los demás aparecieron en este momento acompañados de tía Fanny. Julián explicó:

—Todos estamos mezclados en el asunto; todos menos mi tía, claro es. Tenemos algo que nos parece muy importante. Muchos nos lo disputaban, pero nosotros nos las hemos arreglado para adelantarnos a ellos.

Puso la cartera de cuero sobre la mesa y el inspector se quedó mirándola.

—¿Qué hay dentro? ¿Algo robado?

—Sí, señor: unos planos no sé de qué. Pero no estoy seguro de que los planos estén aquí.

—Abre la cartera, muchacho, y lo veremos —dijo el inspector.

—No puedo abrirla, señor. Está cerrada con llave y no la tenemos.

—Eso se arregla en seguida —dijo el inspector, sacando una pequeña ganzúa del bolsillo.

La cartera estuvo abierta muy pronto. Todos, hasta el mismo *Tim*, se agruparon alrededor de la mesa. ¿Qué habría dentro de la cartera?

¡Nada! ¡Absolutamente nada! Julián resopló, decepcionado.

—¡No es extraño que pesara tan poco! ¡Está vacía! ¡Es increíble!

Capítulo XX

LA AVENTURA ACABA COMO EMPEZÓ

Los niños sufrieron una gran decepción. A pesar de que habían hablado de la posibilidad de que la cartera estuviese vacía, todos tenían la esperanza de que contuviera algo interesante.

El inspector seguía mirando la cartera, perplejo.

—¿Dónde encontrasteis esta cartera? ¿Qué es lo que os hizo sospechar que dentro había unos planos robados, sin saber de qué son esos planos?

—Verá, señor —dijo Julián—. Es una larga historia.

—Tendréis que contármela toda —dijo el inspector sacando su cuaderno de notas—. A ver. ¿Cómo empezó la cosa?

—Pues verá —dijo *Jorge*—; todo empezó cuando *Tim* se hizo daño en la oreja y hubo que ponerle un collar de cartón.

El inspector la miró, sorprendido. Luego dijo a Julián:

—Será mejor que me lo cuentes tú. No puedo perder el tiempo oyendo hablar de un collar de cartón.

Jorge se puso colorada como una cereza. Julián se echó a reír y empezó a referir la aventura, resumiéndola todo lo posible. El inspector se mostraba cada vez más interesado y sonrió cuando Julián le habló de los lúgubres aullidos y de las luces flotantes.

—Eso lo hacían para librarse de vosotros —dijo—. Demostrasteis ser muy valientes quedándoos. Sigue. Estoy seguro de que hay algo interesante en el fondo de todo eso.

Anotó los nombres de Pablo y Sandra en su cuaderno y preguntó:

—¿Tenéis alguna otra pista?

—Sólo esto, inspector —dijo Julián, presentándole el dibujo que

reproducía la suela de goma del hombre que había mirado por la ventana.

El inspector lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo.

—Quizá sirva para algo —dijo.

Julián empezó a explicar lo ocurrido en los pasadizos subterráneos y, antes de que hubiera terminado, el inspector examinó de nuevo la cartera.

—No se comprende que esté vacía. Podría ser un truco para engañar a sus compinches, pero éstos sabían perfectamente dónde estaba y podían vengarse.

Volvió la cartera del revés y la agitó. Luego sacó un cortaplumas e hizo un gran corte en el forro. ¡Sí! ¡Allí había algo escondido! Unos papeles azules, cuidadosamente doblados y cubiertos por millares de cifras y de diminutos dibujos.

—¡Vaya! —exclamó el inspector tras lanzar un silbido—. La cartera no estaba vacía. Vamos a ver qué es esto. Parece el plano de algún proyecto, pero, ¿de qué proyecto?

—Mi padre lo sabrá —dijo *Jorge* inmediatamente—. Es un científico, ¿sabe, inspector?, uno de los más inteligentes del mundo. ¿Lo llamo?

—Sí —repuso el inspector, dejando el plano sobre la mesa.

Jorge salió corriendo y volvió un minuto después acompañada de su padre, cuyo semblante no era precisamente de alegría.

—Buenas tardes por segunda vez —dijo el inspector—. Perdone que le moleste. ¿Puede decirme si este documento es importante?

El padre de *Jorge* tomó el plano, lo examinó durante unos momentos y luego lanzó una exclamación.

—Pero… pero… ¡No, es imposible! Pero si es… ¡No, no puede ser! ¿Estaré soñando?

Todos lo miraban con viva curiosidad. ¿Qué quería decir? ¿Qué podía ser lo que reproducirían aquellos planos?

—En… entonces, ¿es cosa importante? —preguntó el inspector.

—¿Que si es importante dice? Amigo mío, sólo existen dos copias de estos planos. En este momento estoy estudiando una de ellas. ¿De dónde ha salido ésta? ¡No puedo creerlo! Sir James Lawton-Harrison tiene la otra. No hay ninguna más.

—Si usted tiene una y Sir James otra —dijo el inspector—, es evidente que existe una tercera.

—Está usted equivocado: no hay tal evidencia —replicó vivamente el padre de *Jorge*—. Lo evidente es que Sir James no tiene la suya. Voy a llamarlo ahora mismo. ¡Sorprendente! ¡Increíble! ¿Qué consecuencias tendrá todo esto?

Los niños no se atrevían a decir palabra. Estaban petrificados de asombro. ¿Quién les habría de decir que aquellos planos eran tan importantes y que el padre de *Jorge* estaba estudiando precisamente unos iguales? ¿En qué consistiría su importancia?

En seguida oyeron al padre de *Jorge* hablar por teléfono a voz en grito, irritado. Poco después volvió a reunirse con ellos.

—Efectivamente, a Sir James le han robado los planos. Lo ha mantenido en secreto por considerar que la divulgación de un hecho tan importante habría tenido graves consecuencias. ¡Y pensar que manché de tinta el mío ayer tarde!… ¡Robados! ¡Qué descuido!… ¡Robados en sus mismas narices! ¡Ahora sólo queda la copia que yo tengo!

—Quedan dos —replicó el inspector, señalando la que había sobre la mesa—. Le ha impresionado tanto la noticia de que han robado la de Sir James, que se ha olvidado de la que tenemos aquí.

—¡Es verdad! ¡Bendito sea Dios! Sí, me había olvidado por completo —dijo tío Quintín—. ¡Ni siquiera me he acordado de decirle a Sir James que la habéis recuperado!

Se dispuso a ir de nuevo hacia el teléfono, pero el inspector lo detuvo.

—No, no vuelva a telefonear. Conviene mantener el secreto de la recuperación de esta copia.

—Papá, ¿de qué son esos planos? —preguntó *Jorge*, expresando el pensamiento de todos, incluso el del mismo inspector.

—¿De qué son? Lo siento, pero no puedo contestar a esa pregunta —repuso el padre de *Jorge*—. La importancia del asunto me impone el silencio, incluso ante usted, señor inspector. Se trata de un secreto de Estado. Déme esos papeles, por favor.

Pero el inspector puso su mano sobre los planos.

—No; debo llevármelos y enviárselos a Sir James por medio de un mensajero de confianza. No conviene que las dos copias estén en

el mismo sitio. Podría ocurrir alguna desgracia, un incendio, por ejemplo, y los planos desaparecerían.

—Es verdad, inspector. Lléveselos; no debemos correr ese riesgo —dijo el padre de *Jorge*, y añadió mirando a los niños—: No comprendo cómo han ido a parar a vuestras manos.

—Si quiere saberlo —dijo el inspector—, siéntese y escuche. Me lo están contando. Lo han hecho muy bien: Pero todavía no lo han contado todo.

Julián continuó su relato. El inspector se levantó de un salto cuando le oyó decir que los tres hombres habían entrado en el pasadizo del campamento romano.

—¿De modo que los visteis entrar, bajar por la cuerda? —preguntó—. ¡Quizá estén aún allí! —añadió, consultando su reloj—. ¡No, habrán huido! ¡Y pensar que podíamos haber detenido fácilmente a esos tres peligrosos espías! ¡Una vez más se nos han escapado! ¡Cuando ya los teníamos en las manos!

—No se han escapado —dijo Julián, levantando la voz con orgullo—. Aún están allí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el inspector.

—Porque recogí la cuerda y me la llevé. Mire, aún la tengo en la cintura. Sin la cuerda, no pueden haber subido por donde han bajado, y estoy seguro de que no han encontrado la otra salida.

El inspector dio un golpe tan tremendo en la mesa que todos se estremecieron y los dos perros empezaron a ladrar.

—¡Buen trabajo! —masculló—. ¡Magnífico! Ahora mismo voy a enviar allí a algunos de mis hombres. Ya os explicaré el final de la aventura.

Dicho esto, salió corriendo como un gamo, con los valiosos planos en el bolsillo. Subió al auto y éste desapareció haciendo sonar la sirena.

—¡Oh! —exclamó Julián—. ¡Qué emocionante es todo esto!

Los niños estaban tan excitados, que todos hablaban al mismo tiempo. Tía Fanny no consiguió hacerse oír, pues el bullicio general ahogó su voz. Pero cuando Juana, la cocinera, preguntó si alguien quería comer algo, todos la oyeron.

Poco después llegó el médico, que reconoció el tobillo de Guy y volvió a vendarlo. Luego manifestó:

—Descansa dos o tres días y estarás completamente curado.

—Bueno —dijo tía Fanny—, tendrás que quedarte aquí con *Jorge* y tus demás amigos. Durante varios días no podrás dedicarte a tus excavaciones. Enrique puede quedarse contigo, y también *Jet*.

Los gemelos sonrieron encantados. Les gustaba aquella alegre familia y la vida de aventuras que llevaban. Sería divertido estar con aquel grupo de muchachos unos días. Y su alegría llegó al colmo cuando vieron aparecer a Juana con una suculenta comida.

—¡Ternera con tomate al horno! ¡Y qué ensalada! ¡Huevos duros, tomate, guisantes, rábanos, zanahorias!…

—¡Juana, eres una maravilla! ¿De qué es este budín?

Pronto estuvieron todos comiendo a dos carrillos, mientras comentaban la aventura. Exactamente cuando habían terminado, sonó el teléfono. Julián se encargó de atender la llamada. Un minuto después volvió muy contento.

—Era el inspector. Han capturado a los tres hombres. Cuando llegaron a la boca del pasadizo, uno de los espías les pidió ayuda. Les dijo que algún niño travieso o algún bromista se había llevado la cuerda. Los policías iban vestidos de paisano, de modo que los de abajo no sospecharon de ellos. Los agentes les lanzaron una cuerda, los bandidos fueron subiendo uno por uno…

—Y los agentes los iban deteniendo a medida que subían —le interrumpió *Jorge*, alegremente—. ¡Oh, cómo me habría gustado haberlo visto! ¡Habrá sido la mar de gracioso!

—El inspector está muy contento de nosotros —dijo Julián—, y lo mismo Sir James Lawton-Harrison. Nos van a dar una recompensa… Pero en secreto. No debemos decir nada a nadie. Ninguno de nosotros se quedará sin nada.

—Y supongo que para *Tim* también habrá algo —dijo *Jorge* inmediatamente.

Julián se quedó mirando al simpático perro de su prima.

—Ya sé lo que recibirá *Tim* como premio —dijo—: un nuevo collar de cartón. Está rascándose la oreja furiosamente.

Jorge profirió un grito y se precipitó sobre *Tim*. Le miró la oreja y su semblante se oscureció.

—Sí, se ha rascado muy fuerte, tanto que le vuelve a sangrar la oreja. ¡Oh, *Tim*! ¡Eres un estúpido! ¡Mamá! ¡Mamá! *Tim* se ha vuelto

a hacer daño en la oreja.

—¡Cuánto lo siento, hija! —respondió la madre—. Ya te dije que no le quitases el collar hasta que estuviese completamente curado.

—¡Es para volverse loca! —exclamó *Jorge*—. ¡Volverá a ser la risa de todos!

—No, ya verás como esta vez nadie se ríe —dijo Julián a su prima con una sonrisa de aliento—. ¡Anímate! Detalle curioso, *Jorge*: la aventura empezó con el collar de cartón de *Tim*, y acaba con otro collar de cartón para *Tim*. ¡Tres hurras por el simpático *Tim*!

Sí, tres hurras por el simpático perro. Procura que se te cure la oreja antes de la próxima aventura, *Tim*. Piensa que no puedes volver a salir con un collar de cartón.

F I N



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.